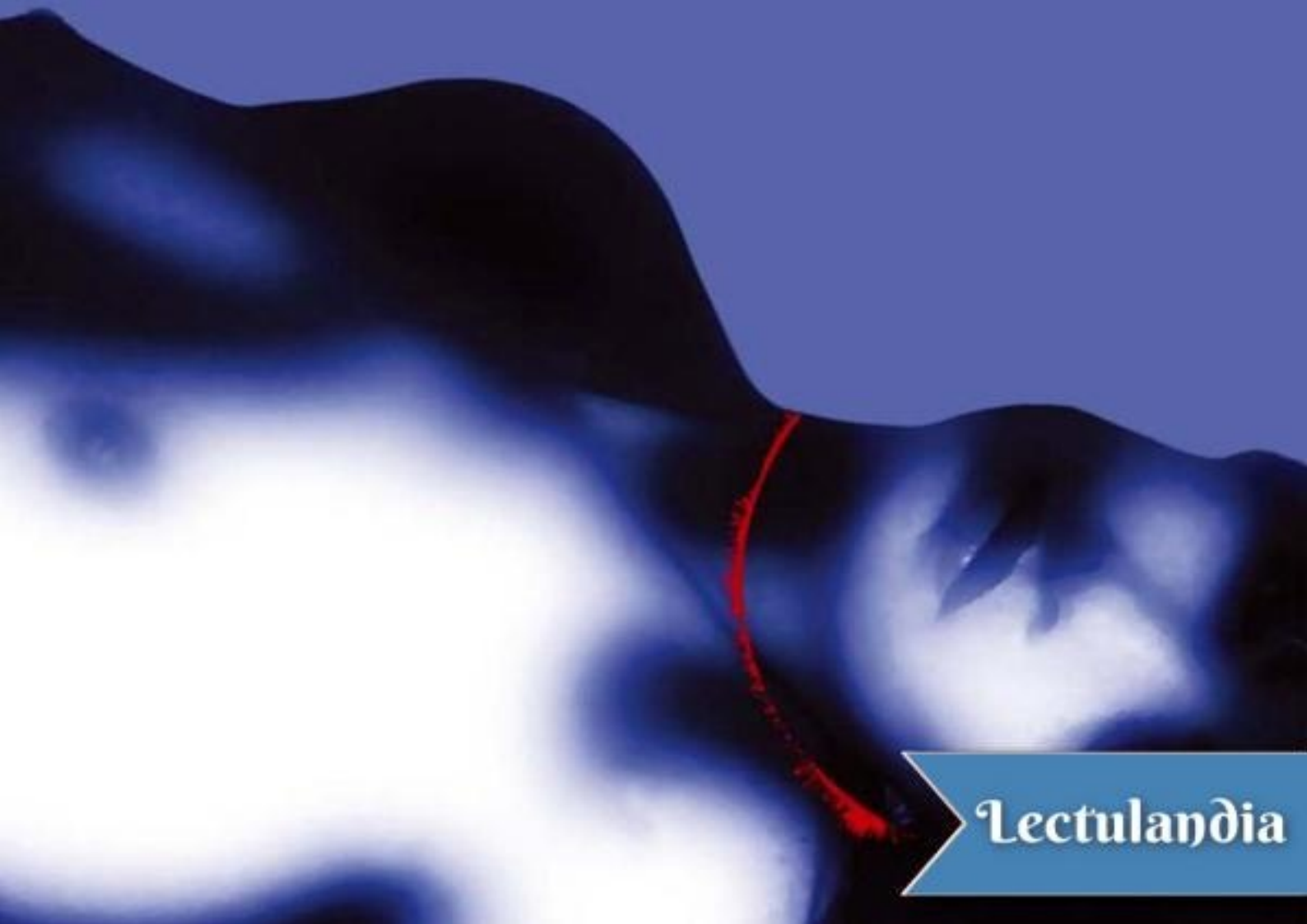


Jean-Claude Izzo

Soleá



Lectulandia

«Esto es una novela. Nada de lo que en ella se cuenta, ha sucedido. Pero como me es imposible permanecer indiferente ante la lectura diaria de los periódicos, mi historia acaba tomando a la fuerza los caminos de lo real. Al fin y al cabo, todo ocurre en la realidad. Y el horror, en la realidad, supera —y con mucho— cualquier ficción imaginable. En cuanto a Marsella, mi ciudad, siempre a medio camino entre la tragedia y la luz, se hace eco de lo que nos amenaza». Todo llega a su final, y puede que los malos sólo tengan su merecido en las viejas películas de Hollywood. Resulta difícil afrontar la realidad, la náusea que provoca es demasiado intensa. Bajo su falso fulgor se esconde una podredumbre que amenaza todo aquello que queremos, aun lo más inocente. Nada ni nadie se salva de ella. ¿Ni siquiera Montale?

Lectulandia

Jean-Claude Izzo

Soleá

ePub r1.0
eKionh 04.01.14

Título original: *Solea*
Jean-Claude Izzo, 1998
Traducción: Matilde Sáenz

Editor digital: eKionh
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Nota del autor

Conviene decirlo una vez más. Esto es una novela. Nada de lo que va a leerse ha existido. Pero como es imposible quedarse indiferente ante la lectura cotidiana de los periódicos, mi historia toma irremediabilmente los caminos de lo real. Porque es ahí, sin duda alguna, donde se ventila todo, en la realidad. Y el horror, en la realidad, supera —y con mucho— todas las ficciones posibles. En cuanto a Marsella, mi ciudad, siempre a medio camino entre la tragedia y la luz, eco de lo que nos amenaza.

Para Thomas, cuando sea mayor

Pero algo me decía que era normal, que en ciertos momentos de nuestra vida hay que hacer eso, abrazar cadáveres.

PATRICIA MELÓ

PRÓLOGO

Ojos que no ven, corazón que siente. Marsella, siempre

Su vida estaba allí, en Marsella. Allá, detrás de esas montañas que el sol poniente iluminaba, esa noche, de rojo vivo. «Mañana, hará viento», pensó Babette.

Durante los quince días que llevaba en aquel pueblo de Les Cévennes, Le Castellans, había estado subiendo a la cresta de la montaña al atardecer. Por ese camino por el que Bruno conducía sus cabras.

Aquí, pensó la mañana de su llegada, no cambia nada. Todo muere y renace. Aun cuando haya más pueblos muriendo que naciendo. En cualquier momento, siempre, un hombre reinventa los viejos gestos. Y todo vuelve a empezar. Los caminos cerrados encuentran de nuevo su razón de ser.

—En eso consiste la memoria de la montaña —dijo un día Bruno, mientras le servía un gran tazón de café.

A Bruno lo había conocido en 1988. El primer gran reportaje que el periódico le confiaba a ella, a Babette. Veinte años después del Mayo del 68. ¿En qué se habían convertido los activistas?

Joven filósofo, anarquista, Bruno había luchado en las barricadas del Quartier Latin, en París. *Corre, camarada, el viejo mundo te persigue*. Ésa había sido su única consigna. Había corrido lanzando adoquines y cócteles Molotov a los CRS^[1]. Había corrido envuelto en gases lacrimógenos, con los CRS en los talones. Había corrido en todas las direcciones, en mayo, en junio, sólo por no verse atrapado en la felicidad del viejo mundo, los sueños del viejo mundo, la moral del viejo mundo. La estupidez y el asco del viejo mundo.

Cuando los sindicatos firmaron los acuerdos de Grenelle y los trabajadores volvieron a coger el camino de la fábrica y los estudiantes el de la facultad, Bruno supo que no había corrido lo suficientemente rápido. Ni él, ni toda su generación. El viejo mundo les había cogido. La pasta se convertía en sueño y moral. En la única alegría de vivir. El viejo mundo se inventaba una nueva era: la miseria humana.

Así le había contado las cosas Bruno a Babette. «Habla como Rimbaud» pensó,

conmovida, también seducida por ese hermoso hombre de cuarenta años.

Él y muchos otros huyeron entonces de París. En dirección hacia L'Ariège, L'Ardèche, les Cévennes. A los pueblos abandonados. *Lo País*, como les gustaba decir. Otra revuelta nacía, entre los escombros de sus ilusiones. Naturalista y fraternal. Comunitaria. Se inventaron otro país. *La Francia salvaje*. Muchos se volvieron a marchar un año o dos después. Los más perseverantes aguantaron bien cinco o seis. Bruno, por su parte, se había apegado a este caserón que había reconstruido. Solo, con su rebaño de cabras.

Aquella tarde, después de la entrevista, Babette se había acostado con Bruno.

—Quédate —le pidió.

Pero ella no se quedó. No era su forma de vida.

A lo largo de los años, ella había vuelto a verle bastante a menudo. Cada vez que pasaba por allí, o cerca. Bruno tenía ahora una compañera y dos hijos, luz, tele y un ordenador, y producía queso de cabra y miel.

—Si un día tienes problemas —le dijo a Babette—, vente. No lo dudes. De aquí hasta abajo en el valle todos son amigos.

Esa noche, echaba muchísimo de menos Marsella. Pero no sabía cuándo iba a poder volver. Y, además, si un día volvía, ya nada, nada, volvería a ser como antes. Lo que tenía Babette no eran problemas, era peor. En su cabeza, se había instalado el horror. En el momento en que cerraba los ojos, volvía a ver el cadáver de Gianni. Y después éste, los de Francesco, Beppe, que no había visto pero imaginaba. Cuerpos torturados, mutilados. Con toda esa sangre alrededor, negra, coagulada. Y aún más cadáveres. Por detrás. Y sobre todo por delante. Algo inevitable.

Cuando dejó Roma, con el miedo metido en el cuerpo, desamparada, no supo a dónde ir. Para resguardarse. Para reflexionar sobre todo esto lo más tranquilamente posible. Para poner en orden todos sus papeles, seleccionar, clasificar las noticias, recortarlas, ordenarlas, contrastarlas. Rematar la investigación de su vida. Sobre la Mafia en Francia, y en el Sur. Nunca se había llegado tan lejos. Hoy, ella misma constataba que demasiado lejos. Se acordó de las palabras de Bruno.

—Tengo problemas. Graves.

Llamaba desde una cabina de La Spezia. Era casi la una de la madrugada. Bruno estaba durmiendo. Se levantaba pronto, por los animales. Babette estaba temblando. Dos horas antes, tras haber conducido de un tirón, y casi como loca, desde Orvieto, había llegado a Manarola. Un pueblecito de Cinqueterre, levantado sobre un montículo rocoso, donde vivía Beppe, un viejo amigo de Gianni. Llamó al teléfono de éste como le había pedido que hiciera. Por precaución, le había precisado esa misma mañana.

—Pronto.

Babette colgó. No era la voz de Beppe. Después vio dos coches de los carabinieri

aparcar en la calle principal. No le quedó la menor duda: los asesinos habían llegado antes que ella.

Hizo el camino en sentido contrario, una carretera de montaña, estrecha, sinuosa. Crispada al volante, agotada, pero atenta a los pocos coches que se disponían a adelantarla o a cruzarse con ella.

—Ven —le había dicho Bruno.

Encontró una habitación cutre en el Albergo Firenze e Continentale, cerca de la estación. No pudo pegar ojo en toda la noche. Los trenes. La presencia de la muerte. Todo le venía a la memoria, hasta el menor detalle. Un taxi acababa de dejarla en la plaza de Campo dei Fiori. Gianni había vuelto de Palermo. La esperaba en su casa. Diez días es mucho, le había dicho por teléfono. También para ella era mucho tiempo. No sabía si amaba o no a Gianni, pero sí que lo deseaba...

—¡Gianni! ¡Gianni!

La puerta estaba abierta, pero ella no le había dado importancia.

—¡Gianni!

Ahí estaba. Atado a una silla. Desnudo. Muerto. Cerró los ojos, pero ya era demasiado tarde. Supo que tendría que vivir con esa imagen.

Cuando los volvió a abrir, vio las marcas de quemaduras en el torso, el vientre, los muslos. No, no quería seguir mirando. Apartó la vista del sexo mutilado de Gianni. Se puso a gritar. Se vio gritando, tiesa como un palo, los brazos colgando, la boca desencajada. Su grito se impregnó del olor de la sangre, la mierda y el meado que inundaban la habitación. Cuando se quedó sin aire, vomitó. A los pies de Gianni. Allí donde, escrito con tiza sobre el parqué, se podía leer: «Regalo para la señorita Bellini. Hasta luego».

Francesco, el hermano mayor de Gianni, fue asesinado la mañana en que se iba de Orvieto. Beppe, antes de que ella llegara.

Su acoso y derribo había comenzado.

Bruno vino a esperarla a la parada del autobús, a Saint-Jean-du-Gard. Había hecho lo siguiente: tren desde La Spezia hasta Ventimiglia, luego en coche de alquiler por el pequeño puesto fronterizo de Mentón, en tren hasta Nîmes y, a continuación, en autobús. Era un modo de protegerse. No creía que la fueran a seguir. La esperarían en su casa, en Marsella. Eso era lo lógico. Y la Mafia era de una lógica implacable. En dos años de investigación, había podido comprobarlo en multitud de ocasiones.

Poco antes de llegar a Le Castellas, ahí donde la carretera dominaba el valle, Bruno aparcó su viejo *jeep*.

—Ven, vamos a caminar un poco.

Caminaron hasta la parte más alta. Le Castellas apenas se veía. Estaba tres kilómetros más arriba, al final de un camino. No se podía ir más allá.

—Aquí estás segura. Si sube alguien, Michel, el guarda forestal, me llama. Y si alguien quisiera llegar por las crestas, Daniel nos lo diría. No hemos cambiado nuestros hábitos, yo llamo cuatro veces al día, él llama otras cuatro. Si uno de los dos no llama a la hora convenida, es que hay un marrón. Cuando volcó el tractor de Daniel, lo supimos por eso.

Babette lo miró, incapaz de añadir una palabra. Ni siquiera gracias.

—Y no te sientas obligada a contarme tus movidas.

Bruno la abrazó, y ella se echó a llorar.

Babette tembló. El sol se había ocultado y, al frente, las siluetas de las montañas se recortaban en el cielo, violetas. Aplastó con cuidado la colilla con la punta del pie, se levantó y volvió a bajar hacia Le Castellas. Apaciguada por ese milagro cotidiano que era la caída de la tarde.

En su habitación, releyó una larga carta que le había escrito a Fabio. Le contaba todo, desde su llegada a Roma hacía dos años. Hasta el desenlace. Su desesperación. Pero también su determinación. Iría hasta el final. Publicaría su investigación. En un periódico o en un libro. «Tiene que saberse todo», afirmaba ella.

Tuvo en la mente la belleza de la puesta de sol y quiso terminar con estas palabras. Sólo decirle a Fabio que, a pesar de todo, el sol era más hermoso sobre el mar, no más hermoso sino más verdadero, no, no era eso, no, tenía ganas de estar con él, en su barco, a la altura de Riou y ver el sol fundirse en el mar.

Rompió la carta. En una hoja en blanco escribió: «Todavía te quiero». Y debajo: «Guárdame esto como un tesoro». Deslizó tres disquetes en un sobre acolchado, lo pegó y se levantó para ir a cenar con Bruno y familia.

Donde, a veces, lo que se tiene en el corazón se oye mejor que lo que se dice con la lengua

La vida apeataba a muerte.

Tenía eso en la cabeza, ayer por la tarde, cuando entré donde Hassan, en el Bar des Maraichers. No se trataba de una de esas ideas que a veces te pasan por la mente, no: realmente olía la muerte a mi alrededor. Su olor a podrido. Repugnante. Me pasé la nariz por el brazo. Me dio asco. Era ese olor, el mismo. Yo también apeataba a muerte. Me dije: «Tranquilízate, Fabio. Vuelves a casa, te das una duchita y, tranquilamente, te coges la barca. Un poco del frescor del mar, y todo volverá a su sitio, verás».

Era verdad que hacía calor. Más de treinta grados, con una pegajosa mezcla de humedad y polución en el aire. Marsella estaba asfixiándose. Y eso daba sed. Así que, en lugar de tirar, directamente, por el puerto viejo y La Corniche —el camino más fácil para ir a mi casa, en Les Goudes—, cogí la estrecha calle Curiol, al final de La Canebière. El Bar des Maraîchers estaba en la parte más alta, a dos pasos de la plaza Jean-Jaurès.

Me encontraba a gusto en ese bar, el de Hassan. Los asiduos se mezclaban sin límite de edad, sexo, color de la piel o clase social. Estabas entre amigos. El que iba allí a beberse el pastis podías estar seguro de que ni votaba al Frente Nacional ni le había votado nunca. Ni siquiera una vez en su vida, como algunos que yo conocía. Aquí, en este bar, todo el mundo tenía muy claro por qué era de Marsella y no de otro lugar, por qué vivía en Marsella y no en otro sitio. La amistad que flotaba allí, entre los vapores del anís, cabía en un intercambio de miradas. Las del exilio de nuestros padres. Y era tranquilizador. No teníamos nada que perder, puesto que ya lo habíamos perdido todo.

Cuando entré, Ferré cantaba:

*Je sens que nous arrivent
des trains pleins de brownings,
de berretas et des fleurs noires
et des fleuristes préparant des bains de sang*

Me tomé un pastis en la barra, luego Hassan me puso otro, como siempre. Al cabo de un rato, ya había perdido la cuenta de los que llevaba. En algún momento, tal vez al cuarto, Hassan se inclinó hacia mí:

—La clase obrera es un poco de izquierdas... ¿no te parece?

De hecho, no era una pregunta. Tan sólo una constatación. Una afirmación. Hassan no era del tipo hablador. Pero le gustaba soltar, como quien no quiere la cosa, una frasecita a los clientes que tenía por allí delante. Como una sentencia para meditar.

—Qué quieres que te diga —le respondí.

—Nada. No hay nada que decir. Hay lo que hay. Y ya está. Venga, acábate la copa.

El bar se había ido llenando poco a poco, eso hizo que la temperatura subiera unos grados. Pero fuera, donde salían algunos a tomarse la copa, no se estaba mucho mejor. La noche no había traído la más mínima brisa. La humedad se pegaba a la piel.

Salí a la acera para hablar con Didier Perez. Había entrado al garito de Hassan y, al verme, había venido directamente hacia mí.

—A ti quería verte.

Pues estás de suerte, porque estaba pensando en irme a pescar.

—¿Salimos?

Fue Hassan quien me presentó a Perez, una noche. Perez era pintor. Apasionado por la magia de los signos. Teníamos la misma edad. Sus padres, originarios de Almería, habían emigrado a Argelia tras la victoria de Franco. Él había nacido allí. Cuando Argelia obtuvo la independencia, ni él ni sus padres dudaron sobre su nacionalidad. Serían argelinos.

Perez abandonó Argel en 1993. Profesor en la Escuela de Bellas Artes, había sido uno de los dirigentes de la Asamblea de Artistas, Intelectuales y Científicos. En cuanto las amenazas de muerte se hicieron concretas, sus amigos le aconsejaron desaparecer, por un tiempo. Hacía apenas una semana que estaba en Marsella, cuando se enteró de que el director y su hijo habían sido asesinados en el mismo recinto de la escuela. Decidió quedarse en Marsella, con su mujer y sus hijos.

Su pasión por los tuaregs es lo que, de entrada, me sedujo de él. Yo no conocía el desierto, pero conocía el mar. Me parecía que era lo mismo. Habíamos hablado largo y tendido sobre ello. De la tierra y del agua, del polvo y de las estrellas. Una noche, me ofreció una sortija de plata, labrada con puntos y rayas.

—Viene de aquella tierra. Mira, las combinaciones de puntos y rayas, eso es el *Jaten*. Te dice lo que será de los que amas y ya no están, y de lo que estará hecho tu futuro.

Pérez me puso la sortija en el hueco de la mano.

—No sé si me apetece mucho saberlo.

Se rio.

—Tranqui, Fabio. Tendrías que aprender a leer los símbolos. El Jat el R'mel. Aunque me parece a mí que no va a ser para hoy. En cualquier caso, lo grabado grabado está, sea lo que sea.

No había llevado un anillo en mi vida. Ni siquiera el de mi padre cuando murió. Dudé un momento, luego me lo puse en el anular izquierdo. Como para soldar definitivamente mi vida a mi destino. Me parecía que esa noche por fin tenía edad para eso.

En la acera, con los vasos en la mano, intercambiamos alguna que otra banalidad; luego, Pérez me pasó el brazo por el hombro.

—Tengo que pedirte un favor.

—Dime.

—Va a venir alguien, alguien de los nuestros. Me gustaría que le alojaras. Sólo una semana. Mi casa es muy pequeña, ya sabes.

Me miró fijamente con sus ojos negros. Mi casa apenas era más grande. La cabaña que había heredado de mis padres no tenía más que dos estancias. Un pequeño dormitorio y un gran salón-cocina. La había adecentado lo mejor que había podido. De una forma sencilla y sin dejar que los muebles me invadieran. Estaba a gusto allí. La terraza daba al mar. Ocho escalones más abajo tenía la barca, un Pointu que le había comprado a Honorine, mi vecina. Pérez sabía todo esto. Le había invitado varias veces a cenar con su mujer y unos amigos.

—En tu casa estaría más tranquilo —añadió.

Yo también le miré.

—Vale, Didier, ¿a partir de cuándo?

—Todavía no lo sé. Mañana, pasado mañana, en una semana. No tengo ni idea. No es fácil, ya lo sabes. Te llamaré.

Cuando se marchó, me volví a colocar en la barra. Para seguir bebiendo con uno u otro, y con Hassan, que no perdonaba una ronda. Escuchaba las conversaciones. La música también. Después de la hora oficial del aperitivo, Hassan abandonaba a Ferré por el jazz. Escogía los fragmentos con cuidado. Como si se pudiera encontrar un sonido para la atmósfera de un determinado momento. La muerte, su olor, se alejaba. Y, qué duda cabe, prefería el olor del anís.

—Prefiero el olor del anís —le chillé a Hassan.

Empezaba a estar ligeramente borracho.

—Fijo.

Me guiñó un ojo. Cómplice, hasta el final. Y Miles Davis se arrancó con *Soleá*. Una pieza que me encantaba. Que escuchaba sin parar, por la noche, desde que Lole se marchó.

—La soleá —me explicó Lole una noche— es la columna vertebral del flamenco.

—¿Y tú por qué no cantas? Flamenco, jazz...

Tenía una voz estupenda, lo sabía. Pedro, uno de sus primos, me lo confesó. Pero Lole se había negado siempre a cantar fuera de las reuniones familiares.

—Lo que busco, todavía no lo he encontrado —me contestó, después de un largo silencio. Ese silencio que hay que saber encontrar en el momento de mayor tensión de la soleá.

—No entiendes nada, Fabio.

—¿Qué se supone que tengo que entender?

Me sonrió con tristeza.

Fue durante las últimas semanas de nuestra vida en común. Una de esas noches en las que nos poníamos a discutir hasta las tantas, fumándonos un cigarro tras otro y echándonos unos buenos tragos de Lagavulin.

—Lole, dime, ¿qué es lo que tendría que entender?

Se había ido alejando de mí, yo lo había notado. Un poco más cada mes. Incluso su cuerpo se había cerrado. Ya no estaba habitada por la pasión. Nuestros deseos ya no inventaban nada. Únicamente perpetuaban una antigua historia de amor. La nostalgia de un amor que habría podido existir un día.

—No hay nada que explicar, Fabio. Eso es lo trágico de la vida. Escuchas flamenco desde hace años, y aún te sigues preguntando qué es lo que hay que entender.

Fue una carta de Babette la que desencadenó todo. A Babette la conocí cuando me pusieron al mando de la Brigada de Vigilancia de los Sectores, en las barriadas norte de Marsella. Ella estaba empezando en el periodismo. Su periódico, *La Marseillaise*, la había designado para entrevistar a la rara avis que la policía enviaba al polvorín, y nos hicimos amantes. «Intermitentes del amor», le gustaba decir a Babette. Luego, un día, nos convertimos en amigos. Sin habernos dicho nunca que nos queríamos.

Hacía dos años había conocido a un abogado italiano, Gianni Simeone. Flechazo. Lo siguió hasta Roma. Conociéndola, yo sabía que el amor no debía de ser la única razón. Y no me equivoqué. Su amante abogado estaba especializado en el juicio contra la Mafia. Y desde hacía años, desde que se había convertido en gran reportera *freelance*, ése había sido el sueño de Babette: escribir la investigación más exhaustiva sobre las redes y la influencia de la Mafia en el sur de Francia.

Babette me explicó todas estas historias: por dónde iba en la investigación, lo que

le quedaba todavía por hacer, cuándo había vuelto a Marsella para recabar alguna información en los círculos políticos y económicos de la región. Nos vimos tres o cuatro veces, para charlar, mientras dábamos cuenta de una lubina a la plancha con hinojo, en el restaurante de Paul, en la calle Saint-Saéns. Uno de los escasos restaurantes del puerto, junto con L'Oursin, en los que no te sientes tratado como un turista. Lo que era agradable, era el lado falsamente amoroso de nuestros encuentros. Pero yo era incapaz de decir por qué. Explicármelo. Ni, por supuesto, explicárselo a Lole. Y cuando Lole volvió de Sevilla, adonde había ido a ver a su madre, no le dije nada de Babette, de nuestros encuentros. Lole y yo nos conocíamos desde la adolescencia. Ella había amado a Ugo. Luego a Manu. Luego a mí. El último superviviente de nuestros sueños. Mi vida no tenía secretos para ella. Ni las mujeres a las que había amado, perdido. Pero nunca le había hablado de Babette.

Me parecía demasiado complicado lo que había habido entre nosotros. Lo que aún había entre nosotros.

—¿Quién es esta Babette, a la que dices *te quiero*?

Había abierto una carta de Babette. Por casualidad o por celos, qué más da. «Por qué la palabra amor tiene que tener tantos significados», me había escrito Babette. «Nos hemos dicho te quiero...».

—Hay te quiero y te quiero —medio balbuceé, un poco más tarde.

—Repítame eso.

Cómo explicarlo: te quiero por fidelidad a una historia de amor que nunca existió, y te quiero por la realidad de una historia de amor que se compone de mil alegrías diarias.

Me faltó franqueza. Sinceridad. Me perdí en falsas explicaciones. Confusas, cada vez más confusas. Y perdí a Lole al cabo de una preciosa noche de verano. Estábamos en mi terraza, acabándonos una botella de vino blanco del Cinqueterre. Un Vernazza, que nos habían traído unos amigos.

—¿Sabes? —me dijo—. Cuando no se puede seguir viviendo, uno tiene derecho a morir y a hacer de su muerte algo grande.

Desde que Lole se fue, hice más sus palabras. Y buscaba esa grandeza. Desesperadamente.

—¿Qué has dicho? —me preguntó Hassan.

—¿He dicho algo?

—Me ha parecido.

Sirvió otra ronda y, después, acercándoseme al oído, añadió:

—Lo que se tiene en el corazón, a veces se oye mejor que lo que se dice con la lengua.

Debí haber parado ahí, acabarme la copa y volver a casa. Sacar la barca y navegar

hasta la altura de las islas Riou para ver nacer el alba. Lo que me estaba dando vueltas por la cabeza me agobiaba. Percibí cómo volvía a mí el olor de la muerte. Con la punta de los dedos acaricié suavemente la sortija que me había regalado Perez, sin saber realmente si se trataba de un buen o un mal augurio.

Detrás de mí había empezado una curiosa discusión entre un joven y una mujer que rondaría los cuarenta.

—¡Joder! —dijo el joven cabreado—. ¡Ni que fueras la Merteuil!

—¿Quién es esa?

—Madame de Merteuil. De una novela, *Las amistades peligrosas*.

—No la conozco. ¿Es un insulto?

Me hizo gracia, y pedí a Hassan que me pusiera otra. En ese momento entró Sonia. En realidad, yo aún no sabía que se llamaba Sonia. En los últimos tiempos me la había cruzado varias veces. La última fue el mes de junio, durante la fiesta de la sardina, en 1 Estaque. No habíamos hablado nunca.

Después de abrirse camino hasta la barra, Sonia se deslizó entre un cliente y yo. Se me plantó delante.

—No me digas que me estabas buscando.

—¿Por qué?

—Porque un amigo ya me ha venido con ésas hace un rato.

Una sonrisa iluminó su cara.

—No le buscaba. Pero me alegro de haberle encontrado.

—Pues yo también. Hassan, ponle un whisky a la señora.

—La señora se llama Sonia —dijo.

Y le sirvió un whisky con hielo. Sin pensárselo. Como a un cliente de todos los días.

—Por nosotros, Sonia.

La noche dio un giro en ese momento. Cuando nuestros vasos chocaron el uno contra el otro. Y los ojos gris azulados de Sonia se clavaron en los míos. Empecé a empalmarme. Tanto, que casi me hizo daño. No había contado los meses, pero hacía una eternidad que no me acostaba con una mujer. Creo que hasta me había olvidado de que uno podía empalmarse.

Siguieron más rondas. En la barra, y después en una pequeña mesa que acababa de quedar libre. El muslo de Sonia pegado al mío. Ardiendo. Recuerdo que me pregunté por qué las cosas llegan tan rápido, siempre. Los rollos amorosos. Nos gustaría que llegaran en otro momento, cuando se está en plena forma, cuando uno se siente preparado para el otro. Otra. Otro. Pensé que, de hecho, no controlamos nada de nuestras vidas. Y muchas cosas más. Pero ya no me acordaba muy bien. Y tampoco de todo lo que me hubiera podido contar Sonia.

No recordaba nada del final de esa noche.

Y el teléfono sonando.

El teléfono sonando y taladrándome los tímpanos. Tenía la cabeza como un bombo. Hice un esfuerzo sobrehumano y abrí los ojos. Estaba desnudo en la cama.

El teléfono seguía sonando. ¡Mierda! ¿Por qué siempre se me olvidaba conectar el puto contestador?

Rodé hasta el borde y estiré el brazo.

—¿Sí?

—Móntale.

Una voz asquerosa.

—Se ha confundido de número.

Colgué.

Menos de un minuto más tarde, el teléfono volvió a sonar. La misma asquerosa voz. Con un toque de acento italiano.

—¿Ves como es el número correcto? ¿Igual prefieres que vayamos a verte?

No era la forma de despertar con la que había soñado. Pero la voz de ese tipo me atravesaba el cuerpo como una ducha helada. Hasta congelarme los huesos. Sabía ponerles cara a ese tipo de voces, atribuirles un cuerpo, incluso sabía en qué sitio llevaban metida la pipa.

Ordené silencio a mi cabeza.

—Escucho.

—Sólo una pregunta. ¿Sabes dónde está, Babette Bellini?

No era jarro de agua fría lo que me caía por encima, sino un frío polar. Me puse a temblar. Tiré de la sabana y me la enrollé.

—¿Dónde está quién?

—No te hagas el gilipollas, Móntale. Tu amiguita, Babette, la re mueve mierda. ¿Sabes dónde se la puede encontrar?

—Estaba en Roma —solté, pensando que, si la estaban buscando aquí, era porque ya no debía de estar allí.

—Ya no está allí.

—Se le habrá olvidado avisarme.

—Interesante —dijo el tío con sorna.

Hubo un silencio. Tan pesado que empezaron a zumbarme los oídos.

—¿Eso es todo?

—Pues te voy a decir lo que vas a hacer, Móntale. Hazlo como quieras, pero nos la encuentras, a tu amiga. Tiene cosas que nos gustaría mucho tener a nosotros, ¿sabes? Como no tienes nada que hacer en todo el puto día, lo arreglarás rapidito, ¿vale?

—¡Vete a tomar por culo!

—Cuando te vuelva a llamar, no te pondrás tan gallito, Mántale.
Colgó.
No me había equivocado: la vidaapestaba a muerte.

Donde el hábito de vivir no es una auténtica razón para vivir

En la mesa, al lado de las llaves del coche, Sonia me había dejado una nota. «Estabas demasiado cocido. Lástima. Llámame esta tarde, hacia las siete. Un beso». Luego venía el número de teléfono. Las diez cifras del gordo para un viaje a la felicidad.

Sonia. Sonreí con el recuerdo de sus ojos gris azulados, de su muslo caliente pegado al mío. Y también de su sonrisa, cuando le iluminaba la cara. Los únicos recuerdos que tenía de ella, pero ya bellos recuerdos. Tuve urgencia por que llegara la noche. Y a mi sexo también, que se tensó bajo el pantalón sólo con pensarlo.

Tenía la cabeza más pesada que una montaña. Dudé entre darme una ducha o hacerme un café. Se imponía el café. Y un cigarro. La primera calada me revolvió las tripas. Creí que se me iban a salir por la boca. «¡Qué asco!», me dije mientras daba otra calada, por principios. La segunda arcada fue aún más violenta, aumentándome a todo meter los martillazos en la cabeza.

Me doblé sobre el fregadero de la cocina. Pero no tenía nada que vomitar. Ni los pulmones siquiera. ¿Dónde estaba esa época en la que con la primera calada del primer cigarro se me metían para adentro todas las ganas de vivir? Lejos, muy lejos. Los demonios que me devoraban el pecho no tenían ya mucho donde hincar el diente. Porque el hábito de vivir no es una auténtica razón para vivir. Las ganas de vomitar me lo recordaban cada mañana.

Puse la cabeza bajo el agua fría del grifo, eché una buena pota y luego me enderecé para coger aire, sin soltar la colilla que me estaba quemando los dedos. Llevaba tiempo sin hacer mucho deporte. Ni suficientes excursiones a pie por las calas. Ni entrenamiento regular en la sala de boxeo de Mavros. Las comilonas, el alcohol, el tabaco. «En diez años te mueres, Móntale», me dije. «¡Reacciona, coño!». Volví a pensar en Sonia. Cada vez con más gusto. Luego, a esa imagen se superpuso la de Babette.

¿Dónde estaba Babette? ¿En qué movida se había metido? Las amenazas del tío del teléfono no eran sólo para intimidar. Sentí su peso, real, en cada palabra. La manera fría de pronunciarlas. Aplasté el cigarro consumido y me encendí otro, mientras me servía el café. Di un trago, una buena calada, y salí a la terraza.

El sol, ardiente, me asestó un buen palo. Deslumbramiento. Una ola de sudor me invadió el cuerpo. Me dio vueltas la cabeza. Por un momento creí que me iba a caer redondo. Pero no. El suelo de la terraza volvió a recuperar su equilibrio. Abrí los ojos. El único verdadero regalo que la vida me hacía a diario estaba ahí, delante de mí. Intactos. El mar, el cielo. Infinitos. Con esa luz. Sin igual. Que nacían el uno del otro. A menudo se me antojaba que estrechar un cuerpo de mujer era, de alguna manera, retener contra uno esa inefable alegría que baja desde el cielo hasta el mar.

¿Había estrechado el cuerpo de Sonia contra mí la noche pasada? Si Sonia me había traído a casa, ¿cómo se había marchado? ¿Me había desvestido ella? ¿Había dormido aquí? ¿Conmigo? ¿Habíamos hecho el amor? No, no, estabas demasiado borracho, te lo ha escrito.

La voz de Honorine me sacó de mis divagaciones.

—Oiga, ¿ha visto la hora que es?

Giré la cabeza hacia ella. Honorine. Mi vieja Honorine. Era todo lo que me quedaba de mi desgastada vida. Fiel, hasta el final. Estaba llegando a esa edad en la que ya no se envejece. Apenas se encogía un poco más cada año. Tenía ligeras arrugas en la cara, como si los golpes duros de la vida le hubieran pasado por encima sin marchitarla, sin herir su alegría de estar en este mundo. «Suerte los mortales que han podido ver esto», decía a menudo, señalando el cielo y el mar que teníamos enfrente con las islas al fondo. «Pues, aunque sólo sea por esto, no me importa nada estar en este mundo. A pesar de todo lo que me ha pasao...». Su frase se acababa siempre ahí. Como para no manchar de miseria y de tristeza su sencilla alegría de vivir. Honorine no tenía más que recuerdos felices. La quería. Era la madre de las madres. Y la tenía entera para mí. No existía más que para mí.

Abrió la pequeña verja que separa su terraza de la mía y, con el capazo de hacer la compra en la mano, vino hacia mí con paso lánguido pero siempre firme.

—¡Hala, que son casi las doce!

Con un amplio gesto señalé el cielo y el mar.

—Son vacaciones.

—Las vacaciones serán para los que trabajan...

Desde hacía unos meses ésa era la obsesión de Honorine. Buscarme trabajo. Que yo buscara trabajo. Llevaba fatal que un hombre «aún joven como usted» no hiciera nada en todo el día.

No era del todo así, en realidad. Llevaba más de un año sustituyendo todas las tardes a Fonfon en la barra. De dos a siete. Se le había ocurrido cerrar el bar. Venderlo. Pero no fue capaz de resignarse ante semejante perspectiva. Después de tantos años atendiendo a los clientes, hablando con ellos, encabronándose con ellos, cerrar era morir. Una mañana me ofreció el bar. Por un franco simbólico.

—Y así —me estuvo explicando— podré venir a echarte una manita. Mira, a la

hora del aperitivo por ejemplo. Yo qué sé, por hacer algo...

Le dije que no. Que se quedara con el bar. Que sería yo el que vendría a ayudarlo.
—Bueno, vale, pues entonces por las tardes.

Y eso es lo que acordamos. De este modo, yo me sacaba un poco de pasta para pagar la gasolina, el tabaco y las salidas nocturnas por la ciudad. En la hucha tenía todavía, grosso modo, unos cien mil francos. Era poco, el dinero se iba rápido, pero me daba margen para ir viendo qué pasaba. Incluso bastante tiempo. Cada vez tenía menos necesidades. Lo peor que me podía pasar era que mi viejo R5 se me estropeara y tuviera que comprarme otro.

Honorine, no vamos a hablar otra vez de lo mismo.

Me miró fijamente. Ceño fruncido, labios apretados. La cara entera quería mostrarse severa, pero los ojos no lo conseguían. Eran todo ternura. No me echaba la bronca más que por amor. Por miedo a que no me fuera bien quedándome así, sin hacer nada. La ociosidad es la madre de todos los vicios, eso lo sabía cualquiera. ¿Cuántas veces nos había sermoneado con esa sentencia cuando veníamos por aquí a gandulear con Ugo y Manu? Nosotros le respondíamos recitándole a Baudelaire. Versos de *Las flores del mal*. Felicidad, lujo, calma y voluptuosidad. Y entonces sí que nos echaba la bronca. A mí, me bastaba con mirarla a los ojos para saber si estaba enfadada o no.

Quizás debería habernos echado la bronca de verdad. Pero no era nuestra madre. ¿Y cómo iba ella a imaginarse que, a fuerza de jugar y bromear, íbamos a acabar haciendo auténticas barbaridades? Para ella no éramos más que adolescentes, ni mejores ni peores que los demás. Y andábamos siempre con mogollón de libros, que desde su terraza nos oía leer en alto, frente al mar, al caer la noche. Honorine había creído siempre que los libros te hacían sabio, inteligente y serio. No que eso te podía llevar a atracar farmacias y gasolineras. Ni a dispararle a la gente.

Pero sus ojos sí se llenaron de rabia cuando fui a decirle adiós, hacía treinta años. Una enorme rabia que la dejó muda. Acababa de alistarme para cinco años en el ejército colonial. En dirección a Yibuti. Para huir de Marsella. Y de mi vida. Porque con Ugo y Manu habíamos sobrepasado los límites. Manu, por enajenación mental, disparó contra un farmacéutico de la rue des Trois Mages. Al día siguiente, en el periódico, leí que ese hombre, padre de familia, se quedaría parálítico para siempre. Sentí un enorme asco por lo que habíamos hecho.

Mi horror por las armas venía de esa noche. Hacerme policía no había cambiado nada. Nunca había podido decidirme a llevar un arma. Había discutido con mis amigos a menudo sobre el tema. Por supuesto que podíamos toparnos con un violador, un desequilibrado, un malhechor. Era larga la lista de aquellos que por violentos, locos o desesperados, podían cruzarse en nuestro camino. Y eso ya me

había pasado un montón de veces. Pero, al final del camino, veía siempre a Manu, con la pistola en la mano. Y a Ugo, detrás, y a mí, unos pocos metros más allá.

A Manu lo mataron unos delincuentes. A Ugo unos policías. Yo todavía estaba vivo. Me lo tomaba como un golpe de suerte. Suerte de haber podido comprender en la mirada de ciertos adultos que éramos hombres. Seres humanos. Y que no nos pertenecía otorgar la muerte.

Honorine recogió el capazo.

—Pues si ya lo digo yo, como si hablara con las paredes.

Y se volvió para su terraza. A la altura de la verja, se volvió hacia mí:

—Oiga, ¿y si para comer abro el bote de pimientos? Con unas anchoítas. Y hago una ensalada... Con estos calores.

Me eché a reír.

—Me comería a gusto una tortilla de tomates.

—Pero ¡bueno!, ¿a usted que le pasa hoy? A Fonfon le ha dao por lo mismo.

—Nos hemos compinchao por teléfono.

—¡Sí, claro, encima ríase!

Desde hacía unos meses, Honorine cocinaba también para Fonfon. A menudo, por las noches cenábamos los tres en mi terraza. De hecho, Fonfon y Honorine pasaban cada vez más tiempo juntos. Hasta el punto de que, hacía unos días, Fonfon había venido a echarse una siesta a su casa. Hacia las cinco había vuelto al bar más cortado que un crío que acaba de darle un beso a una chica por primera vez.

Yo había acercado a Fonfon y Honorine. No me parecía bien que vivieran su soledad cada uno por su lado. Su luto, su fidelidad hacia el ser amado, les había comido casi quince años de vida. Me parecía más que suficiente. No hay ninguna vergüenza en no querer terminar la vida en soledad.

Un domingo por la mañana les propuse ir de *picnic* a las islas Frioul. Menuda historia hasta que convencí a Honorine. No había vuelto a subir al barco desde que murió Toinou, su marido. Me puse un poco nervioso.

—¡Por Dios, Honorine! En este barco, desde que lo tengo, no he llevado más que a Lole. Os llevo a vosotros dos porque os quiero. ¡A los dos, no lo entiende!

Se le llenaron los ojos de lágrimas, luego sonrió. Entonces supe que por fin estaba pasando las páginas sin renunciar a nada de su vida con Toinou. A la vuelta, tenía cogida la mano de Fonfon y oí cómo le susurraba:

—Ahora ya nos podemos morir, ¿a que sí?

—Bueno, aún nos queda un poco, ¿no? —le contestó él.

Yo volví la cabeza y dejé que la mirada se perdiera en el horizonte. Allá donde la mar se hace más oscura. Más densa. Me dije que la solución a todas las contradicciones de este mundo estaba ahí, en ese mar. Mi Mediterráneo. Y me vi fundirme en él. Disolverme y resolver por fin aquello que no había resuelto nunca en

la vida, y que no resolvería jamás.

El amor de esos dos viejos me hacía llorar.

Al final de la comida, Honorine, que muy extrañamente se había quedado callada, me interrogó:

—Oiga, la morenita esa que le ha traído esta noche, ¿va a volver por aquí? Sonia se llamaba, ¿no?

Me sorprendió.

—No sé. ¿Por qué? —balbuceé, casi preocupado.

—Porque parece bien maja. Y entonces me parecía a mí que...

Ésa era otra de las obsesiones de Honorine. Que encontrara una mujer. Una mujer maja, que me cuidara, aunque le pusiera mala imaginar que otra mujer pudiera cocinar para mí en su lugar.

Le había explicado un montón de veces que en mi vida no había nadie más que Lole. Que se había marchado. Porque no había sabido ser el hombre que ella esperaba que fuera. Y, hoy no tenía ya la menor duda, el peor de los males que le había causado era haberla obligado a marcharse. Ese daño me despertaba a menudo por las noches. El daño que le había causado a ella. A nosotros.

Pero a Lole la había estado esperando toda mi vida, de modo que no tenía ninguna intención de renunciar a ella. Necesitaba creer que volvería. Que volveríamos a empezar. Para que nuestros sueños, los viejos sueños que nos habían juntado y dado ya tanta felicidad, pudieran por fin desarrollarse libremente. Sin miedo esta vez, y sin dudas. Con toda confianza.

Cuando decía todo esto, Honorine me miraba con tristeza. Sabía que Lole, en ese momento, estaba haciendo su vida en Sevilla. Con un guitarrista que había pasado del flamenco al jazz. En la hermosa tradición de Djiango Reinhardt. Un estilo a Bireli Lagréne. Por fin se había decidido a cantar para los *gadjos*. Hacía un año que se había integrado en la formación de su compañero y participaba en los conciertos. Habían grabado un disco juntos. Los grandes éxitos del jazz. Me lo envió con estas únicas palabras: «Y tú ¿qué tal?».

I can't give you anything but love, baby... No pude pasar del primer corte. No porque no fuera bueno, al contrario. Tenía la voz rasgada. Aterciopelada. Con los mismos tonos que a veces tenía en el amor. Pero no era la voz de Lole lo que oía, oía sólo la guitarra que daba cuerpo a su voz. Que la iba llevando. Me resultaba insoportable. Guardé el disco, sin guardar mis locas ilusiones.

—¿Han hablado algo?

—Ah, pues sí, hemos tomado café los tres juntos.

Me miró con una gran sonrisa.

—No estaba muy allá que digamos para irse al trabajo, la pobre.

No entré al trapo. No tenía ninguna imagen del cuerpo de Sonia. Su cuerpo desnudo. Lo único que sabía es que el ligero vestido que llevaba ayer auguraba un montón de felicidad para las manos de un hombre honesto. Pero, pensé, a lo mejor yo no era tan honesto.

—Fonfon ha llamao a Alex, ¿se acuerda? El taxista que a veces juega con vosotros a las cartas. Para que la llevara, claro. Me parece que iba un poco tarde.

La vida continuaba siempre.

—¿Y de qué han hablado con Sonia?

—Pues un poco de ella. De usted, un buen rato. Bueno, no hemos estado ahí cotilleándolo todo, eh. Sólo hemos estado hablando un poco, nada más.

Dobló la servilleta y me miró fijamente. Como hacía un rato en la terraza. Pero sin un destello de malicia.

—Me ha dicho que usted se sentía desgraciado.

—¡Desgraciado!

Hice un esfuerzo para reírme mientras encendía un cigarrillo para contenerme un poco. ¿Qué puñetas le habría contado yo a Sonia? Me sentía como un crío al que pillan en una mentira.

—Me conoce muy poco.

—Sí, por eso decía yo que era bien maja la chica, porque se ha dao cuenta de eso de usted. Y en poco tiempo, si lo he entendido bien.

—Perfecto, lo ha entendido usted muy bien —contesté levantándome—. Me voy a tomar un café con Fonfon.

—¡Cualquiera le dice nada...!

Estaba enfadada.

—No pasa nada, Honorine. Me faltan horas de sueño.

—Es que es verdad... Yo decía sólo que no me importaría verla otra vez.

Le había vuelto la malicia a los ojos.

—Yo también, Honorine. Yo también tengo ganas de volver a verla.

Donde no es inútil tener ilusiones en la vida

Fonfon se encogió de hombros. Mientras nos bebíamos el café, le anuncié que esa tarde no podía quedarme en el bar. La sucia historia en la que Babette parecía haberse metido me estaba machacando la cabeza. Tenía que conseguir localizarla. Cosa que en su caso no era nada fácil. Si te descuidas, la tienes haciendo un crucero en el yate de un jeque árabe. Pero no era más que una suposición. La más simpática. En realidad, cuanto más lo pensaba más convencido estaba de que se había fugado. O de que estaba escondida en algún sitio.

Decidí ir a dar una vuelta por el apartamento que ella tenía en la parte alta del Cours Julien. Lo había comprado por cuatro duros en los años setenta y ahora valía una fortuna. El Cours Julien era el barrio más de moda de todo Marsella. A un lado y otro de la calle, hasta arriba, donde el metro de Notre-Dame-du-Mont, no había más que restaurantes, bares, cafés-concierto, anticuarios y alta costura marsellesa. Todo el Marsella noctámbulo se daba cita allí a partir de las siete de la tarde.

—Ya sabía yo que no iba a durar mucho la cosa —refunfuñó Fonfon.

—¡Jo, Fonfon! Sólo es hoy.

—Vale, vale... De todas maneras, no creo que vengan clientes en manada. Estarán todos con el culo en remojo. ¿Te pongo otro café?

—Como quieras.

—¡Oye, no tuerzas el morro, que lo que te digo es para tomarte un poco el pelo! Yo no sé lo que os hacen las chicas ahora, pero joer, cuando os levantáis de la cama, es como si os hubiera pasado una apisonadora por encima.

—No son las chicas, es el pastis. Anoche perdí la cuenta.

—He dicho las chicas, pero me refería a la que he metido en el taxi esta mañana.

—Sonia.

—Sonia, parece maja.

—¡Un momento, Fonfon! No empieces tú también, eh. Ya me ha dao la paliza Honorine, así que no eches más leña al fuego.

—No echo más leña. Digo las cosas como son. Y en vez de irte a pender por ahí con este calor, mejor que hicieras como yo y te echaras una buena siesta. Así por la noche...

—¿Vas a cerrar?

—¿Tú me ves toda la santa tarde esperando a que se digne a entrar uno por la puerta para pedirse una menta con agua? Para eso ni me molesto, vaya. Y mañana igual. Y pasao también. Mientras haga este calor, pa qué complicarse la vida. Te doy libre, chaval. Hala, venga, vete a dormir.

No le había hecho caso a Fonfon. Y debería. La somnolencia me podía. Pesqué una casete de Mongo Santa María y la enchufé. *Mambo terrifico*. A tope. Y di un pequeño acelerón. Para que pareciera que entraba aire fresco en el coche. Con todas las ventanas abiertas, y, aun así, estaba chorreando. Las playas, desde La Pointe-Rouge hasta Le Rond-Point de David, se encontraban hasta arriba de gente. Todo Marsella estaba ahí, con el culo a remojo, como decía Fonfon. Hacía bien en cerrar el bar. Incluso los cines, climatizados, no tenían ninguna sesión antes de las cinco.

En menos de media hora, estaba aparcado delante del portal de Babette. Los días de verano en Marsella son una felicidad. No hay tráfico. No hay problemas de aparcamiento. Llamé al timbre de la señora Orsini. Era la persona que limpiaba en casa de Babette cuando tenía que ausentarse, controlaba que no pasaba nada y le mandaba el correo. La había llamado por teléfono para asegurarme de que la encontraría.

—Con este calor seguro que no me da por salir, o sea que pásese cuando quiera.

Me abrió. Era imposible echarle edad a la señora Orsini. Pongamos que entre cincuenta y sesenta. Dependía de la hora del día. Rubia teñida hasta la raíz, no muy alta, más bien rechoncha. Llevaba un vestido ligero y amplio por el que, a contraluz, toda ella se transparentaba. Por la mirada que me había echado, entendí que no le hubiera importado nada una siesta conmigo. Ahora sabía por qué Babette le tenía cariño. Porque era también una comehombres.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. Sólo quería las llaves de la casa de Babette.

—Pues ya lo siento.

Se echó a reír. Yo también. Me alargó las llaves.

—Hace mucho que no sé nada de Babette.

—Está bien —le mentí—. Tiene mucho trabajo.

—¿Sigue en Roma?

—Y con su abogado.

La señora Orsini me miró con curiosidad.

—Ya... sí, claro.

Seis pisos más arriba tuve que coger aire delante de la puerta de Babette. El piso era tal como lo recordaba. Magnífico. Una inmensa cristalera daba al Vieux-Port. Y a lo lejos las islas Frioul. Era lo primero que se veía al entrar, y tanta belleza te hacía un nudo en la garganta. Respiré hondo con todas mis fuerzas. Pero sólo una fracción de

segundo. Porque el resto no era muy agradable de ver. El piso estaba ya manga por hombro. Alguien había pasado por allí antes que yo.

Me invadió una ráfaga de sudor. El calor. La presencia del Mal. El aire se me hizo irrespirable. Fui al grifo de la cocina y dejé correr el agua para tomar un buen trago.

Di una vuelta por las habitaciones. Las habían registrado todas, minuciosamente me daba la impresión, pero sin cuidado. En el dormitorio me senté en la cama de Babette y encendí un cigarro, pensativo.

Lo que buscaba no existía. Babette era tan imprevisible que ni siquiera una agenda de direcciones, de haber dejado alguna por aquí, me llevaría más que a perderme en un laberinto de nombres, de calles, de ciudades, de países. Mi interlocutor debió decidir llamarme después de haber pasado por aquí. No podía tratarse de otro. Ellos. La Mafia. Sus asesinos. La estaban buscando y, como yo, habían empezado por el principio. Por su domicilio. Sin duda habían encontrado algo que los había llevado hasta mí. Luego, las preguntas de la señora Orsini sobre Babette me habían vuelto a la cabeza. Lo mismo que la manera de mirarme. Seguro que habían estado hablando con ella.

Aplasté el cigarro en un horroroso cenicero *Ricordo di Roma*. La señora Orsini me debía unas cuantas explicaciones. Di otra vuelta por el piso, como si se me fuera a encender la bombilla.

En la habitación donde estaba el despacho, dos grandes carpetas archivadoras de anillas, puestas en el suelo, me llamaron la atención. Abrí la primera. Todos los reportajes de Babette. Clasificados por años. La reconocía bien en eso. En ese modo que tenía ella de hacer su obra, en cierto sentido. Una obra periodística. Sonreí. Y me sorprendí a mí mismo hojeando páginas y retrocediendo hasta ese día de 1988 en que vino a hacerme una entrevista.

Y su artículo estaba ahí. Una buena media página, con mi foto en medio entre dos columnas.

«La práctica de los controles policiales por el aspecto físico está a la orden del día —le había contestado yo a la primera pregunta—. Entre otras cosas, alimenta la revuelta de todo un sector de la juventud». La juventud que vive en las peores dificultades sociales. Los comportamientos policiales vejatorios acaban legitimando o reafirmando actitudes delincuentes. Contribuyendo de ese modo a la constitución de un estado de revuelta y de una pérdida de referencias.

«Algunos jóvenes desarrollan un sentimiento de omnipotencia que les conduce a rechazar todo tipo de autoridad y a querer imponer su ley en las *cités*. La policía es a sus ojos uno de los síntomas de esa autoridad. Pero para oponerse eficazmente a la delincuencia, los policías deben ser irreprochables en su comportamiento. El rap se ha convertido en un medio de expresión para los jóvenes de las *cités* porque denuncia, muy a menudo, comportamientos policiales humillantes y demuestra que

estamos lejos de conseguir lo contrario».

Mis jefes, francamente, no apreciaron mi discurso. Pero no rechistaron. Conocían mis puntos de vista. Fue incluso la razón por la que me pusieron a la cabeza de las Brigadas de Vigilancia de los Sectores, en las barriadas norte de Marsella. En poco tiempo había habido dos meteduras de pata policiales. Lahauri Ben Mohamed, un joven de diecisiete años al que se habían cargado en un simple control de identificación. La efervescencia se había apoderado de las *cités*. Luego, unos meses después, en febrero, le tocó a otro joven, Christian Dovero, el hijo de un taxista. Y esa vez fue toda la ciudad la que se conmovió. «¡Es un francés, cojones!», dijo chillando mi superior. Devolver la calma, la serenidad, se convirtió en urgencia. Antes de que desembarcaran los del 1GPN, la policía de la policía. Y entonces me sacaron de la chistera. El hombre milagro. Me hizo falta tiempo para comprender que yo no era más que una marioneta que movían a la espera de la vuelta a los buenos viejos métodos. Humillaciones, caras partidas, tundas de palos. Todo aquello que podía satisfacer a los que cacareaban el rollo de la seguridad.

Hoy, habíamos vuelto a los buenos viejos métodos. Con un veinte por ciento de efectivos votando al Frente Nacional. La situación, en las barriadas norte, se había recrudecido. Se tensaba cada día. Bastaba con abrir el periódico cada mañana. Escuelas saqueadas en Saint-André, agresiones a médicos de guardia de noche en La Savine, a empleados municipales en La Castellane, o conductores de autobuses nocturnos amenazados. Y, subrepticamente, la proliferación en las *cités* de la heroína, el *crack* y todas las porquerías que embravuconaban a los jóvenes magrebís. Y los hacía más violentos también. «Las dos plagas de Marsella —chillaban sin parar los raperos marseleses de grupo IAM— son el caballo y el Frente Nacional». Todo el que se codeaba un poco de cerca con los jóvenes magrebís sentía que la cosa iba a explotar de un momento a otro.

Dimití, y sabía que eso no era la solución. Pero la policía no iba a cambiar de la noche a la mañana, ni en Marsella ni en ninguna otra parte. Ser poli, le guste a uno o no, significaba pertenecer a una historia. A la redada de judíos en el Vel' d'Hiv. A la masacre de argelinos, arrojados al Sena en octubre del 61. A todas esas cosas. Reconocidas con retraso. Y todavía no de forma oficial. A todas esas cosas que tenían una influencia en las prácticas cotidianas de un montón de policías, cuando tenían que vérselas con jóvenes salidos de la inmigración.

Eso era lo que pensaba. Desde hacía mucho tiempo. Y *patiné*, por recoger la expresión de mis colegas. Por haber querido entender demasiado. Explicar. Convencer. «El educador», me apodaban en la comisaría de mi zona. Cuando me relegaron de mis funciones, le dije a mi jefe que cultivar lo subjetivo, el sentimiento de inseguridad, en lugar de lo objetivo, el arresto de culpables, era una vía peligrosa. Por un oído le entró y por otro le salió. Yo, en realidad, le importaba ya un huevo.

También es cierto que el gobierno actual tenía otro discurso. Que la seguridad no era sólo una cuestión de efectivos o de medios, sino de método. Me tranquilizaba algo oír, por fin, que la seguridad no era una ideología. Que se trataba únicamente de tener en cuenta la realidad social. Pero era demasiado tarde para mí. Había abandonado la pasma y, aunque no supiera hacer otra cosa, no volvería a estar de servicio.

Saqué el artículo de la funda de plástico, para desplegarlo. Mirarlo entero. Una pequeña hoja de papel amarillento salió volando. Babette había escrito: «Móntale. Mucho encanto, e inteligente». Sonreí. ¡Menuda era la Babette! La había llamado por teléfono cuando se publicó la entrevista. Para agradecerle que hubiera reproducido fielmente mis palabras. Me invitó a cenar. Seguro que tenía claras sus intenciones. Y, para qué negarlo, yo había aceptado, y más aún estando, como estaba, más buena que el pan. Pero no podía imaginar que una periodista tuviera ganas de seducir a un policía ya no demasiado joven.

Psse, admitió mi ego mirando otra vez la foto, sí que tiene encanto este Móntale. Puse cara de chulo. Hacía ya mucho. Casi diez años. Desde entonces mis rasgos se habían hecho más duros, más pesados, y me habían salido unas cuantas patas de gallo y arrugas en las mejillas. Cuanto más pasaba el tiempo, más perplejo me dejaba lo que veía en el espejo. Estaba envejeciendo, hasta ahí normal, pero me parecía que envejecía mal. Le conté mi preocupación a Lole una noche.

—Qué te vas a inventar ahora —replicó ella.

No me inventaba nada.

—¿Me encuentras guapo?

No sé lo que me contestó. Ni si había contestado o no. En su cabeza ella ya se había marchado. Hacía una vida distinta. Hacía otro hombre, a algún sitio por ahí. Otra vida que sería bonita. Otro hombre que sería guapo.

Algún tiempo después vi una foto de su compañero en una revista —ni siquiera en mi cabeza me atrevía a pronunciar su nombre—. Y me pareció guapo. Delgado, esbelto, de cara flaca, pelo revuelto, ojos risueños y boca bonita; un poco de piñón para mi gusto, pero bonita al fin y al cabo. Lo contrario de mí.

Llegué a detestar esa foto, y más si pensaba que Lole podía haberla guardado en su cartera en lugar de la mía. Me costó mucho trabajo imaginármelo. Celos, me dije; no obstante, me horrorizaba ese sentimiento. Celos, sí. Y me daba un vuelco el corazón sólo de pensar que Lole podía sacar de la cartera esa misma foto o cualquier otra y ponerse a mirarla cuando él se alejara de ella algunos días o algunas horas.

Era una de esas noches tontas en las que, una vez en la cama, todos los detalles

cobran una dimensión desmesurada, en las que uno no consigue entrar en razón, comprender, admitir. Había pasado ya por lo mismo con otras mujeres. Pero nunca con un dolor tan intenso. Al marcharse Lole, era mi vida la que hacía las maletas. La que había hecho las maletas.

Mi foto me estaba mirando. Me dieron ganas de beberme una cerveza. No somos bellos más que a través de la mirada del otro. De aquel que nos ama. Llega un día en que no podemos decirle al otro que es bello, porque el amor se ha largado y hemos dejado de ser deseables. Y ya puedes entonces ponerte tu mejor camisa, cortarte el pelo, dejarte bigote, que no tienes nada que hacer. Y no te concederán más que un «te queda muy bien» y no ese «qué guapo estás» tan esperado que augura sábanas arrugadas. Volví a meter el artículo en su funda y cerré la carpeta. Me estaba asfixiando. La risa de Sonia me retuvo un segundo más en el espejo de la entrada. ¿Conservaba aún cierto encanto, pese a todo? ¿Tenía futuro en el amor? Me dediqué un gesto cuyo secreto conozco. Y me di media vuelta para coger las carpetas de Babette. Leer su prosa me airearía un poco la cabeza.

—Al final sí que me bebería una cerveza —le solté a la señora Orsini cuando me volvió a abrir.

—Pues muy bien.

Esta vez no había doble intención entre nosotros. Sus ojos se hicieron huidizos.

—No sé si tengo alguna fría.

—Es igual.

Estábamos frente a frente. Yo llevaba las llaves del piso en la mano.

—¿Ha encontrado lo que estaba buscando? —preguntó señalando las carpetas con la barbilla.

—Puede.

—Ya.

El silencio que siguió se llenó de una espesa humedad.

—¿Tiene algún problema? —acabó preguntando la señora Orsini.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Ha venido la policía. No me hace ninguna gracia.

—¿La policía?

Otro silencio. Tan asfixiante como el anterior. Tenía el sabor del primer trago de cerveza en la boca. Sus ojos se hicieron huidizos de nuevo. Con una pizca de miedo muy al fondo.

—Bueno, en fin, me enseñaron una tarjeta.

Mentía.

—¿Y le hicieron alguna pregunta acerca de dónde estaba Babette, o si la había visto últimamente? ¿O si tenía amigos en Marsella? Yo qué sé, ese tipo de cosas.

—Pues sí, ese tipo de cosas.

—Y les dio usted mi nombre, mi teléfono.

—Bueno, ya sabe usted que con la policía...

En ese momento le hubiera gustado que me marchara. Cerrar la puerta. La frente le brillaba de sudor. De sudor frío.

—Con que la policía, ¿eh?

—Yo qué sé, a mí estas historias... no me hacen ninguna gracia. Yo no soy la portera. Yo lo hago por hacerle un favor a Babette. No me paga por eso.

—¿La amenazaron?

Sus ojos se volvieron hacia mí. Extrañada por mi pregunta, la señora Orsini. Abrumada también por lo que estaba sobrentendiendo. La habían amenazado.

—Sí.

—¿Para que les diera mi nombre?

—Para que vigilara el piso... Por si venía alguien, a ver quién era y qué quería. Para que tampoco le reenviara el correo. Que me iban a llamar todos los días. Y que más me valía que contestara.

Sonó el teléfono. Justo a nuestro lado. Estaba en la cómoda, encima de un mantel de encaje. La señora Orsini descolgó. La vi palidecer. Me miró muerta de pánico.

—Sí, sí, claro.

Y tapó el teléfono con la mano temblorosa.

—Son ellos. Es... para usted.

Me pasó el teléfono.

—Qué pasa.

—Te has metido en faena, Móntale. Nos parece perfecto. Pero no te molestes demasiado. Vamos con un poco de prisa, ¿comprendes?

—Vete a tomar por culo.

—A tomar por culo te vas a ir tú, y prontito, gilipollas.

Y colgó.

La señora Orsini me miraba. Ahora ya estaba aterrorizada.

—Siga haciendo lo que le dijeron que tenía que hacer.

Deseé a Sonia. Deseé su sonrisa. Sus ojos. Su cuerpo, que todavía me era desconocido. La deseé locamente. Deseé perderme en ella. Olvidar en ella todo ese asco del mundo que se apoderaría de nuestras vidas.

Porque todavía me quedaban algunas ilusiones.

Donde las lágrimas son el único remedio contra el odio

Me tomé una cerveza, luego dos y luego tres. Estaba a la sombra en la terraza de *La Samaritaine*, en el puerto. Allí siempre corría un poco de brisa marina. En realidad, no se puede decir que fuera aire fresco, pero bastaba para que el sudor no te escurriera por la frente a cada trago de cerveza. Estaba de maravilla ahí. En la terraza más bella del Vieux-Port. La única desde la que se puede disfrutar de la mañana a la noche de la luz de la ciudad. Es imposible entender Marsella si su luz te resulta indiferente. Desde aquí se puede palpar. Incluso a las horas más calurosas. Incluso cuando te ves obligado a bajar la vista. Como hoy.

Pedí una cerveza más y fui a llamar otra vez a Sonia. Eran casi las ocho y había estado llamando a su casa cada media hora, sin éxito.

El deseo de volver a verla era mayor a medida que el tiempo pasaba. Apenas la conocía y ya la echaba de menos. ¿Qué podía haberles contado a Honorine y a Fonfon para seducirlos tan rápido? ¿Qué me habría contado a mí, para ponerme en semejante estado? ¿Cómo podía una mujer introducirse en el corazón de un hombre así, sólo a base de miradas, de sonrisas? ¿Acaso era posible acariciar el corazón sin ni siquiera rozar la piel? Sin duda en eso consistía la seducción. Inmiscuirse en el corazón del otro, hacerlo vibrar, para quedárselo. Sonia.

Su teléfono seguía sonando en el vacío y me estaba desesperando. Me sentía como un adolescente enamorado. Febril. Impaciente por oír la voz de su chica. Una de las razones del teléfono móvil tenía también que ver con eso. Poder estar junto a la persona amada en cualquier momento. Poderle decir sí, te quiero, sí, te echo de menos, sí, hasta la noche. Pero yo no me veía con un móvil y no entendía nada de lo que me pasaba con Sonia. En realidad, no me acordaba ni del sonido de su voz.

Me volví a mi mesa y me hundí de nuevo en los artículos de Babette. Ya me había leído seis de sus reportajes. Giraban todos en torno a la justicia, a las *cités*, a la policía. Y a la Mafia. Sobre todo los más recientes. Babette había resumido para el periódico *Aujourd'hui* la conferencia de prensa de siete jueces que había tenido lugar en Ginebra: Renaud van Ruymbeke (Francia), Bernard Bertossa (Suiza), Gherardo Colombo y Edmondo Bruti Liberati (Italia), Baltasar Garzón Real y César Jiménez

Villarejo (España), y Benoît Dejemeppe (Bélgica). «Siete jueces cabreados con la corrupción», lo había titulado. El artículo databa de octubre de 1996.

«Los jueces —escribía Babette— están indignados porque la colaboración jurídica es inexistente o ralentizada por las políticas. Una organización criminal no tiene más que pagar una comisión de 200 000 dólares para blanquear 20 millones; el dinero de la droga (1,5 billones de francos cada año) toma los circuitos internacionales para reinvertirse al 90 por 100 en las economías occidentales.

»Para Bertrand Bertossa, procurador general de Ginebra —seguía Babette—, “es hora de crear una justicia en la que no sólo exista la libre circulación de los delincuentes sino, también, la libre circulación de las pruebas”.

»Pero los jueces saben que su grito de alarma se topa con la actitud esquizofrénica de los gobiernos europeos. “¡Hay que acabar con los paraísos fiscales, detergentes de dinero sucio! ¡No se puede dictar normas y, al mismo tiempo, ofrecer los medios para saltárselas!”, exclama el juez Baltasar Garzón, que ve cómo acaba enterrándose cada caso relacionado con Gibraltar, Andorra o Monaco. “Hoy día, basta con interponer empresas fantasma y multiplicar los filtros para que no haya nada que hacer, aunque se sepa positivamente que se trata de dinero de la droga”, apostilla Renaud van Ruymbeke».

Caía la noche, sin que siquiera trajera un poco de fresco. Hasta el culo. De leer y de esperar. A este paso iba a estar otra vez borracho cuando quedara con Sonia. Si se dignaba a contestar.

En vano otra vez, un cuarto de hora más tarde.

Llamé a Hassan.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Ferré cantaba al fondo:

*Quand la machine a démarré,
Quand on ne sait plus bien où l'on est
Et qu'on attend c'qui va s'passer.*^[3]

—¿Y por qué no iba a estar bien?

—Visto el pedal que llevabas anoche.

—No me pasé mucho, ¿no?

—En mi vida he visto a nadie llevarlo con tanta entereza.

—¡Qué bueno eres conmigo, Hassan!

Et qu'on attend c'qui va se passer...

—Una chica bien maja, esa Sonia, ¿eh?

Hasta a Hassan le había dado por lo mismo.

—Majísima —dije yo, imitándole—. Por cierto, no sabrás dónde vive...

—Psiii... —dijo tomando un trago de no sé qué bebida—. En la rue Consolat. 24 o 26, no me acuerdo bien. Pero es par, eso seguro. Los impares siempre se me quedan mejor.

Y soltó una carcajada mientras tomaba otro trago.

—Y ¿de qué vas hoy?

—De cerveza.

—Igual que yo. ¿Y cómo se apellida Sonia?

—De Luca.

Italiana. Joder, hacía tiempo. Desde Babette, intentaba evitar a las italianas.

—Te has cruzado un par de veces con su padre aquí. Trabajaba en el muelle. Attilio. ¿Sabes quién te digo? Bajito. Calvo.

—¡Ah sí! ¡Joder! ¡Y ése es su padre!

—Pues sí. (Tomó otro trago). Bueno, si la veo, le digo que la estás investigando.

Y se echó a reír otra vez. Ignoraba a qué hora había empezado a currar Hassan, pero estaba en plena forma.

—Efectivamente. Venga, hasta luego. *Ciao*.

Sonia vivía en el 28.

Pulsé ligeramente el timbre de abajo. La puerta se abrió. El corazón se me puso a cien. Primer piso, ponía en el buzón. Subí los escalones de cuatro en cuatro. Di unos pequeños golpes en la puerta. Se abrió y se volvió a cerrar a mis espaldas. Tenía a dos hombres enfrente. Uno de ellos enseñó la placa.

—Policía. ¿Quién es usted?

—¿Qué hacen ustedes aquí?

El corazón se me puso otra vez a tope. Pero por otros motivos. Imaginaba lo peor. Y me dije que sí, en efecto, que en cuanto te descuidas un poco, la vida empieza a poner en orden los palos que te va a dar, capa a capa. Como un milhojas. Una capa de crema, una capa de pasta quebrada. De vida quebrada. Mierda puta. Lo peor, no. No me lo imaginaba. Lo adivinaba. Se me paró el corazón y me encontré con el olor de la muerte. No el que me flotaba en la cabeza, ese olor al que creía que olía yo. No, el olor a muerte, bien real. Y el olor a sangre, del que se acompaña a menudo.

—Le he hecho una pregunta.

—Móntale. Fabio Móntale. Había quedado con Sonia —mentí un poco.

—Bueno, yo me bajo, Alain —dijo el otro policía.

Estaba lívido.

—Vale, Bernard. No creo que tarden en llegar.

—¿Qué ocurre? —dije para tranquilizarme.

—¿Es usted su... —me miró de arriba abajo. Evaluando mi edad. Estimando la de Sonia. Unos veinte años largos de diferencia, debió de concluir—, amigo?

—Sí, uno de sus amigos.

—Ha dicho usted Móntale, ¿verdad?

Se quedó pensativo unos instantes. Sus ojos me volvieron a examinar.

—Sí, Fabio Móntale.

—Ha muerto. Asesinada.

Se me hizo un nudo en el estómago. Sentí una bola crecer en el hueco del vientre. Pesada. Y me subía y bajaba por el cuerpo. Hasta la garganta. Haciéndole otro nudo. Ahogándome. Me ahogaba. Me dejaba mudo. Sin nada que decir. Como si todas las palabras se hubieran vuelto a su prehistoria. Al fondo de las cavernas. De ahí de donde la humanidad no debería de haber salido jamás. En el principio era lo peor. Y el grito primigenio del primer hombre. Desesperado bajo la inmensa bóveda estrellada. Desesperado por comprender, ahí, tan aplastado por toda esa belleza, que un día, sí, un día, mataría a su hermano. En el principio eran todas las razones para matar. Antes incluso de poder nombrarlas. La envidia, los celos, el deseo, el miedo. El dinero, el poder. El odio. El odio al otro. El odio al mundo.

El odio.

Ganas de gritar. De chillar.

Sonia.

El odio. La bola paró de subir y bajar. La sangre se me fue de las venas. Para concentrarse en esa bola, tan voluminosa ahora que me pesaba en el vientre. Me invadió un frío glacial. El odio. Tendría que vivir con ese frío. El odio. Sonia.

—Sonia —murmuré.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el policía.

—No.

—Siéntese.

Me senté. En un sofá que no conocía. En un apartamento que no conocía. En casa de una mujer que no conocía. Y que estaba muerta. Asesinada. Sonia.

—¿Cómo? —pregunté.

El policía me tendió un cigarrillo.

—Gracias —dije yo, encendiéndolo.

—La yugular rajada. En la ducha.

—¿Un sádico?

Se encogió de hombros. Eso quería decir que no. O que quizás no. Si la hubieran violado lo habría dicho. Violada y luego asesinada. Él sólo había dicho asesinada.

—Yo también he sido poli. Hace mucho tiempo.

Móntale. Yaaa... Hace un rato que me estaba preguntando... Barriadas norte, ¿no?

Me dio la mano.

—Yo soy Béraud. Alain Béraud. No hizo usted muchos amigos...

—Ya. Uno solo. Loubet.

—Loubet. Lo trasladaron hace seis meses.

—Vaya.

—Saint-Brieuc, Côtes-d'Armor. No exactamente un ascenso.

—Ya me imagino.

—Pocos amigos él también.

Se oyó una sirena de la policía. El equipo iba a desembarcar. Toma de huellas. Fotografías del lugar. Del cuerpo. Análisis. Declaración. Atestado. Rutina. Un crimen más.

—¿Y usted?

—He trabajado para él. Seis meses. Era buen tío. Legal.

Fuera, la sirena seguía aullando. Sin duda, el coche de la policía no encontraba sitio para aparcar. La rue Consolat era estrecha y todo el mundo aparcaba donde le parecía. Es decir, en cualquier sitio, de cualquier manera.

Hablar me hacía bien. Aparté las imágenes de Sonia con el cuello rajado que empezaban a afluir a mi cabeza. Un flujo imposible de controlar. Al igual que en las noches de insomnio, cuando uno se deja invadir por esa película en la que vemos a la mujer a la que amamos en los brazos de otro hombre, besándole, sonriéndole, diciéndole te quiero, gozando del sexo, murmurando qué bueno, qué bueno. Con la misma cara. Las mismas crispaciones de placer. Los mismos suspiros. Las mismas palabras. Pero son los labios de otro. Las manos de otro. El sexo de otro.

Lole se había ido.

Y Sonia había muerto. Asesinada.

La herida abierta. Chorreando sangre espesa. Llena de coágulos, encima de sus pechos, de su vientre, formando un pequeño charco en el ombligo y chorreando otra vez entre los muslos. Las imágenes estaban ahí. Asquerosas, como de costumbre. Y el agua de la ducha evacuando la sangre hacia las alcantarillas de la ciudad...

Sonia. ¿Por qué?

¿Por qué me encontraba siempre del lado frío de la vida? ¿En la vertiente de la desgracia? ¿Había alguna razón para ello? ¿O se trataba solamente de una casualidad? ¿Quizás no amaba la vida lo suficiente?

—¿Móntale?

Las preguntas se amontonaban de una manera vertiginosa. Y, con ellas, todas las imágenes de cadáveres que había almacenado en la cabeza desde que había sido policía. Centenares de cadáveres desconocidos. Y luego el resto. Los de aquellos a los que había conocido. Aquellos a los que amaba. Manu, Ugo. Y Guitou, tan joven. Y Leila. Leila, maravillosamente bella. Nunca había podido estar ahí para impedir que

murieran.

Siempre demasiado tarde, Móntale. Siempre con retraso respecto a la muerte. Y el mismo tiempo retraso respecto a la vida. A la amistad. Al amor.

Desfasado. Perdido. Siempre.

Y ahora Sonia.

—¿Móntale?

Y el odio.

—Sí —dije.

Iba a sacar el barco. Salir a alta mar. En la noche. Hacerle preguntas al silencio. Y escupir a las estrellas, como sin duda hizo el primer hombre, una noche, cuando, al volver de la caza, descubrió a su mujer estrangulada.

—Le vamos a tener que tomar declaración.

—Sí... ¿Cómo? —pregunté—. ¿Cómo se... se han enterado?

—Por la guardería.

—¿La guardería?

Saqué mi tabaco y le ofrecí un cigarrillo a Béraud. No quiso. Arrastró una silla hacia él y se sentó, bien enfrente de mí. Su tono se hizo menos amigable.

—Tiene un niño. Enzo. De ocho años. ¿No lo sabía?

—La conocí anoche.

—¿Dónde?

—En un bar, Les Maraîchers. Del que soy asiduo. Ella también, por lo visto. Pero no nos conocimos hasta ayer.

Me examinaba atentamente. Yo adivinaba todo lo que estaba pasando por su cabeza. Me sabía al dedillo todos los razonamientos que puede hacer un policía. Un buen policía. Sonia y yo habíamos estado bebiendo unas copas. Habíamos follado. Después, una vez sobria, ella ya no quería saber nada. Error de una noche. Esas cosas que cuesta comprender. Error en el recorrido en la vida de una madre. Fatal. Banalidades. Lo típico. Un crimen. Y ser ex policía no cambiaba nada. Nada de la locura del acto. Ni de su violencia.

Inconscientemente, sin duda, tendí mis manos hacia él para decir:

—Y no ha pasado nada entre nosotros. Nada. Quedamos en vernos hoy. Nada más.

—No le estoy acusando de nada.

—Sólo quería que usted supiera lo que había.

Ahora era yo quien miraba a Béraud de arriba abajo. Un poli legal. A quien le habría gustado trabajar con un comisario legal.

—Bueno, entonces la guardería les ha avisado, ¿no?

—No, en la guardería se empezaron a preocupar. Siempre era puntual. Nunca se había retrasado. Entonces llamaron al abuelo del niño y...

Atilio, pensé. Béraud hizo una pausa. Para que yo fuera procesando la información que me daba. Al abuelo, no al padre. Volvía a coger confianza.

—¿Y no al padre?

Se encogió de hombros.

—Al padre no lo han vuelto a ver en la vida. El abuelo ha protestado porque ya se había quedado con el niño anoche y lo tenía que cuidar también esta noche.

Béraud dejó que hubiera un silencio. Un silencio en el que Sonia y yo nos encontrábamos para pasar la noche juntos, esta vez sí.

—Ella se iba a encargar de darle la cena y del baño, y...

Me miró casi con ternura.

—¿Y?

—El abuelo fue a buscar al niño a la guardería y lo llevó a su casa. Después intentó contactar con su hija en la oficina. Pero ya se había marchado. A la misma hora que de costumbre. Entonces llamó aquí diciéndose que, con este calor, Sonia a lo mejor había venido a darse una ducha y que... En vano. Entonces empezó a preocuparse y llamó a la vecina. Se hacían favores. Cuando vino a llamar al timbre, la puerta estaba entreabierta. Fue la vecina la que nos avisó.

El apartamento se llenó de ruidos, de voces.

—Buenas noches, comisaria —dijo Béraud levantándose.

Alcé la mirada. Una mujer joven y alta se encontraba de pie delante de mí. En vaqueros y camiseta negra. Una bella mujer. Me despegué como pude del sofá en el que estaba sentado.

—¿Es el testigo? —preguntó.

—Un veterano de la casa, Fabio Mántale.

Me dio la mano.

—Comisaria Pessayre.

Su apretón de manos era firme. Y la palma, caliente. Cálida. Sus ojos negros eran vivos. Llenos de pasión. Nos quedamos mirándonos una fracción de segundo. El tiempo justo para creer que la justicia podía abolir la muerte. El crimen.

—Ahora me cuenta.

—Estoy cansado —dije volviéndome a sentar. Cansado.

Y se me llenaron los ojos de lágrimas. Por fin.

Las lágrimas eran el único remedio contra el odio.

Donde da gusto decir y oír según qué cosas, aunque no sirvan para nada

No escupí a las estrellas. No pude. A la altura de las islas Riou, apagué el motor y dejé que el barco flotara. En el lugar aproximado en el que mi padre, sujetándome por la axilas, me había hundido en el mar por primera vez. Tenía ocho años. La edad de Enzo. «No tengas miedo», me decía, «no tengas miedo». Fue mi único bautizo. Y, cuando la vida me hacía daño, siempre volvía a ese lugar. Como para intentar, ahí, entre el mar y el cielo, reconciliarme con el resto del mundo.

Cuando Lole se marchó, también vine. Hasta aquí. Toda la noche. Toda una noche enumerando todo aquello que podía reprocharme. Porque era necesario decirlo. Por lo menos una vez. Incluso al vacío. Era un 16 de diciembre. El frío me congeló hasta los huesos. A pesar de los largos tragos de Lagavulin que me echaba mientras lloraba. Al volver, al amanecer, tenía la sensación de regresar desde el país de los muertos.

Solo. Y en el silencio. Guirnaldas de estrellas me envolvían. La bóveda que dibujaban en el cielo negro azulado. Pero también su reflejo en el mar. Único movimiento, el de mi barco chapoteando en el agua.

Me quedé así, sin moverme. Con los ojos cerrados hasta sentir por fin deshacerse en mí la bola de asco y de tristeza que me oprimía. El aire fresco, aquí, daba a mi respiración un ritmo humano. Liberado de su larga angustia de vivir y de morir.

Sonia.

—Ha muerto asesinada —les dije.

Fonfon y Honorine estaban jugando al rami en la terraza. El juego de cartas preferido de Honorine. Al que siempre ganaba, porque le gustaba ganar. Al que Fonfon la dejaba ganar, porque le gustaba ver su alegría al ganar. Fonfon se había puesto un pastis. Honorine, un culín de Martini. Levantaron la vista hacia mí. Extrañados de verme llegar tan pronto. Preocupados, con razón. Y sólo les dije esto:

—Ha muerto asesinada.

Los miré y luego, con una manta bajo el brazo y la botella de Lagavulin en la otra mano, crucé la terraza, bajé las escaleras hasta el barco y me eché a la noche. Diciéndome, como cada vez, que ese mar, que mi padre me había regalado como un reino, lo iba a perder a fuerza de verter en él todos los golpes bajos del mundo y de

los hombres.

Cuando abrí los ojos, en el titilar de las estrellas, supe que tampoco esta vez habría nada. El curso del mundo, me daba la impresión, se había parado. La vida estaba suspendida. Excepto en mi corazón, donde, en ese instante, alguien lloraba. Un niño de ocho años y su abuelo.

Di un buen trago de Lagavulin. La risa, primero, y luego, la voz de Sonia resonaron en mi cabeza. Todo volvía a su sitio. Con precisión. Su risa. Su voz. Y sus palabras.

—Hay un lugar al que llaman *L'Eremo D'Annunziano*. Es un lugar construido en un mirador en donde Gabriele D'Annunzio pasó algún tiempo...

Se puso a hablar de Italia. De los Abruzzos, su región. De ese espacio de costa entre Ortona y Vasto que, para ella, «era único en el mundo». Sonia era inagotable, y la escuché, dejando que su placer me embriagara con la misma felicidad que los vasos de anís que trasegaba sin reflexionar demasiado.

—*Il Turchino* se llama la playa donde pasaba los veranos cuando era niña —*Turchino*, del color de sus ojos turquesa...—. Está llena de cantos rodados y de bambúes. Se pueden hacer velas con las hojas, o cañas de pescar, ¿ves?

Yo veía, ya lo creo. Y sentía. El agua deslizándose por mi piel. Su dulzura. Y la sal. El sabor de los cuerpos salados. Sí, veía todo eso, al alcance de la mano. Como el hombro desnudo de Sonia. Tan redondo, y tan suave de acariciar como los cantos pulidos por el mar. Sonia.

—Y luego hay una línea de tren que baja hasta *Foggia*...

Sus ojos acariciaron los míos. Una invitación a coger ese tren, a dejarse deslizar hacia el mar. A *il Turchino*.

—La vida allí es sencilla, Fabio, sólo marcada por el ritmo del tren que pasa, el ruido del mar, las porciones de pizza *al taglio* a mediodía, y —añadió riéndose—, *una gerla a la straciatella per me* al anochecer...

Sonia.

Su voz risueña. Sus palabras como una ráfaga de alegría de vivir.

Yo no había vuelto a Italia desde los nueve años. Nuestro padre nos había llevado, a mi madre y a mí, a su pueblo. A Castel San Giorgio, cerca de Salerno. Quería ver de nuevo a su madre, por lo menos una última vez. Quería que su madre viera al niño que yo era. Le conté eso a Sonia. Y que me había cogido el cabreo más gordo de mi vida, porque estaba hasta las narices de comer pasta desde por la mañana hasta por la noche, todos los días.

Se había reído.

—Eso es lo que me apetece ahora. Llevar a mi hijo a Italia. Como hizo tu padre contigo.

El gris azulado de sus ojos se alzó hacia mí, lentamente. Como un amanecer.

Estaba esperando mi reacción. Sonia. Un hijo. ¿Cómo había podido olvidárseme que me había estado hablando de su hijo? De Enzo. ¿Cómo es que no me acordaba para nada hacía un rato, cuando me estaba interrogando la policía? ¿Qué es lo que no había querido oír cuando había dicho eso: «Mi hijo»?

Nunca había deseado tener un hijo. De ninguna mujer. Por miedo a no saber ser un padre. A no saber dar, no ya suficiente amor, sino suficiente confianza en este mundo, en los hombres, en el futuro. No les veía ningún futuro a los niños de este siglo. Sin duda, mis muy largos años pasados dentro de la policía habían alterado mi visión de la sociedad. Había visto más chavales caer en la droga, pequeños delitos al principio, luego más gordos, y acabar en chirona, que sacar sus vidas adelante. Incluso esos a los que les gustaba la escuela, y les iba bien en ella, se encontraban un día en el fondo del callejón y, o se daban de golpes contra la pared hasta caerse muertos, o se giraban, para plantar cara, y se rebelaban contra la injusticia que se cometía contra ellos. Y vuelta otra vez a la violencia, a las armas y al trullo.

La única mujer de la que me hubiera gustado tener un hijo era Lole. Pero nos dijimos que no queríamos. Demasiado viejos, ése fue nuestro pretexto. No obstante, me había pasado más de una vez, cuando hacíamos el amor, esperar que ella hubiera dejado, sin decírmelo, de tomar la píldora. Y que me anunciara un día, con una tierna sonrisa: «Espero un hijo, Fabio». Como un regalo, para nosotros dos. Para nuestro amor.

Sabía que tendría que haberle transmitido ese deseo. Decirle también que quería casarme con ella. Que fuera mi mujer de verdad. Quizás habría dicho que no. Pero todo habría estado claro entre nosotros. Porque el sí y el no se habrían intercambiado, dentro de la simplicidad de la dicha de vivir juntos. Pero me había callado. Y ella también, no le quedaba más remedio. Hasta que ese silencio nos alejó al uno del otro, acabó por separarnos.

Me terminé la copa en lugar de contestarle, y Sonia continuó.

—Su padre me dejó tirada. Hace cinco años. No ha vuelto a dar señales de vida.

—Es duro —recordaba haber respondido.

Se había encogido de hombros.

—Cuando un tío deja tirado a su hijo, sin preocuparse más... Cinco años, te das cuenta, ni siquiera en navidades, ni para su cumpleaños, pues bueno, mejor. No habría sido un buen padre.

—Pero un niño ;necesita un padre!

Sonia me miró, silenciosa. Transpirábamos por todos los poros. Yo más que ella. Su muslo, todavía pegado al mío, había encendido en mí un fuego que creía olvidado. Un brasero.

—Yo lo he educado, sola. Con la ayuda de mi padre, eso es verdad. A lo mejor un día encuentro a un tipo al que tenga la dicha de presentarle a Enzo. Ese tipo no será

nunca su padre, pero podrá aportarle todo lo que un niño necesita para crecer. Autoridad, ternura. Confianza también. Y sueños de hombre. Bonitos sueños de hombre...

Sonia.

Me apeteció abrazarla. En ese momento. Apretarla contra mí. Se apartó, amablemente, riéndose.

—Fabio.

—Vale, vale.

Y me puse las manos encima de la cabeza para dejarle claro que no la iba a tocar.

—Nos bebemos la última y nos vamos a bañar, ¿vale?

Había previsto llevármela en el barco, para bañarnos en alta mar. En las aguas profundas. Ahí donde me encontraba en este instante. Y ahora me extrañaba habérselo propuesto a Sonia. Acababa de conocerla. Mi barco era mi isla desierta. Mi soledad. Sólo había llevado a Lole. La noche que vino a instalarse en mi casa. Y a Fonfon y a Honorine, hacía muy poco. Nunca ninguna mujer había merecido subir a ese barco. Ni siquiera Babette.

—Por supuesto —respondió Hassan cuando le dije que nos volviera a poner otra.

Coltrane tocaba. Estaba completamente borracho, pero había reconocido *Out of this world*. Catorce minutos que podían consumir toda una noche. Hassan no iba a tardar en cerrar, me di cuenta. Coltrane, siempre, para acompañar a cada uno de sus clientes. Hacia sus amores. Hacia su soledad. Coltrane para la carretera. Fui totalmente incapaz de levantarme de la silla.

—Eres bella, Sonia.

—Y tú estas borracho, Fabio.

Soltamos una carcajada.

La felicidad. Siempre posible.

La felicidad.

El teléfono estaba sonando cuando volví a casa. Las dos y diez. Gilipollas, me dije, pensando en no se sabe quién que se atrevía a llamar a semejantes horas. Dejé que sonara. Al otro lado acabaron por renunciar.

Silencio. No tenía sueño. Y tenía hambre. En la cocina, Honorine me había dejado una nota. Apoyada en una cazuela de barro en la que rehogaba sus estofados y ragús. «Es sopa de *pistou*. Hasta fría está buena. Así que coma un poco. Un beso muy fuerte. Y de parte de Fonfon, también un beso». Al lado, en un platito, me había dejado queso rallado, por si acaso.

Había miles de maneras de hacer la sopa de *pistou*, sin duda. En Marsella todo el mundo decía: «Mi madre la hacía así», y luego la cocinaban a su manera. Tenía un sabor diferente cada vez. Según las verduras que le pusieras. Según, sobre todo, cómo

se hubiera dosificado el ajo y la albahaca, y luego la emulsión de ambos junto con la pulpa de tomates escaldados en el agua de cocer las verduras.

A Honorine le salía la mejor sopa de *pistou* del mundo. Judías blancas, pintas, verdes, alguna patata y macarrones. La dejaba cocer a fuego lento toda la mañana. Luego se ponía con el *pistou*. Majaba en un viejo mortero de madera el ajo y las hojas de albahaca. Ahí era muy importante que a Honorine no se la molestara. «Oiga, si se va a quedar ahí, como un santón, mirándome alelado, no me va a salir».

Puse la cazuela a fuego lento. La sopa de *pistou* estaba todavía mejor recalentada una o dos veces. Encendí un cigarrillo y me puse un vaso de vino tinto de Bandol. Un Tempier del 91. Mi última botella de ese año. Quizás el mejor.

¿Había hablado Sonia con Honorine de todo esto? ¿Con Fonfon? De su vida de madre soltera. De Enzo. ¿Cómo había podido saber Sonia que yo no era un hombre feliz? «Desgraciado», le había dicho a Honorine. No le había contado nada de Lole, estaba seguro. Pero había hablado de mí, eso sí. Mucho rato incluso. De mi vida desde que había vuelto de Yibuti, desde ese momento en que me había hecho policía.

Lole era mi drama. No una desgracia. Pero su partida era quizás una de las consecuencias de mi manera de vivir. De pensar la vida. Vivía demasiado y, desde hacía algún tiempo, sin crearme mucho la vida. ¿No sería que, sin darme cuenta de verdad, había caído del lado de la desgracia? ¿No sería que, a fuerza de creer que las pequeñas cosas de cada día proporcionan suficiente felicidad, había renunciado a todos mis sueños, a mis verdaderos sueños? ¿Al futuro al mismo tiempo? No tenía ningún mañana cuando el alba, como en este momento, nacía. Nunca me había hecho a la mar en un carguero. Nunca me había ido al otro lado del mundo. Me había quedado aquí, en Marsella. Fiel a un pasado que ya no existía. A mis padres. A mis amigos desaparecidos. Y cada nueva muerte de alguien querido me añadía plomo en las suelas y en la cabeza. Prisionero de esta ciudad. Ni siquiera había vuelto a Italia, a Castel San Giorgio...

Sonia. Quizás habría ido con ella allí, a los Abruzzos, con Enzo. A lo mejor la habría llevado —¿o habría sido ella la que me habría empujado?— hasta Castel San Giorgio, y les habría hecho amar ese bello país que era también el mío. Tan mío como esta ciudad en la que había nacido.

Me comí un plato de sopa. Tibia, como me gusta a mí. Honorine se había vuelto a pasar. Me acabé el vino. Estaba listo para dormir. Para hacer frente a todas las pesadillas. A las imágenes de la muerte que bailaban en mi cabeza. Por la mañana iría a ver al abuelo. Atilio. Y a Enzo. Les diré: «Soy el último hombre al que conoció Sonia. No estoy seguro, pero creo que me tenía cariño. Y yo también a ella». No serviría de nada, pero decirlo no hacía daño, y oírlo tampoco.

El teléfono empezó a sonar de nuevo.

Descolgué irritado.

—¡Mierda! —chillé al descolgar.

—Móntale —dijo la voz.

—Qué pasa.

—Esta chica, Sonia, es sólo para que entiendas. Para que entiendas que no estamos de broma.

—¡Qué! —grité.

—No es más que el principio, Móntale. El principio. Eres un poco duro de oído. Un poco demasiao gilipollas también. Seguiremos. Hasta que encuentres a la remuevemierda. ¿Te enteras?

—¡Hijos de la gran putaaa! —grité. Y fui subiendo el tono—: ¡Saco mierda! ¡Escoria humana!

Del otro lado, silencio. Pero mi interlocutor no había colgado. Cuando me quedé sin respiración, la voz prosiguió:

—Móntale, nos vamos a cargar uno a uno a tus amigos. A todos. Uno a uno. Hasta que encuentres a la Bellini. Y si no meneas el culo rápido, cuando hayamos acabado, te vas a arrepentir de seguir vivo. Elige.

—OK —dije, completamente vaciado.

Los rostros de mis amigos desfilaron a toda velocidad por mi cabeza. Incluso los de Fonfon y Honorine. «¡No!», lloraba mi corazón, «¡no!».

—OK —dije muy bajo.

—Te llamamos esta noche otra vez.

Colgó.

—¡Voy a matar a este hijo de puta de mierda! —chillé—. ¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar!

Me giré y vi a Honorine. Se había puesto la bata que le había regalado en Navidad. Estaba con los brazos cruzados. Me miraba con ojos perplejos.

—Creía que tenía usted pesadillas, visto los gritos que da.

—Las pesadillas sólo existen en la vida real —dije.

Me volvía el odio. Y con él, esa peste a muerte.

Supe que a ese tipo tenía que matarlo.

Donde a veces son amores secretos lo que se comparte con una ciudad

El teléfono sonaba. Las nueve y diez. ¡Mierda! No había sonado tanto jamás en esta casa. Descolgué, temiéndome lo peor. Ese simple gesto me empapó de sudor. Hacía cada vez más calor. Incluso con las ventanas abiertas, no se movía ni una brizna de aire.

—Qué —dije de mal humor.

—Comisaria Pessayre, buenos días. ¿Está usted siempre de esos humos por la mañana?

Me gustaba esa voz. Grave, un poco arrastrada.

—¡Es sólo para ahuyentar a los representantes de las cocinas Vogica!

Se echó a reír. Había algo barroco en su risa. Debía de ser del suroeste. O de algún sitio de por ahí.

—¿Podemos vernos? Esta mañana.

La voz era la misma, calurosa. Pero no dejaba lugar a un no. Era sí. Y sería obligatoriamente esa mañana.

—¿Hay algún problema?

—No, no... Hemos estado comprobando su declaración. Y sus horarios. Y no está usted entre los sospechosos, tranquilícese.

—Gracias.

—El caso es que... Digamos que quería charlar un rato con usted de algunas cosillas.

—¡Allá! —dije falsamente emocionado—. Si se trata de una invitación, no hay problema.

El comentario no le hizo mucha gracia. Y a mí me tranquilizó saber que no se engañaba. Esa mujer tenía temperamento, y como yo ignoraba el giro que iban a dar los acontecimientos, más valía saber con quién se podía contar. Dentro de la policía, evidentemente.

—A las once.

—¿En su despacho?

—No creo que lo llevara muy bien, ¿no?

—No mucho.

—¿En el Fort Saint-Jean? Y así paseamos un poco, si le apetece.

—Me gusta ese sitio.

—A mí también.

Fui por La Corniche. Para no perder el mar de vista. Hay días así. En los que no puedo entrar en esta ciudad de otra manera. Días en los que necesito que la ciudad venga a mí. Soy yo el que se mueve, pero es ella la que se acerca. Si pudiera, no vendría a Marsella más que por el mar. La entrada en el puerto, una vez sobrepasada la dársena de Malmousque, me procuraba en cada ocasión emociones bellas. Yo era Hans, el marinero de Édouard Peisson. O Cendrars, volviendo de Panamá. O incluso Rimbaud, «ángel fresco desembarcado en el puerto ayer por la mañana». Siempre se volvía a representar aquel momento en que Protis, el focense, entraba en la dársena con los ojos maravillados.

Esa mañana, la ciudad estaba transparente. Rosa y azul, en el aire inmóvil. Ya caliente, pero no pegajoso todavía. Marsella respiraba su luz. Como lo hacían los clientes de La Samaritaine en la terraza: bebérsela con despreocupación, hasta la última gota de café en el fondo de la taza.

El azul de los tejados, el rosa del mar. O a la inversa. Hasta el mediodía. Luego, el sol lo aplastaba todo durante algunas horas. La sombra y la luz. La ciudad se hacía opaca. Blanca. Era en ese momento cuando Marsella se perfumaba de anís.

De hecho empecé a tener sed. Sed de un pastis bien frío, en una terraza sombreada. La de Ange, por ejemplo, en la place des Treize-Coins, en el viejo barrio del Panier. Mi antigua cantina, cuando era policía.

—Ahí es donde aprendí a nadar —le dije, señalando la entrada del puerto.

Sonrió. Acababa de juntarse conmigo al pie del Fort Saint-Jean. Con paso firme. Con un cigarrillo en la boca. Llevaba vaqueros y camiseta, como el día anterior. Pero en tonos crudos. El pelo, castaño cobrizo, recogido en un moño. En el fondo de la mirada, avellana oscura, había un brillo de malicia. Se le podían echar unos treinta. Pero debía tener diez más, la señora comisaria.

Le indiqué la otra orilla.

—Había que cruzar y volver, para ser un hombre. Y poder ligar con las chicas.

Sonrió de nuevo. Desvelando esta vez dos bonitos hoyuelos en las mejillas. Enfrente de nosotros, tres parejas de jubilados, de piel curtida, estaban preparados para tirarse de cabeza. Habituales del lugar. Se bañaban ahí y no en la playa. Por fidelidad, sin duda, a su adolescencia. Seguimos acudiendo durante mucho tiempo a nadar aquí, con Ugo y Manu. Lole, que rara vez se bañaba, solía venir a nuestro encuentro con un bocadillo. Tumbados sobre las piedras planas, nos secábamos escuchándola leer a Saint-John Perse. Versos de *Exil*, sus favoritos.

... nous mènerons encore plus d'un deuil, cbantant l'hier, cbantant l'ailleurs,
chantant le mal à sa naissance
et la splendeur de vivre qui s'exile à perte d'homme cette année.^[4]

Los jubilados se tiraron al agua —las cabezas de las mujeres, cubiertas con un gorro blanco— y nadaron hacia la dársena del faro. Un *crawl* sin pretensiones, de movimientos seguros, controlados. No tenían ya a quién impresionar. Se impresionaban a ellos mismos. Los seguí con la mirada, apostando interiormente a que se habían conocido allí a los dieciséis o diecisiete años. Tres buenos amigos y tres buenas amigas. Y envejecían juntos. En la sencilla felicidad del sol en la piel. La vida no era nada más. La fidelidad a los actos más simples.

—¿Le gusta seducir a las chicas?

—Se me ha pasado la edad —respondí lo más serio que pude.

—¡No me diga! —replicó ella igual de seria—. No lo parece.

—Si lo dice por Sonia...

—No. Por su manera de mirarme. Pocos hombres son tan directos.

—Tengo debilidad por las mujeres guapas.

Allí soltó una buena carcajada. La misma que por teléfono. Una risa franca, como el agua que corre por una cascada. Rugosa y cálida.

—No soy lo que se suele entender por mujer guapa.

—Todas las mujeres dicen eso hasta que las seduce un hombre.

—Parece estar muy puesto en el tema.

Estaba desorientado por el giro de la conversación. Pero ¡qué le estás contando!, me dije. Me miró fijamente y, de repente, me sentí torpe. Esa mujer sabía devolverlas.

—Un poquito sí. ¿Caminamos, comisaria?

—Hélène, por favor. Sí, vamos.

Caminamos bordeando el mar. Hasta la punta del antepuerto de la Joliette. Frente al faro de Sainte-Marie. Sí, como a mí, le gustaba ese lugar desde donde se podía ver entrar y salir a los *ferries* y a los cargueros. Como a mí, todos los proyectos que tenían que ver con el puerto le preocupaban. Una palabra llenaba las bocas de los políticos y de los tecnócratas. *Euroméditerranée*. Todos, incluso aquellos que habían nacido aquí, como el actual alcalde, tenían los ojos puestos en Europa. Europa del Norte, por descontado. Capital, Bruselas.

Marsella no tenía futuro más que renunciando a su historia. Eso era lo que nos contaban. Y si se hablaba de la reordenación portuaria, no era más que para afirmar mejor que había que acabar con ese puerto tal como era hoy. Símbolo de una antigua

gloria. Hasta los cargadores marseleses, a pesar de su tenacidad, habían acabado aceptándolo.

Se demolerían los hangares. El J3 y el J4. Se rediseñarían los muelles. Se cavarían túneles. Se crearían autovías. Explanadas. Se repensaría el urbanismo y el hábitat, desde la place de la Joliette hasta la gare Saint-Charles. Y se remodelaría el paisaje marítimo. Esto era la última gran idea. La nueva gran prioridad. El paisaje marítimo. Lo que se podía leer en los periódicos era para hundir a cualquier marsellés en la perplejidad más absoluta. Sobre los cien puestos en los muelles de las cuatro dársenas del puerto, se hablaba de «operacionalidad mágica». Sinónimo de caos para los tecnócratas. Seamos realistas, explicaban: pongamos término a esta «encantadora y nostálgica reliquia paisajística en desuso». Recuerdo haberme reído un día al leer en la seria revista *Marseille* que la historia de la ciudad, «a través de sus intercambios con el mundo exterior, va a extraer de sus raíces sociales y económicas el proyecto de un centro de ciudad generoso».

—Toma, léete esto —le dije a Fonfon.

—¿Te compras estas mamonadas? —me preguntó devolviéndome la revista.

—Es por lo del reportaje sobre Le Panier. Es toda nuestra historia.

—Historia, hijo, ya no tenemos. Y la poca que nos queda nos la van a meter por el culo. Y estoy siendo muy educado.

—Prueba esto.

Le había llenado el vaso de un Tempier blanco. Eran las ocho. Estábamos en la terraza de su bar. Con cuatro docenas de erizos en la mesa.

—¡Caguendiez! —dijo haciendo un chasquido con la lengua—. ¿De dónde lo has sacado?

—Tengo dos cajas. Seis botellas de tinto del 91 y otras seis del 92. Y seis de clarete y seis de blanco del 95.

Me había hecho amigo de Lulu, la propietaria de las bodegas, en el Plan Castellet. Mientras probábamos el vino, habíamos estado hablando de literatura. De poesía. Conocía versos de Louis Braquier. Los de *Bar d'escalé*. De *Liberté des mers*.

*Je suis encore loin et je me permets d'être brave,
Mais viendra le jour où nous serons sous ton vent...*^[5]

¿Habían leído a Braquier todos esos tecnócratas de París con sus consejos paisajísticos? ¿Y a Gabriel Audisio, lo habían leído? ¿Y a Toursky? ¿Y a Gérald Neveu? ¿Sabían que aquí un inspector de pesos y medidas llamado Jean Ballard creó, en 1943, la más bella revista literaria de este siglo, y que Marsella, por encima de todos los barcos del mundo, en todos los puertos del mundo, había brillado con *Les cahiers du sud* más que con el intercambio de mercancías?

—Volviendo a las mamonadas que les da por escribir —prosiguió Fonfon—, te lo voy a explicar. Cuando empiezan a hablarte de la generosidad del centro de la ciudad, ya puedes estar seguro de que lo que eso supone es todo el mundo fuera. ¡Pasadita de escoba! Los moros, los comorianos, los negros. Todo lo que mancha, vaya. Y los parados y los pobres... ¡No te jode!

Mi viejo amigo Mavros, que malvivía llevando una sala de boxeo en lo alto de Saint-Antoine, decía más o menos las cosas de esta manera: «Cada vez que te vienen a hablar de generosidad, de confianza y de honor, te vuelves un poco para mirar de reojo y te encuentras, seguro, con un puñal a punto de clavársete en el culo». Yo no acababa de rendirme ante semejante evidencia, y Mavros y yo nos enfadábamos siempre con esto.

—Eres un exagerado, Fonfon.

—Ya. Pues échame un poco más de vino. Así dejas de decir tonterías.

Hélène Pessayre tenía los mismos temores sobre el futuro del puerto de Marsella.

—Sabe —dijo ella—, el Sur, el Mediterráneo... No tenemos ninguna esperanza. Pertenecemos a eso que los tecnócratas llaman «las clases peligrosas» de mañana.

Abrió el bolso y me pasó un libro.

—¿Ha leído usted esto?

Era una obra de Sandra George y Fabrizio Sabelli. *Crédits sans frontières, la religion séculière de la Banque mondiale*.

—¿Interesante?

—Apasionante. Cuentan, simplemente, que, con el fin de la Guerra Fría y la preocupación de Occidente por integrar el bloque del Este —en gran parte en detrimento del Tercer Mundo—, el mito revisado de las clases peligrosas repercute en el Sur y en los movimientos migratorios del Sur hacia el Norte.

Nos sentamos en un banco de piedra. Al lado de un viejo árabe que parecía dormir. Una sonrisa le colgaba de los labios. Más abajo, dos pescadores, parados o pensionistas, seguro, vigilaban sus cañas.

Ante nosotros, el horizonte del mar abierto. El infinito azul del mundo.

—Para la Europa del Norte, el Sur es sin duda caótico, radicalmente diferente, luego inquietante. Pienso, en fin, estoy de acuerdo con los autores de este libro en que los estados del Norte reaccionarán erigiendo un *limes* moderno. ¿Se da cuenta? Como una evocación de la frontera entre el Imperio romano y los bárbaros.

Silbé entre dientes. Estaba seguro de que a Fonfon y a Mavros les caería bien esta mujer.

—Vamos a pagar cara esta nueva representación del mundo. No, me refiero a todos esos que se han quedado sin trabajo, a los que están cerca de la miseria, a todos los chavales también, a los de las barriadas norte, a los de los barrios más populares que se les ve vagando por el centro.

—Y yo que me creía pesimista —dije riendo.

—El pesimismo no sirve de nada, Móntale. Este nuevo mundo está cerrado. Terminado, ordenado, estable. Y nosotros ya no cabemos en él. Hay un nuevo pensamiento dominante. Judeo-cristiano-heleno democrático. Con un nuevo mito. Los nuevos bárbaros. Nosotros. Y nosotros somos innombrables, indisciplinados, nómadas por supuesto. Y además arbitrarios, fanáticos y violentos. Y, evidentemente, también miserables. La razón y el derecho están al otro lado de la frontera. Los mismo que la riqueza.

Un velo de tristeza le cubrió los ojos. Se encogió de hombros y se levantó. Con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, caminó hasta el borde del agua. Ahí se quedó en silencio, con los ojos perdidos en el horizonte. Fui a su encuentro. Me señaló el horizonte del mar.

—Por ahí llegué yo a Marsella por primera vez. Por el mar. Tenía seis años. Nunca he olvidado la belleza de esta ciudad al amanecer. Tampoco he olvidado Argel. Pero no he vuelto nunca. ¿Conoce usted Argel?

—No. No he viajado mucho.

—Yo nací allí. He luchado durante años para que me trasladaran aquí, a Marsella. Marsella no es Argel. Pero desde aquí es como si pudiera ver su puerto. Yo también aprendí a nadar tirándome desde arriba del muelle. Para impresionar a los chicos. Íbamos a disfrutar con los flotadores a alta mar. Los chicos venían a nadar a nuestro alrededor y se gritaban entre ellos: «¿Has visto la gaviota bonita?». Todas éramos gaviotas bonitas.

Se giró hacia mí, y sus ojos brillaban con una felicidad pasada.

—«Son a menudo amores secretos»... —empecé yo.

—«... los que se comparten con una ciudad» —prosiguió ella, con una sonrisa en los labios—. A mí también me gusta Camus.

Le tendí un cigarro y luego la llama del mechero. Aspiró el humo, lo expulsó lentamente al aire a la vez que inclinaba la cabeza hacia atrás. Luego me miró de nuevo, fijamente. Me dije que por fin iba a saber por qué había querido que nos viéramos esa mañana.

—Pero usted no me ha hecho venir hasta aquí para hablarme de todo esto, ¿no?

—Es verdad, Móntale, lo que quería es que usted me hablara de la Mafia.

—¡De la Mafia!

Su mirada se hizo penetrante. Hélène volvía a ser la comisaria Pessayre.

—¿No tiene sed? —dijo.

Donde existen errores demasiado monstruosos para el remordimiento

Ange me dio un beso.

—¡Joder, creía que ya no ibas a venir a verme más!

Me guiñó un ojo al ver a Hélène sentándose en la terraza, bajo los magníficos plátanos.

—¡Guapa mujer, cabrón!

—Y comisaria.

—¡Qué dices!

—Lo que oyes. ¿Qué te parece? —añadí riéndome—. Te estoy renovando la clientela.

—¡Qué jeta tienes, de verdá!

Hélène pidió una *mauresque*. Yo un pastis.

—¿Os quedáis a comer? —preguntó Ange.

Interrogué a Hélène con la mirada. A lo mejor las preguntas que quería hacerme no daban cabida al menú del día, sencillo pero siempre delicioso, que preparaba Ange.

—Tengo salmonetes —propuso—. Magníficos. Sólo a la plancha, con un poco de salsa *bohémienne* para acompañar. Y de primero he hecho un hojaldre de sardinas, frescas, por supuesto. Con este calor, ¿eh?, no hay nada mejor que el pescado.

—Vale —dijo ella.

—¿Sigues teniendo clarete del Puy-Sainte-Réparate?

—¡Vaya que si tengo! Os pongo una jarra para empezar.

Brindamos. Tenía la sensación de conocer a esa mujer desde siempre. Habíamos creado cierta intimidad al instante. Desde el apretón de manos, ayer por la noche. Y nuestra charla, por la orilla del mar, no hacía más que confirmármelo.

No sabía lo que me pasaba. Pero en cuarenta y ocho horas, dos mujeres, tan distintas la una de la otra, habían conseguido meterse en mí. Sin duda me había mantenido demasiado lejos de ellas desde que Lole se había ido. Sonia me había abierto la puerta del corazón y, ahora, entraba todo el mundo. Bueno, no cualquiera, Hélène Pessayre, estaba convencido, estaba lejos de ser cualquiera.

—Le escucho —dije.

—He leído cosas sobre usted. En la oficina. Informes oficiales. Ha estado dos veces involucrado en historias relacionadas con la Mafia. La primera, después de la muerte de su amigo Ugo, en la guerra en la que se enfrentaron Zueca y Batisti. La segunda, a causa de un asesino, Narni, que había venido a Marsella a barrer la casa.

—Y que se cargó a un chaval de dieciséis años. Ya, ya lo sé. Una casualidad. ¿Y?

—No hay dos sin tres, ¿no?

—No entiendo —dije yo, sin hacerme mucho el tonto. Porque lo estaba entendiendo de maravilla. Y me preguntaba cómo había podido montar semejante hipótesis tan deprisa. Me miró con bastante dureza.

—Le gusta hacerse el tonto, ¿eh, Móntale? .

—¿Qué le hace pensar eso? ¿Sólo porque no pillo sus alusiones?

—Móntale, Sonia no fue asesinada por un sádico. Ni por un desequilibrado, o un maníaco del arma blanca.

—¿Su marido, quizás? —lancé lo más inocentemente posible—. Bueno..., el padre del niño.

—Sí, claro, claro...

Me buscó con la mirada, pero yo la había bajado hacia el vaso. Me lo bebí de un trago, para dar imagen de contención.

—¿Otra *mauresque*? —propuse.

—No, gracias.

—Ange —llamé—, ¡ponme otro pastis!

En cuanto me lo sirvió, ella prosiguió:

—Veo que no ha perdido usted la costumbre de montar historias a lo bobo.

—Mire, Hélène...

—Comisaria. Es la comisaria la que le está haciendo preguntas. En el marco de una investigación sobre un crimen. El de una mujer, Sonia de Luca. Madre de un hijo de ocho años. Soltera. Treinta y cuatro años. Treinta y cuatro años, Móntale. Mi edad.

Había ido levantando el tono paulatinamente.

—Lo sé. Y que esa mujer me sedujo en una noche. Y que sedujo también a dos de mis vecinos más queridos tan sólo hablando cinco minutos con ellos. Porque sin duda debía de ser una mujer maravillosa.

—¿Y qué más sabe?

—Nada.

—¡Mierda! —gritó.

Ange plantó los hojaldres de sardina en la mesa. Nos miró a los dos.

—Que aproveche —dijo.

—Gracias.

—¡Eh!, y si se mete con usted, dígamelo.

Sonrió.

—Que aproveche —arriesgué yo.

—Vale.

Comió un bocado y luego dejó reposar el tenedor y el cuchillo.

—Móntale, he hablado un buen rato con Loubet al teléfono. Esta mañana. Antes de llamarle.

—Ah, sí, ¿y qué tal le va?

—Tan bien como le puede ir a alguien a quien han encerrado en el cuarto trastero. Como se puede imaginar. De hecho, le encantaría tener noticias tuyas.

—Sí. Es verdad, no me he portado bien. Le llamaré. Y ¿entonces? ¿Qué es lo que le ha contado de mí?

—Que es usted un cabrón. Un tipo muy honesto pero un cabronazo de primera. Capaz de camuflarle información a la policía sólo para permitirse coger carrerilla y arreglar sus asuntos por su cuenta. Como un chico mayor.

—Muy bueno el Loubet.

—Y cuando por fin condesciende a soltar el bocado, el follón que ha preparado es cojonudo.

—¡Pues sí! —dije nervioso.

Porque, por supuesto, Loubet tenía razón. Pero yo era muy cabezota. Y ya no confiaba en la policía. Racistas y corruptos. Ni en los otros, esos a los que lo único que les importaba era medrar. Loubet era una excepción. En cada ciudad, polis como él se contaban con los dedos de la mano. La excepción que confirmaba la regla. Nuestra policía era republicana.

Miré a Héléne a los ojos. Pero ya no veía malicia alguna, ni nostalgia por una felicidad pasada. Ni siquiera esa dulzura femenina que había entrevistado.

—De todas formas —seguí—, los cadáveres, las meteduras de pata y los errores, lo arbitrario, las palizas... todo eso es siempre cosa de los de su bando, ¿o no? Yo no tengo las manos manchadas de sangre.

—¡Yo tampoco, Móntale! ¡Y Loubet tampoco, que yo sepa! ¿De qué va usted? ¿De superman? ¿Quiere que lo maten?

Tuve un flash de algunas muertes atroces perpetradas por asesinos de la Mafia. Uno de ellos, Giovanni Brusca, había estrangulado a un niño de once años. El hijo de un arrepentido, Santino di Matteo, un veterano del clan Corleone. Brusca metió después el cadáver del niño en ácido. El asesino de Sonia debió salir de esta escuela.

—Puede ser —murmuré—. ¿Le molesta mucho?

—Me molestaría mucho.

Se mordió el labio inferior. Se le habían escapado las palabras. Me dio un escalofrío, intenté olvidarlo y me dije que quizás aún podía llevar esa conversación por donde yo quería. Porque, por muy comisaria que fuera, no tenía ninguna

intención de hablarle de la Mafia a H el ene Pessayre. De esa absurda casualidad que le había costado la vida a Sonia. Ni de las llamadas telefónicas del asesino. Y menos aún de la fuga de Babette. Al menos todavía no, en lo que se refería a Babette.

No, no me iban a volver a cambiar más. Iba a hacer las cosas como de costumbre. Como las sentía. Desde la noche pasada, desde que ese hijo de la gran puta me había llamado, preveía las cosas de manera muy simple. Quedaba con ese tío, el asesino, y le metía todo el cargador en la tripa por sorpresa.  C mo se iba él a imaginar que un mamonazo de mi cala a fuera capaz de blandir un arma y carg rselo? Todos los asesinos se creían los mejores, los más listos. Por encima de la media de los mediocres. Eso no cambiaría mucho el fregao en el que se había metido Babette. Pero aliviaría la pena de mi corazón.

Cuando salí ayer por la tarde, estaba convencido de que me traería a Sonia a casa. Habríamos tomado el desayuno en la terraza, nos habríamos ido a nadar mar adentro, y Honorine habría venido a hacernos sugerencias para la comida y para la cena. Y, por la noche, habríamos cenado los cuatro juntos.

Una visión idílica. Siempre había procedido de la misma manera con la realidad. Intentando elevarla al nivel de mis sueños. A la altura de la mirada. A la altura del hombre. De la felicidad. Pero la felicidad era como la caña. Se doblaba, pero no se rompía jamás. Detrás de la ilusión, siempre se perfilaba la asquerosidad humana. Y la muerte. Que tiene una mirada para cada uno de nosotros.

Yo no había matado nunca. Hoy, no obstante, me creía capaz. De matar. O de morir. De matar y de morir. Porque matar era también morir. Hoy ya no tenía nada que perder. Había perdido a Lole. Había perdido a Sonia. Dos felicidades. Una, conocida. Otra, adivinada. Idénticas. Todos los amores toman el mismo camino. Lole había sabido inventar nuestro amor en otro amor. Yo podría haber reinventado a Lole con Sonia. Quizás.

Todo me resultaba indiferente.

Volví a pensar en aquel poema de Cesare Pavese: «Vendr  la muerte y te sacar  los ojos».

Los ojos del amor.

Será como abandonar un vicio,
como ver resurgir
en el espejo un rostro difunto,
como escuchar unos labios sellados.
Bajaremos mudos al pozo.

Por supuesto que Fonfon y Honorine no me perdonar an que muriera. Pero me sobrevivirían los dos. Habían vivido de amor. De ternura. De fidelidad. Vivían de ello

y vivirían de ello. Sus vidas no eran un fracaso. Yo... «A fin de cuentas —me dije—, la única manera de dar sentido a la propia muerte es sentir cierta gratitud por lo que se ha hecho anteriormente».

Y gratitud yo tenía para dar y tomar.

—Móntale.

Su voz ahora era dulce.

—Móntale. A Sonia la ha matado un profesional.

Hélène Pessayre conseguía tranquilamente decirme lo que me quería decir.

—Y su muerte iba firmada. Sólo la Mafia raja así los cuellos de la gente. De derecha a izquierda.

—¿Y usted cómo lo sabe?

Los salmonetes llegaron y trajeron consigo la verdadera vida a nuestra mesa.

—Delicioso —dijo después de dar el primer bocado—. Lo sé. Hice mi tesina de Derecho sobre la Mafia. Me obsesiona.

Tenía el nombre de Babette en la lengua. Ella también estaba completamente obsesionada por la Mafia. Habría podido preguntar a Hélène Pessayre por qué tanta obsesión. Intentar comprender lo que la había empujado a gastar su juventud desentrañando los engranajes de la Mafia. Intentar comprender también cómo Babette se había dejado atrapar por esos engranajes, hasta hacer que peligrara su vida. La suya y unas cuantas más. No lo hice. Lo que adivinaba me producía horror. La fascinación por la muerte. Por el crimen. Por el crimen organizado. Opté por cabrearme.

—¿Quién es usted? ¿De dónde sale? ¿Adónde quiere ir a parar con sus preguntas, con sus hipótesis? ¿Eh? ¿Al fondo de un cuarto trastero, como Loubet?

Una cólera sorda se estaba apoderando de mí. La misma que me oprimía cuando me ponía a pensar en la hijaputez del mundo.

—¿No tiene usted otra cosa que hacer en la vida, más que remover la mierda, desgastar sus bonitos ojos en cadáveres sanguinolentos? ¿No tiene usted un marido para encerrarse en casa? ¿Eh? ¿Un niño al que educar? ¿En eso consiste su vida, en saber que tal o tal cuello ha sido rajado por la Mafia y tal o tal otro por un obseso sexual? ¿Sí, en eso?

—Sí, ésa es mi vida. Nada más.

Apoyó la mano en la mía. Como si fuera su enamorado. Como si fuera a decirme «Te quiero».

No, no podía decirle lo que sabía. No, todavía no. Primero tenía que encontrar a Babette. Eso. Así me imponía un tiempo de mentira. Me veía con Babette, hablábamos, luego le soltaba toda la historia a Hélène Pessayre, no antes. No, antes me cargaba a ese tipo. Al hijo de puta que se había cargado a Sonia.

Los ojos de Hélène rebuscaron en los míos. Esa mujer era extraordinaria. Pero

estaba empezando a darme miedo. Miedo de lo que era capaz de hacerme contar. Miedo también de lo que era capaz de hacer.

No me dijo: «Te quiero». Me dijo simplemente:

—Loubet tiene razón.

—¿Qué más le ha contado de mí Loubet?

—Su sensibilidad. Que está a flor de piel. Es usted demasiado romántico, Móntale.

Y retiró su mano de la mía, y tuve la sensación auténtica de lo que era el vacío. El abismo. Su mano lejos de la mía. Vértigo. Iba a caer. Le iba a contar todo.

No, me cargaba primero a ese puto asesino.

—Bueno, ¿qué?

Antes de nada, matarlo, sí.

Descargarle mi odio en el vientre.

Sonia.

Y todo el odio que había en mí. Que acorazaba el interior de mi cuerpo.

—¿Qué de qué? —respondí en el tono más lacónico posible.

—Que si tiene usted problemas con la Mafia.

—¿Cuándo entierran a Sonia?

—Cuando yo firme el permiso de inhumación.

—¿Y cuándo tiene intención de hacerlo?

—Cuando haya usted respondido a mi pregunta.

—¡No!

—Sí.

Nuestras miradas se enfrentaron. Violencia contra violencia. Verdad contra verdad. Justicia contra justicia. Pero yo tenía una ventaja sobre ella. Ese odio. Mi odio. Por primera vez, no pestañeé.

—No tengo respuesta que darle. Enemigos tengo a toneladas. En las barriadas norte. En la cárcel. En la policía. Y en la Mafia.

—Una pena, Móntale.

—Una pena, ¿por qué?

—Usted sabe que existen errores demasiado monstruosos para el remordimiento.

—¿Por qué iba yo a tener remordimientos?

—Por si Sonia hubiera muerto por su culpa.

El corazón me dio un vuelco. Como si quisiera escaparse, salirse de mi cuerpo, irse volando. Marcharse a algún lugar donde reinara la paz. Si es que eso existía. Hélène Pessayre acababa de dar justo donde dolía. Porque eso era lo que me torturaba. Exactamente eso. Sonia había muerto por mi culpa. Por la atracción que había sentido hacia mí la otra noche. La había llevado hasta el cuchillo de un asesino. Yo acababa de conocerla. Y ellos la habían matado para que yo comprendiera que no

estaban bromeando. La primera de la lista. En su fría lógica, había escalas de sentimientos. Sonia estaba en la escala más baja. Honorine arriba del todo, y Fonfon en la línea siguiente.

Tenía que encontrar a Babette. Lo antes posible. Y sin duda, siendo razonable, evitar estrangularla inmediatamente.

Hélène Pessayre se levantó.

—Tenía mi edad, Móntale. No se lo perdonaré.

—¿El qué?

—Si me ha mentado.

Mentiroso, lo había sido. Pero ¿seguiría siéndolo?

Se iba. Con su paso firme hacia la barra. Con la cartera en la mano. Para pagarse la comida. Yo me levanté. Ange me miraba sin entender mucho.

—Hélène.

Se dio la vuelta. Tan viva como una adolescente. Y en una fracción de segundo entreví la jovencita que debió de ser en Argel. El verano en Argel. Una gaviota bonita. Orgullosa. Libre. Entreví también su hermoso cuerpo moreno y el dibujo de sus músculos en el momento de sumergirse en el agua del puerto. Y las miradas de los hombres puestas sobre ella.

Como la mía hoy. Veinte años después. Ni una sola palabra me salió de la boca. Me quedé ahí, mirándola.

—Hasta pronto —dije.

—Es bastante probable —respondió ella con tristeza—. Hasta luego.

Donde lo que se puede comprender puede también perdonarse

Georges Mavros me estaba esperando. Era el único amigo que me quedaba. El último amigo de mi generación. Ugo y Manu estaban muertos. Los otros se habían perdido no sé dónde. Donde habían encontrado trabajo. Donde pensaban que iban a triunfar. Donde habían encontrado una mujer. En París, la mayoría. A veces alguno de ellos daba un toque por teléfono. Para dar señales de vida. Para anunciarse con su familia, entre dos trenes, dos aviones, dos barcos. Para una comidita a mediodía o por la noche. Marsella no era para ellos más que una ciudad de paso. De escala. Pero con el paso de los años, las llamadas se iban espaciando. La vida se comía la amistad. El paro para unos, divorcio para otros. Sin contar a los que había tachado de la memoria y de mi agenda a causa de su simpatía por el Frente Nacional.

Llegados a cierta edad, uno ya no hace amigos. Sólo colegas. Gente con la que te gusta salir a dar una vuelta, o echar una partida de cartas o de petanca. Los años pasaban así. Con ellos. Del cumpleaños de uno al cumpleaños del otro. Veladas enteras bebiendo y comiendo. Bailando. Los niños iban creciendo, traían a sus novias, que estaban para comérselas. Seducían a los padres, a los amigos de sus amigos, jugando con su deseo, como sólo es posible hacerlo entre los quince y los dieciocho años. A menudo, entre copa y copa, las demás parejas se cuchicheaban cotilleos sobre las infidelidades de unos y otros. También podía verse cómo una pareja se deshacía en el transcurso de una noche.

Mavros perdió a Pascale durante una de esas veladas. Fue hace tres años, al final del verano, en casa de Marie y Pierre. Tenían una casa impresionante en Malmousque, en la rue de la Douane, les encantaba recibir a la gente. Eran muy majos Marie y Pierre.

Lole y yo acabábamos de bailar seguidas unas cuantas salsas. Juan Luis Guerra, Arturo Sandoval, Irakere, Tito Puente. Sin aliento y con nuestros cuerpos un tanto excitados de haber pasado tanto tiempo pegados el uno al otro, nos paramos con la magnífica *Benediccion* de Ray Barretto.

Mavros estaba solo apoyado en una pared con una copa de champaña en la mano. Rígido.

—¿Qué tal? —le pregunté.

Y levantó la copa como para brindar y se la acabó.

—Cojonudo.

Y volvió a servirse. Se estaba poniendo ciego con ganas. Seguí su mirada. Pascale, su compañera desde hacía cinco años, estaba en la otra punta de la habitación. En animada conversación con su vieja amiga Joëlle y con Benoît, un fotógrafo marsellés con el que coincidíamos de higos a brevas en las fiestas. De vez en cuando pasaba alguien, se metía en la conversación y luego se iba.

Me quedé un rato mirándoles a los tres. Pascale estaba de perfil. Monopolizaba la palabra, con esa cadencia rápida que podía llegar a tener cuando se apasionaba por algo o por alguien. Benoît se había acercado más a ella. Tan cerca que parecía tener el hombro encima suyo. A ratos, Benoît apoyaba la mano en el respaldo de una silla, y la mano de Pascale, después de echarse para atrás la larga melena, se apoyaba a su vez cerca de la suya, pero sin tocarla. Se estaban seduciendo, era evidente. Y me preguntaba si Joëlle comprendía lo que estaba ocurriendo en sus narices.

Mavros, que se moría de ganas de unirse a ellos, no se movió y continuó bebiendo solo. Con una aplicación desesperada. En un momento dado, Pascale dejó a Joëlle y Benoît, seguramente para ir al baño, y pasó delante de él sin mirarle. A la vuelta, viéndolo por fin, se le acercó y, muy dulcemente, con una sonrisa, le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Ya ni existo, ¿no? —respondió.

—¿Por qué dices eso?

—Hace una hora que te estoy mirando, que voy a ponerme una copa a vuestro lado. No me has dirigido ni una sola mirada. Es como si no existiera, ¿no es verdad?

Pascale no le respondió. Le dio la espalda y se fue otra vez al baño. Para llorar. Porque era verdad, él ya no existía para ella. En su corazón. Pero aún no se lo había confesado a sí misma. Hasta que había oído a Mavros decírselo a las claras.

Un mes más tarde, Pascale no había ido a dormir a casa. Mavros estaba en Limoges, para dos días, arreglando asuntos de un combate de boxeo que había montado para uno de sus polluelos. Estuvo llamando a Pascale a casi todas las horas de la noche. Preocupado. Por si le había pasado algo. Un accidente. Una agresión. Sus mensajes llenaban el contestador. Que controlaba a distancia. Al día siguiente, después de todos los suyos, Pascale había dejado uno: «No me ha pasado nada. No estoy en el hospital. No ha pasado nada grave. No he ido a casa esta noche. Estoy en la oficina. Llámame si quieres».

Después de la marcha de Pascale, pasamos varias noches juntos. Mavros y yo. Bebiendo, hablando del pasado, de la vida, del amor, de las mujeres. Mavros tenía la sensación de ser un desastre y yo no conseguía ayudarlo a recobrar la confianza en sí mismo.

Ahora Mavros vivía solo.

—Ves, a veces me despertaba por la noche y, con la luz que entraba por las persianas, me quedaba horas mirando a Pascale mientras dormía. Solía estar tumbada de lado, con la cara vuelta hacia mí y una mano debajo de la mejilla. Y me decía: «Es más bella que antes. Más dulce». Su cara por la noche me hacía feliz, Fabio.

A mí, la cara de Lole también me llenaba de felicidad. Las mañanas me gustaban más que nada en el mundo. Los despertares. Poner mis labios en su frente y deslizar la mano por su mejilla, por su cuello. Hasta que estiraba el brazo y me ponía la mano en la nuca para atraerme hacia sus labios. Siempre era un buen día para amar.

—Una separación se parece a todas las separaciones, Georges —le dije cuando me llamó, después de que se fuera Lole—. Todo el mundo sufre. A todo el mundo le duele.

Mavros había sido el único en llamarme. Un amigo, de los de verdad. Ese día taché de la lista a todos los colegas. Y a sus fiestas. Debería haberlo hecho antes. Porque a Mavros también lo habían dejado tirao, poco a poco, ya no le invitaban.

Pascale les caía bien a todos. Benoît también. Y todos preferían las historias felices. Les suponía menos problemas en sus vidas cotidianas. Les evitaba pensar que también podía pasarles a ellos. Cualquiera día.

—Sí —me había contestado él—. La diferencia es que, si tienes a otra persona, tienes un hombro en el que apoyar la cabeza, una mano que te acariciará la mejilla, y... Ves, Fabio, el nuevo deseo te aleja del sufrimiento de aquel al que abandonamos.

—No sé.

—Yo sí que sé.

Llevaba siempre en carne viva el abandono de Pascale. Como yo hoy el de Lole. Pero yo intentaba dar un sentido a la decisión de Lole. Porque todo eso tenía un sentido, seguro. Lole no me había dejado sin motivo. En cierto modo, había acabado por comprender demasiadas cosas, y lo que era capaz de comprender, era capaz de perdonarlo.

—¿Qué? ¿Hacemos unos guantes?

La sala de boxeo no había cambiado. Estaba tan limpia como siempre. Lo único que había amarilleado eran los carteles. Pero Mavros les tenía mucho cariño a sus carteles. Le recordaban que había sido boxeador. También un buen entrenador. En la actualidad ya no montaba combates. Daba clases. A los chavales del barrio. Y la junta de distrito le ayudaba, con una pequeña subvención, a mantener la sala en condiciones. En el barrio, todo el mundo estaba de acuerdo en que era mejor ver a los chavales entrenando boxeo que pegando fuego a los coches o rompiendo escaparates.

—Fumas demasiado, Fabio —me dijo—. Y esto —añadió golpeándome en los abdominales— está muy fofo.

—¡Y esto! —le contesté yo, largándole un puñetazo en la barbilla.

—También fofo —se reía—. ¡Venga, ven para acá!

Mavros y yo habíamos arreglado un asunto de mujeres en aquel *ring*. Teníamos dieciséis años. Se llamaba Ophélie. Los dos estábamos enamorados. Pero Mavros y yo nos queríamos. Y no queríamos enfadarnos por un historia de chicas.

—Nos la jugamos a puntos —propuso—. En tres *rounds*.

Su padre, divertido, hizo de árbitro. Esa sala la había creado él, con la ayuda de una asociación cercana a la CGT. Deporte y cultura.

Mavros era mucho mejor que yo. Al tercer *round*, me arrastró hasta una esquina del *ring* y, enganchándose a mí, empezó a pegar con fuerza. Pero yo tenía más rabia que él. Quería a Ophélie para mí. Mientras me golpeaba, volví a coger aliento y, acto seguido, me lo llevé al centro del *ring*. Ahí conseguí meterle una buena docena de puñetazos. Oía su respiración en mi hombro. Teníamos una fuerza similar. Mi deseo por Ophélie compensaba mi falta de técnica. Justo antes de que sonara la campana, le di en la nariz. Mavros perdió el equilibrio y buscó apoyo en las cuerdas. Fui ajustando los golpes, hasta el límite de mis fuerzas. Unos segundos más y me podría haber tumbado con un simple gancho.

Su padre me declaró ganador. Mavros y yo nos dimos un beso. Pero Ophélie, el viernes por la noche, decidió que era con él con quien quería salir. No conmigo.

Mavros se casó con ella. Ella acababa de cumplir los veinte. Él veintiuno, con una bonita carrera de peso medio por delante. Pero ella le había obligado a dejar el boxeo. No lo podía soportar. Se hizo camionero hasta que comprendió que le ponía los cuernos cada vez que salía a la carretera.

Veinte minutos después tiré la esponja. Con la respiración entrecortada. Los brazos vacíos. Escupí el protector dental en el guante y me fui a sentarme al banco. Dejé caer la cabeza entre los hombros, demasiado agotada para mantenerse derecha.

—¿Qué pasa, campeón, te rajas?

—¡Vete a tomar por saco! —resoplé.

Soltó una carcajada.

—Una buena ducha y unas cañas bien fresquitas.

Justo lo que estaba pensando. Una ducha y una cerveza.

Menos de una hora después, estábamos sentados en la terraza del bar Des Minimes, en el chemin Saint-Antoine. A la segunda caña, le había contado ya a Mavros todo lo que había pasado. Desde mi encuentro con Sonia hasta mi comida con Hélène Pessayre.

—Tengo que encontrar a Babette.

—Ya, ¿y luego qué? ¿La envuelves para regalo y se la mandas a esos tíos o qué?

—Después no sé, Georges, pero tengo que encontrarla. Por lo menos para

enterarme de hasta qué punto es grave la cosa. A lo mejor hay alguna otra manera de arreglarse con ellos.

—¡No te lo crees ni tú! Unos tíos capaces de liquidar a una tía sólo para que muevas el culo, me parece a mí que lo que les va no es la cháchara.

En realidad, no sabía muy bien qué pensar de todo esto. Estaba ya como pasado de rosca. La muerte de Sonia me roía cualquier pensamiento en la cabeza. Pero había una cosa que estaba clara. Aunque haber desencadenado todo aquel horror era algo que le guardaba a Babette, ni se me ocurría dejarla en manos de los asesinos de la Mafia. No quería que mataran a Babette.

—Puede que estés en su lista —dije con un tono de bravuconería.

Aquello se me acababa de pasar por la cabeza y me produjo escalofríos.

—No creo. Si se dedican a cargarse a mucha gente de tu círculo, la pasma no te quitará el ojo de encima y tú no podrás hacer lo que esos tíos quieren de ti.

Tenía sentido. De todas maneras, ¿cómo iban a saber ellos que Mavros era amigo mío? Venía a entrenar a la sala. Igual que iba a beber al bar de Hassan. ¿Qué iban a hacer, cargarse a Hassan también? No, Mavros tenía razón.

—Tienes razón —dije.

No obstante, vi en sus ojos que le resultaba más fácil decir las cosas que creérselas. Mavros no tenía miedo, no. Pero tenía la mirada inquieta. Podíamos asustarnos por menos. Pero, aunque la muerte no nos diera miedo, preferíamos que nos pillara lo más tarde posible, y en la piltra mejor que mejor, después de haber dormido bien.

—Sabes, Georges, deberíamos dejar los entrenamientos para más adelante. Píllate unas vacaciones, estamos en la temporada. Tipo hacer el gandul unos días en el monte... Una semanita, yo qué sé.

—No tengo adonde ir a gandulear. Y además no tengo ganas, ya te he dicho cómo veo yo las cosas, Fabio. Eso es lo que me parece a mí. Lo peor que puede pasar es que esos tíos la tomen contigo y que se desquiten de mala manera. Y si pasa eso, no quiero andar yo muy lejos, ¿vale?

—Vale, pero mantente al margen. No tienes nada que ver con todo esto. Babette es una movida mía. Tú casi ni la conoces.

—Lo suficiente. Y es amiga tuya.

Me miró. Le habían cambiado los ojos. Se habían vuelto negro carbón, pero sin el brillo de la antracita. Ya no había más que un gran cansancio en el fondo de su mirada.

—Mira una cosa, no tenemos nada que perder. Nos han dado por todos sitios durante toda nuestra puta vida. Las mujeres nos han plantado. No hemos tenido cojones de tener hijos. Bueno, entonces, ¿qué queda? La amistad.

—Precisamente. Es demasiado importante como para echársela así de pasto a

unos carroñeros.

—De acuerdo, colega —me dijo dándome una palmada en la espalda—. Nos bebemos otra y me piro. He quedao con la mujer de un jefe de estación.

—¡No!

Se echó a reír. Era el Mavros de mi adolescencia. Bromista, fuertote, cachas, seguro de sí mismo. Y seductor.

—No, es sólo una empleada de la oficina de correos de al lado. De Reunión. Su marido la ha dejado, a ella y a sus dos críos. Juego al papá por las noches. Así me entretengo.

—Y luego con la mamá.

—¡Eh! ¡Qué pasa! Todavía tengo edad.

Se terminó la cerveza.

—Ella no espera nada de mí, y yo nada de ella. Nos dedicamos sólo a hacernos las noches menos largas.

Monté en el coche y puse una casete de Pinetop Perkins. *Blues after hours*. Para bajar otra vez al centro.

Marsella blues, era siempre lo que mejor me venía.

Me desvié por el *littoral*. Por las horrorosas pasarelas metálicas que los consejos paisajísticos de *Euroméditerranée* querían destruir. En ese artículo de la revista *Marseille*, hablaban de «una fría repulsión resultante de ese universo de máquinas, de hormigón y de armazones remachado por el sol». ¡Hay que ser gilipollas!

El puerto era magnífico desde ese lugar. Te lo comías con los ojos. Los muelles. Los cargueros. Las grúas. Los *ferries*. El mar. El Castillo de If y las islas Frioul a lo lejos. Todo era de agradecer.

Donde uno sabe que es difícil sobrevivir a los que han muerto

Circulábamos guardabarros con guardabarros y a bocinazo limpio. Desde La Corniche no había más que enormes filas de coches en ambos sentidos. La ciudad entera parecía haberse dado cita en las terrazas de las heladerías, de los bares, de los restaurantes situados a lo largo de la playa. Al paso al que avanzábamos, iba a acabar con toda la reserva de casetes. Había pasado de Pinetop Perkins a Lightnin’Hopkins. *Darling, do you remember me?*

La cabeza me empezaba a bullir. Recuerdos. Desde hacía unos meses, mis pensamientos derrapaban cada vez con más frecuencia. Me costaba trabajo concentrarme en algo concreto, ni siquiera en pescar, lo que empezaba a ser grave. Cuanto más tiempo pasaba, más importancia adquiría la ausencia de Lole. Ocupaba mi vida. Yo habitaba en el vacío que ella había dejado. Lo peor era volver a casa. Estar solo en casa. Por primera vez en mi vida.

Debería haber cambiado de música. Quitarme de encima las ideas negras a golpe de son cubano. Guillermo Portábales. Francisco Repilado. O mejor todavía, el Buena Vista Social Club. Debería. Mi vida se resumía en esos «debería». Cojonudo, me dije, pegándole un buen pitido al de delante. Estaba desembarcando a su familia, con todo lo necesario para cenar en la playa. La nevera, las sillas, la mesa plegable. Sólo les faltaba la tele, pensé. El mal humor se apoderaba de mí.

A la altura del Café du Port, en la Pointe-Rouge —cuarenta minutos para llegar ahí—, me dieron ganas de tomarme una copa. Una o dos. Y hasta tres. Pero me imaginaba a Fonfon y a Honorine esperándome, en la terraza. No estaba del todo solo. Ahí estaban ellos dos. Con su amor hacia mí. Con su paciencia. Esta mañana, después de la llamada de Hélène Pessayre, me había ido sin decirles ni un pequeño buenos días. Aún no había reunido el valor suficiente para contarles lo de Sonia.

—¿A quién quiere matar? —me preguntó Honorine esta noche.

—Déjelo estar, Honorine. Hay montones de gente a la que querría matar.

—Ya, bueno, dentro del montón, a éste parece que le tiene más ganas que a otros.

—Nada, nada, es el calor. Que me pone los nervios de punta. Váyase a la cama.

—Pues, venga, hágase una tilita, que relaja mucho. Fonfon se ha apuntao

también.

Bajé la cabeza. Para no ver surgir en sus ojos las preguntas que se hacía. Y el miedo a que me embarcase en asuntos turbios. Me acordaba perfectamente de cómo me había mirado cuando, hace cuatro años, le anuncié la muerte de Ugo. No podía afrontar otra vez esa mirada. Por nada del mundo. Y, sobre todo, no ahora.

Honorine sabía que yo no tenía las manos manchadas de sangre. Que nunca había sido capaz de matar a un hombre a sangre fría. A Batisti se lo dejé a la policía. Narni se despeñó con el coche por un barranco del puerto de la Gineste. Sólo quedaba Saadna, al que había abandonado en medio de las llamas sin remordimientos. Pero ni siquiera a ese desecho humano podría haberlo matado, así como así, conscientemente. Ella lo sabía. Yo se lo había contado.

Pero tampoco hoy yo era el mismo. Y eso Honorine también lo sabía. Tenía demasiada ira enquistada, demasiadas cuentas sin ajustar. Demasiada desesperación también. No estaba amargado, no, estaba agotado. Cansado. Un gran cansancio de los hombres y del mundo. La muerte de Sonia, injusta, estúpida, cruel, me torturaba la cabeza. Su muerte hacía insoportables las demás muertes. Incluidas todas esas anónimas que podía leer cada mañana en el periódico. Miles. Cientos de miles. En Bosnia. En Ruanda. Y Argelia y su marea de masacres cotidianas. Cientos de mujeres, niños, hombres masacrados, degollados noche tras noche. Asco.

Como para vomitar, de verdad.

Sonia.

Ignoraba la cara que podía tener su asesino, pero tenía seguro cara de muerto. Cara de muerto sobre lienzo negro. La bandera que se izaba algunas noches en mi cabeza. Flotando en libertad, siempre impune. Quería acabar con eso. Al menos por una vez. Una vez por todas.

Sonia.

¡Mierda! Me había prometido ir a ver a su padre y al niño. Mejor que irme de copas, eso es lo que tenía que hacer, al menos esa noche. Ir a verle. A él y al pequeño Enzo. Y decirles que a Sonia es posible que la hubiera amado. Puse el intermitente a la izquierda, me salí de la fila y metí el morro del coche en la fila inversa. Me pitaron inmediatamente. Me importaba un huevo. A todo el mundo le importaba un huevo. Se pitaba por principio. Se berreaba por el mismo motivo.

—A ver, gilipollas, ¿adónde vas?

—¡A casa de tu puta madre!

Después de recular dos veces conseguí integrarme en la fila. Me metí en cuanto pude por la derecha para ahorrarme los atascos en el sentido contrario. Hice un eslalon por unas cuantas pequeñas travesías y conseguí enganchar la avenue des Goumiers. Ahí ya se circulaba mejor, en dirección a La Capelette, un barrio en el que a partir de los años veinte se habían agrupado familias italianas, principalmente del

norte.

Attilio, el padre de Sonia, vivía en la rue Antoine-Del-Bello, esquina con la rue Fifi-Turin. Dos resistentes italianos muertos por Francia. Por la libertad. Por esa idea incompatible con la morgue de Hitler y de Mussolini. Porque Del-Bello, hijo de la Asistencia pública italiana, cuando murió en el maquis, ni siquiera era francés.

Attilio De Luca me abrió la puerta, y lo reconocí. Como me había dicho Hassan, De Luca y yo nos habíamos visto ya en su bar. Y nos habíamos tomado allí juntos algún aperitivo. Le habían despedido en 1992, después de quince años en Intramar, como práctico. Treinta y cinco años que llevaba trabajando en el puerto. Me había contado retazos de vida. Su orgullo de ser cargador. Sus huelgas. Hasta este año, que los cargadores más viejos pasaron a la escotilla. En nombre de la modernización de los útiles de trabajo. Los más viejos y todos los que daban caña. De Luca estaba en la lista negra. Con la etiqueta de «no maleable» y el añadido de la edad, fue de los primeros en encontrarse en la calle.

De Luca había nacido en la rue Antoine-Del-Bello. Una calle en *i* y en *a*, antes de que desembarcaran los Álvarez, Gutiérrez y otros Domenech.

—Cuando nací, en la calle, de mil personas había novecientos noventa y cuatro italianos, dos españoles y un armenio.

Sus recuerdos de infancia se parecían sorprendentemente a los míos y resonaban en mi cabeza con la misma felicidad.

—En verano, todo el callejón era una hilera de sillas por la acera. Cada uno tenía sus historias.

¡Caguen la hostia!, pensé, ¿por qué no me habría hablado en la vida de su hija? ¿Por qué no habría venido alguna noche con él al bar de Hassan? ¿Por qué no había encontrado a Sonia más que para perderla para siempre? Con Sonia, lo terrible es que no había penas que lamentar, como con Lole, sólo remordimiento. El peor de todos. El de haber sido, involuntariamente, el artesano de su muerte.

—¡Oh, Múltale! —dijo De Luca.

Había envejecido un siglo.

—Me he enterado de lo de Sonia.

Levantó hacia mí una mirada enrojecida, en cuyo fondo había un montón de preguntas. Por supuesto De Luca no entendía nada. Nada de lo que pintaba yo allí. Las rondas de pastis, aunque fuera en el bar de Hassan, propiciaban relaciones de simpatía, pero no de familia.

En nombre de Sonia vi aparecer a Enzo. La cabeza le llegaba a la cintura de su abuelo. Se le abrazó fuerte a la pierna. Y levantó, él también, la mirada hacia mí. La mirada gris azulada de su madre.

—Quería...

—Entra, entra... ¡Enzo! Vuélvete a la cama. Son casi las diez. Los críos no se quieren ir a dormir nunca —comentó con un tono monocorde.

La habitación era bastante grande, pero llena de muebles, cachivaches y fotos enmarcadas. Tal como la había dejado su mujer, hacía diez años, cuando había abandonado a De Luca. Tal como esperaba que ella la volvería a encontrar cuando volviera un día. «Algún día», me dijo, lleno de esperanza.

—Siéntate. ¿Quieres beber algo?

—Sí, pastis. En vaso grande. Tengo sed.

—Puto calor —dijo.

La diferencia de edad entre él y yo era ínfima. Siete u ocho años, quizás. Si me apuro, yo podría haber tenido un hijo de la edad de Sonia. Una chica. Un chico. Me incomodó ponerme a pensar en eso.

Volvió con dos vasos, hielos y una gran jarra de agua. Luego sacó de un baúl una botella de anís.

—¿Era contigo con el que había quedado anoche?

Me preguntó mientras me servía.

—Sí.

—Cuando te he visto ahí en la puerta, me lo he imaginado.

Siete u ocho años de diferencia. La misma generación o casi. La que creció en la posguerra. La de los sacrificios y el ahorro. Pasta mañana y noche. Y pan. Pan abierto con tomate y un chorro de aceite. Pan con brécol. Pan con berenjena. La generación de todos los sueños, también, para nuestros padres, que suponían la sonrisa y la bondad de Stalin. De Luca se había afiliado a las Juventudes Comunistas a los quince años.

—Me lo tragué todo —me contó un día—, Hungría, Checoslovaquia, el balance globalmente positivo del socialismo. ¡Ahora no me trago ni un huevo!

Me alargó el vaso, sin mirarme. Me imaginaba lo que le pasaba por la cabeza. Sus sentimientos. Su hija en mis brazos. Su hija bajo mi cuerpo, en el amor. No sabía si le habría parecido bien. Bien esa historia entre ella y yo.

—No pasó nada, sabes. Íbamos a volver a vernos, y...

—Olvídalo, Móntale. Ahora todo eso...

Dio un trago largo de pastis y finalmente posó la mirada en la mía.

—¿No tienes hijos?

—No.

—No lo puedes comprender.

Tragué saliva. El sufrimiento de De Luca estaba a flor de piel. Le brillaba en los ojos. Estaba seguro de que habríamos sido amigos, incluso después. Y que habría formado parte de nuestras comidas con Fonfon y Honorine.

—Podríamos haber construido algo ella y yo. Creo. Con el niño.

—¿Nunca has estado casado?

—No, nunca.

—Has debido de conocer a unas cuantas mujeres.

—No es lo que te crees, De Luca.

—No te preocupes, ya no me creo nada.

Se acabó el vaso de pastis.

—¿Te pongo más?

—Un culín.

—Nunca fue feliz. No conoció más que a gilipollas. Cómo me lo explicas, Móntale. Guapa, inteligente, y sólo gilipollas. Y ya no te cuento el último, el padre de... —señaló con la cabeza la habitación donde dormía Enzo—. Menos mal que se largó, porque, si no, lo mato cualquier día.

—Esas cosas no tienen explicación.

—Sí, yo creo que nos pasamos el tiempo perdidos y, cuando nos volvemos a encontrar, ya es demasiado tarde.

Me miró otra vez. Detrás de las lágrimas que estaban a punto de caerle, se adivinaba un destello de amistad.

—Mi vida ha sido solamente esto.

El corazón se me puso a cien, muy fuerte, y luego se me encogió. Lole, en algún lugar, debía de estar apretándolo. Me lo había dicho miles de veces. Yo no me enteraba de nada. Amar era sin duda mostrarse desnudo al otro. Desnudo en la fuerza y desnudo en la fragilidad. Era verdad. ¿Qué es lo que me daba miedo en el amor? ¿Esa desnudez? ¿Su verdad? ¿La verdad?

A Sonia le habría contado todo, y también confesado ese cerrojo en mi corazón que era Lole. Sí, como acababa de decirle a De Luca, podría haber construido algo con Sonia. Otra cosa. Alegrías, risas. Felicidad, pero otra cosa. Solamente otra cosa. Pero la que uno ha soñado, esperado, deseado durante años y luego ha encontrado y amado, el día que se va estamos seguros de no volver a encontrarla así como así en cualquier esquina de la vida. Y, como todo el mundo sabe, no existe oficina de amores perdidos.

Sonia lo habría comprendido. Ella, que tan deprisa había hecho hablar a mi corazón, hablar simplemente. Y quizás habría habido un después. Un después verdadero para nuestros deseos.

—Ya —dijo De Luca acabándose el vaso.

Yo me levanté.

—¿Has venido sólo para decirme eso, que eras tú?

—Sí —mentí—. A decírtelo.

Se levantó con dificultad.

—¿Lo sabe el niño?

—Todavía no. No sé cómo voy a hacer. No sé qué voy a hacer con él. Ves, una noche, un día. Una semana durante las vacaciones... Pero ¿educarlo? He escrito a mi mujer...

—¿Puedo ir a decirle buenas noches?

De Luca dijo que sí con la cabeza. Pero en el mismo instante me puso la mano en el brazo. Toda la tristeza contenida iba a desbordarse. Su pecho se sublevó. Los lagrimones rompían los diques de orgullo que se había impuesto delante de mí.

—¿Por qué?

Se puso a sollozar.

—¿Por qué me la han matado? ¿Por qué a ella?

—No lo sé —dije en voz baja.

Lo atraje hacia mí y lo estreché en mis brazos. Le caían gruesos lagrimones. Volví a decir, lo más bajo posible:

—No lo sé.

Las lágrimas de su amor por Sonia, gordas lágrimas calientes, viscosas, se me pegaban en el cuello. Apestaban al olor de la muerte. El que había olido al entrar, la otra noche, en el bar de Hassan. Era exactamente eso. En el fondo de mi mirada, intentaba ponerle una cara al asesino de Sonia.

Luego vi a Enzo, de pie delante de nosotros, con un osito de peluche en la mano.

—¿Por qué llora el abuelito?

Me aparté de De Luca y me agaché a la altura de Enzo. Le pasé el brazo por los hombros.

—Tu mamá —le dije—, ya no volverá más. Ha tenido... ha tenido un accidente. ¿Lo entiendes, Enzo? Ha muerto.

Y también me puse a llorar. A llorar por nosotros, que tendríamos que sobrevivir a todo aquello. El asco permanente del mundo.

Donde, gracias a su levedad, la tristeza puede reconciliarse con el vuelo de una gaviota

Estuvimos jugando al rami con Fonfon y Honorine hasta media noche. Jugar a las cartas con ellos era algo más que un placer. Una manera de estar unidos. De compartir, sin decirlo abiertamente, sentimientos difíciles de explicar. Entre jugada y jugada de cartas había un intercambio de miradas y sonrisas. Aunque el juego en sí es sencillo, había que estar atento a las jugadas de uno y otro. Me venía bien contener los pensamientos durante algunas horas.

Fonfon había traído una botella de Bunan. Un marc despalillado de La Cadière, cerca de Bandol.

—Prueba esto —dijo—, es otra cosa que tu whisky escocés.

Era delicioso. Nada que ver con mi Lagavulin, con un ligero gusto a turba. El Bunan, pese a ser seco, era afrutado, con todos los aromas de los carrascales. Entre dos partidas ganadas y ocho perdidas, me había bebido cuatro chupitos con placer.

En el momento de separarnos, Honorine se acercó a mí con un sobre acolchado.

—Anda, que casi se me olvida. El cartero me ha dejao esto para usted esta mañana. Como ponía frágil, no lo ha querido meter en el buzón.

En el reverso ninguna indicación del remitente, el sobre estaba franqueado en Saint-Jean-du-Gard. Lo abrí y saqué cinco disquetes. Dos azules, uno blanco, uno rojo y uno negro. «Todavía te quiero» había escrito Babette en una hoja. Y debajo: «Guárdame esto como oro en paño».

¡Babette! La sangre se me subió a la cabeza. Y un flash en los ojos. La cara de Sonia. De Sonia estrangulada. Justo entonces me acordé del cuello de Sonia. Aterciopelado como su piel. Delgado. Y que parecía tan dulce como el hombro sobre el que, por un breve instante, yo había posado la mano. Un cuello que apetecía besar, ahí, justo debajo de la oreja. O acariciar con la punta de los dedos, aunque sólo fuera para maravillarse con la suavidad del contacto. ¡Me hubiera gustado poder odiar a Babette!

Pero ¿cómo hace uno para odiar a alguien a quien ama, a quien ha amado? Un amigo o una mujer. Mavros o Lole. No menos difícil de lo que me había costado deshacerme de la amistad de Manu y Ugo. Puedes prohibirte verlos, darles noticias

tuyas, pero odiarlos no, es imposible. Por lo menos para mí.

Volví a leer la nota de Babette, y calculé a mano el peso de los disquetes. Me dio la impresión de que ya no tenía remedio, de que nuestros destinos, en las circunstancias más asquerosas del mundo, estaban unidos. Babette apelaba al amor, y era la muerte la que le estaba apuntando a la cara. Por la vida, por la muerte. Eso decíamos cuando éramos críos. Nos hacíamos un pequeño corte en la muñeca y, entrecruzando los antebrazos, las juntábamos. Sangre compartida. Amigos para toda la vida. Amor para siempre.

Babette. Durante años no habíamos intercambiado más que el deseo. Y la soledad. Su «todavía te quiero» me incomodó. No hallaba ningún eco en mí. ¿Era sincera?, me pregunté. ¿O era la única manera que conocía de pedir socorro? Yo sabía demasiado bien que se pueden decir cosas, creerlas verdaderas en el momento en que se afirman y, en las horas o los días que siguen, cometer actos que las desmienten. En el amor en particular. Porque el amor es el sentimiento más irracional, y su origen, digan lo que digan, está en el encuentro de dos sexos y el placer que se procuran.

Lole me dijo un día, recogiendo sus cosas en una bolsa:

—Me voy a marchar, una semana quizás.

La miré detenidamente, acariciando sus ojos, con un nudo en el estómago. Habitualmente ella habría dicho «Me voy a ver a mi madre» o «Mi hermana está mal, me voy a Toulouse unos días».

—Necesito reflexionar, Fabio, lo necesito. Por mí. Necesito pensar en mí.

Estaba tensa, por tener que decirme aquello así. No supo encontrar el momento oportuno para anunciármelo. Para explicármelo. Entendía su tensión, aunque me doliera. Había previsto, pero sin decírselo —como de costumbre— llevarla al interior de la región de Niza. A Gorbio, Sainte-Agnés, Sospel.

—Haz lo que te parezca.

Se iba a ver a su chico. El guitarrista al que había conocido en un concierto. En Sevilla, cuando estaba con su madre. No me lo confesó hasta la vuelta.

—No lo he buscado... —añadió—. No creía que las cosas iban a pasar tan deprisa, Fabio.

La abracé, dejando que su cuerpo, ligeramente rígido, viniera hacia mí. En ese momento supe que ella ya había reflexionado, sobre ella, sobre nosotros. Pero, por supuesto, no de la manera en que yo me había imaginado. No como yo había querido entender en las palabras que me había dicho antes de irse.

—Oiga, ¿qué son esos chismes? —me preguntó Honorine.

—Disquetes. Es para los ordenadores.

—¿Y usted entiende deso?

—Un poco. Antes tenía uno. En el despacho.

Les di un beso a los dos. Y las buenas noches. Con prisa ya.

—Aunque te vayas pronto, pasa a verme antes —dijo Fonfon.

—Prometido.

Tenía ya la cabeza en otro sitio. En los disquetes. En su contenido. Los motivos de la movida en la que se encontraba Babette en ese momento. Y a la que me estaba arrastrando. Y que me había costado la vida de Sonia. Y que dejaba solo, tirado, a un chaval de ocho años y a un abuelo perdido.

Llamé a Hassan. Cuando descolgó, reconocí las primeras notas de *In a Sentimental Mood*. Y el sonido. Coltrane y Duke Ellington. Una joya.

—Oye, ¿no andará por ahí Sébastien?

—Sí, te lo llamo ahora mismo.

A lo largo de los años, en el bar, había simpatizado con una pandilla de amigos. Sébastien, Mathieu, Régis, Cédric. Tenían veinticinco años. Mathieu y Cédric estaban acabando Arquitectura, Cédric pintaba y desde hacía poco organizaba conciertos de tecno. Sébastien trabajaba en la construcción, en negro. La amistad que los unía me reconfortaba el corazón. Era palpable y, por otra parte, inexplicable. Con Manu y Ugo éramos así. Íbamos dando tumbos de un garito a otro, riéndonos de todo, hasta de las chicas con las que salíamos. Éramos diferentes y teníamos los mismos sueños. Como esos cuatro jóvenes. Y como ellos, sabíamos que nuestras conversaciones no podríamos haberlas tenido con nadie más.

—Sí —dijo Sébastien.

—Soy Móntale. ¿No te estaré jodiendo un ligue?

—Bah, las chicas están aún en la ducha. Estamos nosotros solos.

—Oye, ¿tu primo Cyril podría leerme unos disquetes?

Cyril, me contó Sébastien, era un loco de los ordenadores. Tenía un equipo acojonante y se pasaba las noches navegando por internet.

—Sin problema. ¿Cuándo quieres?

—¿Ahora mismo?

—¿Ahora? ¡Joder, esto es peor que cuando estabas en la pasma!

—Tienes toda la razón.

—Vale, venga, te esperamos. ¡Tenemos para cuatro rondas!

Tardé menos de veinte minutos. Me pillaron todos los semáforos en verde, excepto tres que me salté en ámbar. Sin atisbar ni la más mínima gorra. En el bar de Hassan no había mucho lío. Sébastien y sus amigos. Tres parejas. Y un asiduo de treinta y tantos mal llevados, que venía todas las semanas a leer *Taktik*, el cultural gratuito de Marsella, de arriba abajo. Sin duda, por no poder permitirse la entrada a un concierto o a un cine.

—Si me los quitas de encima —dijo Hassan señalando a los cuatro jóvenes—, podré cerrar.

—Cyril nos está esperando —dijo Sébastien—. Vamos cuando quieras. Vive aquí al lado. En el Boulevard Chave.

—¿Os pago otra ronda?

—¡Hombre, las horas extra de noche... es eso, como mínimo!

—Bueno, la última —soltó Hassan—. Acercad los vasos.

Me puso un whisky sin consultar. El mismo que a Sonia. Oban. Él también se puso uno, lo que era una excepción. Levantó el vaso para brindar. Nos miramos los dos. Estábamos pensando en lo mismo. En la misma persona. Las frases no tenían ningún sentido. Era como con Fonfon y Honorine. No hay palabras para decir el Mal.

Hassan había dejado sonar el disco de Coltrane y Ellington. Ahora tocaban *Angélica*. Una música que hablaba de amor. De alegría. De felicidad. Con una ligereza capaz de reconciliar cualquier tristeza humana con el vuelo de una gaviota hacia otras orillas.

—¿Te pongo más?

—Venga, rápido, y otra a los chavales.

Los cinco disquetes contenían páginas y páginas de documentos. Habían sido todas comprimidas para que cupiera el máximo de información.

—¿Qué, cómo lo ves?

Estaba sentado a su ordenador, empezando a descomprimir los ficheros de los discos azules.

—Tengo para una horita. No lo voy a leer todo. Sólo voy a localizar cuatro cosas que me hacen falta.

—Tómatelo con tranquilidad. ¡Tenemos material como para aguantar una guerra!

Se habían traído varios litros de cerveza, pizzas y tabaco de sobra para no tener mono. Al paso que iban, me parecía que iban a arreglar el mundo unas cuatro o cinco veces. Y viendo lo que estaba viendo ante mis ojos, el mundo necesitaba que lo rehicieran urgentemente.

Por curiosidad abrí el primer documento. *Cómo las mafias gangrenan la economía mundial*. Al parecer, Babette había empezado a redactar su investigación. «En la era de la globalización de los mercados, el papel del crimen organizado en el ámbito de la economía sigue sin conocerse a fondo. Nutrida por estereotipos hollywoodienses y por la prensa sensacionalista, la actividad criminal está estrechamente asociada, en la opinión pública, al hundimiento del orden público».

Hice clic. «El crimen organizado está sólidamente imbricado en el sistema económico. La apertura de los mercados, la decadencia del Estado proveedor, las privatizaciones, la alteración de las finanzas y del comercio internacional, etc., tienden a favorecer el crecimiento de las actividades ilícitas así como la internacionalización de una economía criminal en competencia.

»Según la Organización de las Naciones unidas (ONU), la renta anual de las organizaciones criminales transnacionales (OCT) es del orden de un billón de dólares, una suma equivalente al producto nacional bruto (PNB) combinado de los países de renta más baja (según la categorización del Banco Mundial) y sus tres mil millones de habitantes. Esta estimación toma en cuenta tanto el producto del tráfico de droga, de la venta ilegal de armas, del contrabando de material nuclear, etc., como los productos de las actividades controladas por las mafias (prostitución, juego, mercado negro de divisas...).

»Por el contrario, no mide la importancia de las inversiones continuas efectuadas por las organizaciones criminales en la toma de control de negocios legítimos, y aún menos el dominio que ejercen sobre los medios de producción en numerosos sectores de la economía legal».

Comencé a entrever todo lo que podían encerrar los demás disquetes. Notas a pie de página hacían referencia a documentos oficiales. Otra serie de notas, éstas en negrita, remitía a los otros disquetes según una clasificación precisa: por asuntos, por lugares, por empresas, por partidos políticos y, al final, por nombres. Fargette. Yann Piat. Noriega. Sun Investissement, International Bankers Luxembourg... Se me puso la carne de gallina. Porque estaba seguro de que Babette había estado trabajando con esa ferocidad profesional que la animaba desde que había debutado en este trabajo. El gusto por la verdad. Volví a hacer clic.

«Paralelamente, las organizaciones criminales colaboran con las empresas legales, invirtiendo en un abanico de actividades legítimas que les aseguran no sólo una cobertura para el blanqueo de dinero, sino también un medio seguro de acumular capital al margen de las actividades criminales. Esas inversiones se efectúan, principalmente, en el sector inmobiliario de lujo, la industria del ocio, el mundo editorial y los medios de comunicación, los servicios financieros, etc., y también en la industria, la agricultura y los servicios públicos».

—Estoy haciendo espaguetis a la boloñesa —me interrumpió Sébastien—. ¿Vas a querer?

—¡Sólo si cambiáis de música!

—¿Lo estás oyendo, Cédric? —gritó Sébastien.

—Haremos un esfuerzo —replicó.

Se paró la música.

—¡Escucha! Se llama Ben Harper.

No lo conocía, pero, mira por donde, me pareció que podía soportarlo.

Abandoné la pantalla con esta última frase: «Los beneficios del crimen organizado superan los de la mayoría de las quinientas primeras empresas clasificadas en el *ranking* de la revista *Fortune*, con una organización que tiene más

que ver con la General Motors que con la Mafia siciliana tradicional». Todo un programa. Con el que Babette había decidido emprenderla.

—¿Por dónde ibais? —pregunté sentándome a la mesa.

—Por cualquier sitio, da igual —contestó Cédric.

—Cojas las cosas por donde las cojas —argumentó Mathieu—, siempre vas a parar al mismo sitio. Donde tienes metidos los pies. En la mierda.

—Bien visto —dije yo—. ¿Y entonces qué?

—Pues entonces —siguió Sébastien en broma—, cuando vas andando, lo más importante es tener cuidado de no pringarlo todo por ahí.

Todos se echaron a reír. Yo también. Un poco en falso, puesto que era exactamente ahí donde me encontraba, en la mierda, y no estaba muy seguro de no estar pringándolo todo.

—Buenísima la pasta —dije.

—Sébastien ha heredado de su padre el placer de cocinar.

La clave de los problemas de Babette debía de estar en alguno de los otros disquetes, donde hiciera la lista de los políticos, de los dueños de empresas. El disquete negro.

El blanco era una recopilación de documentos. El rojo contenía entrevistas y testimonios. Entre otros, una entrevista a Bernard Bertossa, el procurador general de Ginebra.

«—¿Cree usted que Francia lucha eficazmente contra la corrupción internacional, por lo menos en el ámbito europeo?

»—Mire, en Europa, sólo Italia ha desarrollado una auténtica política criminal para luchar contra el dinero sucio y contra la corrupción. Especialmente con la operación *Mani pulite*. Sinceramente, Francia no da en absoluto la impresión de querer atacar las redes de dinero sucio o el tráfico de influencias. No existe ninguna estrategia política de lucha, solamente casos individuales, jueces o procuradores que se implican en sus sumarios y hacen gala de una gran firmeza. España se está poniendo manos a la obra. Acaba de crear una fiscalía anticorrupción, pero en Francia no existe nada semejante. Esta actitud no tiene que ver con un partido u otro, o con quién esté o no en el gobierno. Todos arrastran cargas y ninguno quiere que se sepa».

No tuve fuerza para abrir el disquete negro. ¿De qué me serviría saber? Mi visión del mundo era ya bien sucia como estaba.

—¿Puedo hacerme una copia?

—Las que quieras.

Y luego, acordándome de las explicaciones de Sébastien sobre internet, añadí:

—¿Y... todo esto se puede meter en internet?

—¿Crear una página, quieres decir?

—Sí, una página que pueda consultar cualquiera.

—Pues claro.

—¿Tú me puedes crear una página y no abrirla más que si yo te lo pido?

—Te lo hago mañana.

Los dejé a las tres de la madrugada. Después de soplarme una última cerveza. Encendí un cigarro en el bulevar. Crucé la place Jean-Jaurés totalmente desierta y, por primera vez en mucho tiempo, no me sentí seguro.

Donde lo que está en juego es la vida hasta el último suspiro

Me desperté de un sobresalto. Con un timbre en la cabeza. Pero no era el teléfono. Ni tampoco un ruido. Sin embargo, lo tenía dentro de la cabeza, y no es que hiera exactamente un timbre. Era como un clic. ¿Había estado soñando? ¿Con qué? Las seis menos cinco, ¡mierda! Me estiré. No me iba a poder dormir de nuevo. Lo sabía.

Me levanté y, con un cigarro en la mano que evité encender, me fui a la terraza. El mar, de un azul oscuro, casi negro, se comenzaba a agitar. El mistral empezaba a levantarse. Mala señal. El mistral en verano era sinónimo de incendios. Cientos de hectáreas de bosque, de monte bajo, convertidas en humo cada año. Los bomberos debían de estar ya al acecho.

Saint-Jean-du-Gard, me dije. Era eso. El clic. El sello en el sobre de Babette. Saint-Jean-du-Gard. Les Cévennes. ¿Qué coño estaba haciendo ahí? ¿En casa de quién? Me había hecho un café en mi pequeña cafetera italiana de una taza. Una taza tras otra. Me gustaba el café así. No recalentado. Por fin, encendí el cigarrillo y aspiré suavemente. La primera calada entró sin problema, con lo que el resto no me preocupaba.

Puse un disco del pianista sudafricano Abdullah Ibrahim. *Echoes from Africa*. Un corte en concreto. «Zikr». Yo no creía en Dios ni en el diablo. Pero en esta música, en su canto —el dúo con Jonny Diani, su bajista—, había una serenidad tal, que daban ganas de alabar a la tierra. A su belleza. Ese fragmento lo había escuchado horas y horas. Al amanecer. O al caer el sol. Me llenaba de humanidad.

La música empezó a subir. Con la taza en la mano, en el marco de la puerta acristalada, vi cómo el mar se agitaba con más violencia. No entendía nada de la letra de Abdullah Ibrahim, pero ese «Remembrance of Allah» encontraba en mí la traducción más simple. Efectivamente, es mi vida lo que está en juego aquí, en estas tierras. Una vida sazonada de piedras calientes, de suspiros de mar y de cigarras que, muy pronto, se pondrán a cantar. Hasta el último aliento, amaré esta vida. *Inch Allah*.

Pasó una gaviota, muy bajo, casi a ras de tierra. Le dediqué un pensamiento a Hélène Pessayre. Una bonita gaviota. No tenía derecho a mentirle más. Ahora que estaba en posesión de los discos de Babette. Ahora que adivinaba el lugar en el que

estaba escondida, tenía que comprobarlo, pero estaba casi seguro. Saint-Jean-du-Gard. Les Cévennes. Abrí su carpeta clasificadora.

Era su primer gran reportaje. El único que no había leído todavía, a causa sin duda de las fotos que ilustraban el documento y que la propia Babette había sacado. Fotos llenas de ternura hacia ese antiguo estudiante de Filosofía que se había hecho pastor de cabras después de mayo del 68. Había amado mucho a ese Bruno, estaba seguro. Como a mí. ¿Quizá nos había amado a los dos al mismo tiempo? ¿Y a otros?

¿Y qué?, me dije mientras proseguía con la lectura del artículo. Hacía diez años de eso. Pero ¿todavía te quiere Babette? ¿Te quiere todavía de verdad? La nota que me había escrito me taladraba. «Todavía te quiero». ¿Era posible rehacer la vida con alguien a quien se ha amado? ¿Con quien se ha convivido? No, a mí me parecía que no. Siempre lo creí imposible con las mujeres a las que había dejado. Lo creía imposible con Babette también. Sólo me parecía posible con Lole, y no tenía ningún sentido creerlo. No recordaba bien qué mujer me había dicho una vez que no había que molestar a los fantasmas del amor.

En Le Castellas, eso. Ahí se encontraba. Estaba convencido. Tal como Babette describía el lugar, era un sitio ideal para esconderse, salvo que no es posible quedarse en esa madriguera hasta que uno muera. A menos que decidas, como el tal Bruno, construir tu vida en ese lugar. Pero yo no me imaginaba a Babette cuidando cabras. Aún tenía demasiada sangre en las venas. Me hice una tercera taza de café, luego llamé a información y conseguí el número de teléfono de Le Castellas. Descolgaron a la quinta. Una voz infantil. Un niño.

—¿Quién es?

—Quería hablar con tu papá.

—¡Mamá! —gritó.

Ruido de pasos.

—¿Sí?

—Hola. Quería hablar con Bruno.

—¿De parte de quién?

—Móntale. Fabio Móntale. Mi nombre no creo que le diga nada.

—Un momento.

Otra vez ruido de pasos. Una puerta que se abre. Y Bruno al otro lado del teléfono.

—Sí. Le escucho.

Me gustaba esa voz. Decidida. Segura. Una voz de la montaña, cargada de toda su rudeza.

—No nos conocemos, soy un amigo de Babette. Quería que habláramos.

Silencio. Estaba reflexionando.

—¿Con quién?

—Mire, creo que no estamos para películas. Sé que está escondida en su casa. Dígale que ha llamado Mántale. Y que me llame enseguida.

—¿Qué ocurre?

—Dígame que me llame. Gracias.

Babette me llamó media hora después.

Fuera soplaban el mistral a fuertes ráfagas. Salí a cerrar mi sombrilla y la de Honorine. No se había manifestado todavía. Debía de haber ido al bar de Fonfon a tomar el café y a leer *La Marseillaise*. Desde que *Le Provençal* y *Le Méridionnal* se habían fusionado en uno solo, *La Provence*, Fonfon sólo compraba *La Marseillaise*. No le gustaban los periódicos blandos. Le gustaban los que tomaban partido. Aunque no compartiera sus ideas. Como *La Marseillaise*, periódico comunista. O como *Le Méridionnal*, que, antes de ser de derecha moderada, se había hecho de oro, unos veinte años atrás, propagando las ideas del Frente Nacional. Fonfon no comprendía que en *La Provence* el editorial estuviera un día bajo la pluma de un director de izquierdas y, al día siguiente, bajo la de otro de derechas.

—¡A eso le llaman pluralismo! —gritó.

Luego me había hecho leer un editorial que esa mañana rendía homenaje al viaje del papa a Francia. Y alababa las virtudes morales de la cristiandad.

—Mira, yo no tengo nada contra ese señor, contra el papa. Ni contra el que escribe. Que cada uno piense lo que le dé la gana, viva la libertad. Pero...

Pasó las páginas del periódico.

—Anda, ahora lee esto.

En las páginas locales trataban un pequeño asunto, sobre un restaurador de la costa, con fotos. El tipo explicaba que su establecimiento era la hostia. Todas las camareras, jóvenes y monas a montón, iban prácticamente en bolas. No decía que se les podía meter mano al culo, pero casi. Vamos, que para las comidas de negocios era el lugar ideal. La pasta y el sexo siempre se han llevado de maravilla.

—¡Lo que no es normal es que te bendigan al papa en la primera página y te chupen la polla en la cuarta!

—¡Fonfon!

—¡Joder! Un periódico que no tiene moral, no es un periódico, cojones. Y no lo vuelvo a comprar. Se acabó.

Desde entonces no leía más que *La Marseillaise*. Y le entraban las mismas rabietas. A veces con algo de mala idea. Otras con razón. A Fonfon no lo iban a cambiar en la vida. Y a mí me gustaba así. Me había encontrado con demasiada gente que por delante eran más fantasmas que otra cosa, como se suele decir en Marsella, y por detrás, nada.

Pegué un bote cuando sonó el teléfono. Dudas por unos segundos, de que no fuera

Babette sino los tipos de la Mafia.

—Fabio —dijo ella simplemente.

Su voz remolcaba toneladas de miedo, cansancio, agotamiento. En una sola palabra, mi nombre, comprendí que ya no era del todo la misma. Tuve de repente la sensación de que, antes de empezar su fuga, las había pasado putas.

—Sí.

Un silencio. Ignoraba lo que metía en ese silencio. En el mío, las obras completas de nuestras noches de amor. Mirando hacia atrás, me dijo también esa mujer de la que he olvidado el nombre, acabas cayéndote al fondo del pozo. Yo estaba en el borde. En el brocal. Babette.

—Fabio —volvió a decir más segura.

El cadáver de Sonia volvió a ocupar mi cabeza. Volvió a instalarse en ella. Con su peso glacial. Evacuando todo pensamiento, todo recuerdo.

—Babette, tenemos que hablar.

—¿Has recibido los disquetes?

—Los he leído. Bueno, casi. Esta noche.

—¿Qué te parece? ¿Me lo he currao, eh?

—Babette, déjalo. Tengo pegaos al culo a los tíos que te están buscando.

—Qué me dices.

El miedo le volvió a subir a la garganta, estranguló sus palabras.

—Ya no sé qué hacer, Fabio.

—¡Ven!

—¡Qué vaya! —gritó casi histérica—. ¡Estás loco! Han masacrado a Gianni. En Roma. Y a Francesco, su hermano. Y a Beppe, su amigo. Y...

—Han matado a una mujer a la que amaba, aquí —respondí levantando la voz—. Y matarán a más, a más gente querida, entiendes. Y a mí, más adelante. Y a ti, cualquier día. No te vas a quedar escondida allí en lo alto durante años.

Otro silencio. Me gustaba la cara de Babette. Un poco redonda, enmarcada por un pelo castaño rojizo, algo rizado en las puntas. Una cara a lo Botticelli.

—Tenemos que llegar a un arreglo —seguí después de aclararme la garganta.

—¡Cómo! —gritó—. ¡Fabio, ese trabajo es toda mi vida! Si has abierto los disquetes, ya te habrás dado cuenta del curro que hay ahí metido. ¿A qué arreglo quieres que lleguemos, eh?

—A un arreglo con la vida. O con la muerte. Elige.

—¡Basta! No estoy para filosofadas.

—Yo tampoco. Simplemente tengo ganas de seguir vivo. Y de conservarte viva.

—Ya, pero ir es suicidarme.

—A lo mejor no.

—¡Ah, sí! ¿Y qué se te ocurre?

Sentía cómo me subía la ira. Las ráfagas de viento afuera me parecían cada vez más violentas.

—¡Mecaguen la hostia, Babette! Te llevas a todo el mundo por delante en esta puta mierda de investigación gilipollas. Y te la suda, ¿no? ¿Dormirás bien? ¿Comerás a gusto? ¿Follarás? ¡Responde, hostia! ¿Te mola que se carguen a mis amigos, o qué? Y ¿que se me carguen a mí? ¡La hostia puta! ¡Y dices que me quieres todavía! ¡Tú estás grillada, gilipollas!

Y rompió a llorar.

—¡No tienes derecho a hablarme así!

—¡Sí! ¡Yo a esa chica la quería, joder! Se llamaba Sonia y tenía treinta y cuatro años. Hacía tiempo que no me había encontrado a una igual. ¡O sea, que tengo todo el derecho!

—¡Vete a tomar por saco!

Y colgó.

Georges Mavros había sido asesinado esa misma mañana, hacia las siete. No lo supe hasta dos horas después. Mi teléfono estaba todo el rato comunicando. Cuando volvió a sonar, creí que era Babette que llamaba de nuevo.

—Móntale.

El tono era duro. Un tono de comisaria. Hélène Pessayre. Otra vez con problemas, pensé. Y con problemas me refería al empeño en hacerme decir lo que le escondía. No se anduvo con rodeos para anunciarme la noticia.

—A su amigo Mavros, Georges Mavros, lo han matado esta mañana. Cuando volvía a casa. Lo han encontrado degollado en el *ring*. De la misma manera que Sonia. ¿Sigues sin tener nada que decirme?

Georges. Pensé inmediatamente en Pascale, como un gilipollas. Pero Pascale no había dado señales de vida desde hacía seis meses. No tenía hijos. Mavros estaba solo. Como yo. Esperaba sinceramente que su noche hubiera sido feliz, y bella, con su amiga de Reunión.

—Voy para allá.

—¡Pero inmediatamente! —me ordenó Helène Pessayre—. A la sala de boxeo, así lo podrá identificar. Es lo menos que le debe, ¿no?

—Ya voy —respondí con la voz quebrada.

Volví a colgar. El teléfono sonó otra vez.

—¿Te han conta lo de tu colega?

El asesino.

—Me acabo de enterar.

—Qué pena. Me hubiera gustado darte la noticia yo mismo. Pero por lo visto, los polis andan hoy bastante espabilados.

No contesté. Me impregné de su voz como si eso me permitiera diseñar un retrato robot.

—¡Muy mona esa policía! ¡Móntale! ¿Me escuchas?

—Sí.

—No se te ocurra planear una encerrona con ella. Ni con nadie más. Policía o no. Podemos acelerar la cadencia de la lista, ¿tas enterao?

—Sí. No habrá encerrona.

—Pero ayer ibas de paseo con ella. ¿Qué pretendías, tirártela?

Estaban ahí. Me estaban siguiendo. Me siguen, claro. Así es como llegaron hasta Sonia. Y hasta Mavros. No tienen ninguna lista. No saben nada de mí. Me siguen y, según cómo estimen lo que me une a alguien, lo matan. Eso es todo. Lo malo es que en lo alto de la lista debían de estar Fonfon y Honorine. Porque eso seguro que se lo sabían de memoria, que estaba muy encariñado con los dos.

—Móntale, ¿qué pasa con la remuevemierda?

—Tengo una pista —dije—. Lo sabré esta noche.

—Bravo. Y hasta esta noche.

Me cogí la cabeza entre las manos, para reflexionar unos segundos. Pero no había nada que reflexionar. Volví a llamar a Bruno. Descolgó él. Debía de haber consejo de guerra en Le Castellas.

—Soy otra vez Móntale.

Un silencio.

—No quiere hablar con usted.

—Dígale que, si voy para allá, la mato. Dígale eso.

—Ya lo he oído —gruñó Babette. Habían puesto el manos libres.

—Se han cepillado a Mavros, esta mañana. ¡A Mavros! —grité—. ¡Te acuerdas de él, me caguen la puta! Y las noches que estuvimos riéndonos los tres juntos.

—¿Cómo hago? —preguntó.

—¿Que cómo haces qué?

—Cuando llegue a Marsella, ¿qué hago?

¿Y qué sabía yo lo que había que hacer? No me lo había planteado ni un solo minuto. No tenía ningún plan. Lo único que quería era que se parara todo aquello. Que dejaran en paz a mis seres queridos. Cerré los ojos. Que no me tocaran a Fonfon y a Honorine. Era lo único que quería.

Y matar a ese mamón hijo de puta.

—Te llamo luego. Ya te diré. *Ciao*.

—Fabio...

No oí lo que vino después. Colgué.

Volví a poner «Zikr». Esa música. Para apaciguar el desorden que reinaba en mí. Para calmar ese odio que no podía calmar. Acaricié ligeramente con el dedo el anillo

que me había regalado Didier Pérez, y de nuevo me traduje, según mi versión, la oración de Abdullah Ibrahim. Sí, me gusta esta vida con abandono y quiero vivirla en libertad. *Inch Allab, Mántale.*

Donde se cuestiona la alegría de vivir en una sociedad sin moral

Paseé la mirada por la sala de boxeo. Todo lo que allí había me era familiar. El *ring*, el olor, la luz tenue. Los sacos de entrenamiento, el *punching-ball*, las pesas. Las paredes amarillentas, con los carteles. Todo estaba tal como lo habíamos dejado la víspera. Las toallas en el banco, las vendas colgadas de la barra fija.

Oí la voz de Takis, el padre de Mavros.

—¡Vamos, pequeño, avanza!

¿Qué tendría yo, doce años o así? Mavros me había dicho: «Mi padre te entrenará». En mi cabeza bullían imágenes de Marcel Cerdan. Mi ídolo. El de mi padre también. Boxear era mi sueño. Pero boxear, aprender a boxear, era también, antes que nada, aprender a superar mis miedos físicos, aprender a recibir golpes y a devolverlos. A hacerse respetar. En la calle. Era esencial. Nuestra amistad con Manu había empezado así, a puñetazos. En la calle Refuge, en el Panier. Una noche que acompañaba a Gélou, mi hermosa prima. Me llamó espagueti, el mamón del españolito. Una excusa. Para desencadenar la bronca y llamar la atención de Gélou.

—¡Venga, dale! —me decía Takis.

Yo le daba tímidamente.

—¡Más fuerte, joder, más fuerte! Venga, que estoy acostumbrado.

Me ponía la mejilla para que le pegara. Le di. Y luego otra vez. Un directo bien dado. A Takis Mavros le había gustado.

—Vamos, hijo.

Le di otra vez. En esta ocasión con fuerza, y lo esquivó. Me di un golpe fuerte con la nariz en su hombro, duro, musculado. Empecé a chorrear sangre y, algo atontado, vi cómo se manchaba el *ring*.

Había sangre por todo el *ring*.

No conseguía despegar los ojos de ahí. ¡Joder, Georges! Ni siquiera hemos tenido tiempo de cogernos la última borrachera.

—Móntale.

Hélène Pessayre acababa de ponerme la mano en el hombro. El calor de su palma

irradió todo mi cuerpo. Qué bueno. Me volví hacia ella. Adiviné una pizca de tristeza en sus ojos negros, y mucha ira.

—Vamos a hablar.

Miró a su alrededor. Había jaleo en la sala. Vi de lejos a los dos policías con los que formaba equipo. Alain Béraud me hizo un gesto con la mano. Un gesto que se pretendía amistoso.

—Por aquí —dije, señalando la pequeña habitación que servía de oficina a Mavros.

Se dirigió hacia allí con paso firme. Aquella mañana llevaba un vaquero de color verde agua y una camiseta negra ancha por debajo del culo. Hoy debía de ir armada, pensé.

Abrí la puerta y me dejó entrar. La volvió a cerrar a sus espaldas. Nos observamos durante unos segundos. Éramos casi de la misma estatura. Me dio un bofetón en plena cara, sin tiempo ni para sacar un cigarrillo. Su violencia, tanto como mi sorpresa, me hizo soltar el paquete de tabaco. Me agaché a recogerlo. Hasta sus pies. Me ardía la mejilla. Me incorporé y la miré. No pestañeó.

—Tenía unas ganas tremendas.

Y en el mismo tono:

—Siéntese.

Me quedé de pie.

—Es la primera hostia que me dan. Una mujer, quiero decir.

—Si quiere que sea la última, cuénteme todo, Mántale. Siento aprecio por lo que me han dicho de usted. Pero no soy Loubet. No estoy como para perder el tiempo haciendo que le vigilen, ni para construir hipótesis sobre las cosas que sabe. Quiero la verdad. Odio la mentira. Se lo dije ayer.

—Y que no me perdonaría que le mintiera.

—Le doy una segunda oportunidad.

Dos muertos, dos oportunidades. La última. Como una última vida. Nuestras miradas se enfrentaron. Aún no había guerra entre nosotros.

—Tenga —le dije.

Y le puse encima de la mesa los cinco disquetes de Babette. El primer juego de copias que Cyril me había hecho la noche pasada. Se había empeñado. Mientras, Sébastien y sus amigos me ponían, para que escuchara, nuevos grupos de rap marsellés. Mi cultura llegaba hasta IAM y Massilia Sound System. Iba un poco atrasado, por lo visto.

Me descubrieron a La Fonki Family, chavales del Panier y de Belsunce —que habían colaborado con los Bad Boys de Marsella—, y Le Troisième Oeil, que salía directamente de las barriadas norte. El rap estaba lejos de ser lo mío, pero me impresionaba siempre lo que contaban. La ajustado de la frase. La calidad de los

textos. No le cantaban a otra cosa más que a la vida de sus colegas, en la calle o en el reformatorio. A la muerte fácil también. Y a todas las adolescencias que acababan en el psiquiátrico. Una realidad con la que yo me había codeado durante años.

—¿Qué es esto? —me preguntó Hélène Pessayre, sin tocar los disquetes.

—La antología más actualizada de las actividades de la Mafia. Como para arrasarlo todo de Marsella a Niza.

—Hasta ese punto —respondió ella voluntariamente incrédula.

—Hasta tal punto que, si los lee, luego le costará después trabajo circular por los pasillos de la policía. Y se preguntará a ver quién le va a disparar por la espalda.

—¿Hay policía implicada?

No abandonaba la calma. No lograba imaginar qué fuerza interior la habitaba, pero nada parecía hacerla tambalear. Como Loubet. Lo contrario de mí. Quizás por eso no había conseguido ser un buen policía. Mis sentimientos estaban demasiado a flor de piel.

—Hay un montón de gente implicada. Políticos, empresarios, industriales. Podrá leer sus nombres, la pasta que se han llevado, en qué banco la tienen metida, el número de cuenta. Todo ese tipo de cosas. En cuanto a la policía...

Se sentó e hice lo mismo.

—¿Me da un cigarrillo?

Le tendí mi paquete, luego le di luego. Posó la mano ligeramente en la mía para que acercara el mechero.

—Sí, ¿y en cuanto a la policía? —prosiguió ella.

—Digamos que, entre ellos y la Mafia, las cosas son fluidas. En el intercambio de información.

Durante años, contaba Babette en su informe sobre el departamento de Var, Jean-Louis Fargette había comprado a unos policías, a alto precio, las escuchas telefónicas de algunos políticos. Sólo para asegurarse de que eran legales en las comisiones que le afectaban. Y para presionarlos si hacía falta. Pues algunas de esas escuchas afectaban a sus vidas privadas. Su vida familiar. Sus desviaciones sexuales. Prostitución. Pedofilia.

Hélène Pessayre dio una calada profunda. A lo Lauren Bacall. Con naturalidad, además. Tenía la cara vuelta hacia mí, pero los ojos miraban lejos, al infinito. A algún sitio donde encontraba razones para ser policía.

—¿Y qué más? —dijo volviendo a fijar su mirada en la mía.

—Todo lo que usted ha querido saber siempre. Tenga...

Me pasó por la mente otro de los fragmentos de la investigación que Babette había empezado a redactar. «Los negocios legales e ilegales están cada vez más imbricados, y han introducido un cambio fundamental en las estructuras del capitalismo de la posguerra. Las mafias invierten en negocios legales e,

inversamente, éstos canalizan recursos financieros hacia la economía criminal, a través de la toma de control de bancos o empresas implicadas en el blanqueo de dinero o relacionadas con las organizaciones criminales.

»Los bancos pretenden que ese tipo de transacciones están hechas de buena fe y que sus dirigentes ignoran el origen de los fondos depositados. Los grandes bancos no sólo aceptan el blanqueo de dinero a cambio de pingües comisiones, sino que conceden créditos de alto interés a las mafias criminales, en detrimento de las inversiones productivas industriales o agrícolas.

»Existe —seguía escribiendo Babette— una estrecha relación entre la deuda mundial, el comercio ilegal y el blanqueo de dinero. Desde la crisis de la deuda a principios de los años ochenta, el precio de las materias primas se ha hundido, lo que ha traído como consecuencia la caída dramática de los países en vías de desarrollo. Bajo el efecto de las medidas de austeridad dictadas por los acreedores internacionales, se empieza a despedir a funcionarios, se venden empresas nacionales, se congelan las inversiones públicas y se reducen los créditos a agricultores y a industriales. Con el paro rampante y la bajada de salarios, la economía legal entra en crisis».

Y en esas estábamos, me dije una noche, mientras leía estas frases. En esta miseria humana de lo que llamaban futuro. ¿A cuánto ascendía la multa que le habían puesto a esa ama de casa por robar unos filetes en el supermercado? ¿Cuántos meses de cárcel les habían metido a aquellos chavales de Estrasburgo por los cristales rotos de los autobuses o de las marquesinas de la ciudad?

Las palabras de Fonfon me habían vuelto a la mente. Un periódico que no tiene moral no es un periódico. Sí, y a una sociedad sin moral no se le puede llamar sociedad. A un país sin moral tampoco. Era más fácil mandar a la policía a desalojar a los comités de parados en las oficinas de la ANPE^[6], que atacar la raíz del mal. De esa porquería que roía a la humanidad hasta los huesos.

Bernard Bertossa, el procurador general de Ginebra, declaraba al final de su entrevista con Babette: «Hace ya más de dos años que hemos congelado el dinero procedente del tráfico de droga en Francia. Los autores fueron condenados, pero la justicia francesa no me ha presentado aún la petición de extradición, a pesar de nuestros reiterados requerimientos».

Sí, en esas estábamos, en ese grado cero de la moral.

Miré a Hélène Péssayre.

—Sería demasiado largo de explicar. Léalos, si puede. Yo me paré en la lista de nombres. No tuve el valor suficiente para saber lo que venía a continuación. Después de eso, no estaba seguro de percibir la felicidad de mirar el mar desde mi terraza.

Sonrió.

—¿De dónde ha sacado los disquetes?

—De una amiga. Una amiga periodista. Babette Bellini. Pasó los últimos años en esta investigación. Una obsesión.

—¿Qué relación guarda con la muerte de Sonia De Luca y de Georges Mavros?

—La Mafia perdió la pista de Babette. Quieren ponerle la mano encima. Para recuperar algunos documentos. Algunas listas, pienso. Esas en las que se mencionan los bancos, los números individuales de las cuentas.

Cerré los ojos medio segundo. Justo el tiempo de volver a ver la cara de Babette, su sonrisa. Después añadí:

—Y cargársela inmediatamente.

—Y usted, ¿qué pinta en todo esto?

—Los asesinos me pidieron que se la encontrara. Para persuadirme, se dedican a matar a mis seres queridos. Están dispuestos a continuar hasta llegar a las personas que me son verdaderamente cercanas.

—¿Amaba usted a Sonia?

Su voz había perdido toda dureza. Era una mujer hablándole a un hombre. De un hombre y de otra mujer. Casi con complicidad.

Me encogí de hombros.

—Tenía ganas de volverla a ver.

—¿Eso es todo?

—No, no es todo —respondí con sequedad.

—¿Hay algo más?

Insistía sin maldad. Obligándome a hablar de lo que había sentido esa noche. Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Era algo más allá del deseo que puede inspirar una mujer! —dije levantando la voz—. ¿Entiende? Creí sentir que algo era posible entre ella y yo. Vivir juntos, por ejemplo.

—¿En una sola noche?

—Una noche o cien, una mirada o mil miradas, no cambia las cosas.

Tenía ganas de chillar en ese momento.

—Móntale —susurró ella.

Y aquello me suavizó. Su voz. La entonación con la que decía mi nombre y que parecía llevar consigo todas las alegrías, todas las risas de sus veranos en Argel.

—Creo que se sabe enseguida, si lo que pasa entre dos personas es cuestión de un rollo de una noche o de construir algo juntos, ¿no?

—Sí, así lo creo yo también —dijo ella sin apartar la mirada—. ¿Vive usted triste, Móntale?

¡Mierda! ¿Llevaba la desgracia pintada en la cara o qué? Sonia se lo dijo el otro día a Honorine. Ahora Hélène Pessayre me lo soltaba así, en plena en toda la cara. ¿Me había vaciado Lole los cajones de la felicidad del cuerpo hasta ese punto? ¿Se

había llevado de verdad con ella todos mis sueños? ¿Todas mis razones de vivir? ¿O era yo, simplemente, el que no sabía ya buscarlas en mí?

Cuando se fue Pascale, Mavros me contó:

—Sabes, ella ha pasado las páginas a una velocidad de locos. Cinco años de risas, de alegrías, de broncas a veces, de amor, de ternura, de noches, de despertares, de siestas, de sueños, de viajes... Todo eso hasta la palabra fin. Que ella misma escribió de su puño y letra. Se llevó el libro con ella. Y yo...

Lloraba. Yo le escuchaba, callado. Desarmado ante tanto dolor.

—Y yo ya no encuentro razones para vivir. Pascale es la mujer a la que más he querido. ¡La única, Fabio, la única, hostia! Ahora hago las cosas sin pasión. Porque hay que hacerlas y punto. Que eso es la vida. Hacer cosas. Pero en la cabeza ya no hay nada. Y en el corazón tampoco.

Con el dedo se había tocado la cabeza y luego el corazón.

—Nada.

No pude contestarle nada. Precisamente nada. Porque no había respuesta para eso. Yo lo supe cuando Lole me abandonó.

Aquella noche, tuve que llevar a Mavros a mi casa, después de haber hecho paradas en unos cuantos bares del puerto. Desde el Café de la Mairie hasta el Bar de la Marine. Con una larga parada en el bar de Hassan. Lo acosté en el sofá, con una botella de Lagavulin a mano.

—¿Cómo lo ves?

—Tengo todo lo que necesito —dijo señalando la botella.

Y me fui a apretarme contra el cuerpo de Lole. Cálido y suave. Con mi sexo en contacto con sus nalgas. Y una mano en uno de sus pechos. La estaba sujetando como un niño que aprende a nadar y se agarra a un flotador. Con desesperación. El amor de Lole me permitía mantener la cabeza fuera del agua de la vida. No ahogarme. Y que no se me llevara la corriente.

—¿No contesta? —preguntó Héléne Pessayre.

—Quiero que me asista un abogado.

Soltó una carcajada. Aquello me hizo sentir mejor.

Llamaron a la puerta.

—Sí.

Era Béraud. Su colega de equipo.

—Hemos acabado, comisaria —me miró—. ¿Podría él identificarlo?

—Sí —dije yo—. Ahora voy.

—Unos minutitos más, Alain.

Volvió a cerrar la puerta. Héléne Pessayre se levantó y dio unos pasos por el escueto despacho. Luego se paró delante de mí.

—Si encontrara a Babette Bellini, ¿me lo diría?

—Sí —respondí sin dudarle, mirándola fríamente a los ojos.

Me levanté yo también. Estábamos cara a cara, como hacía un rato, antes de que me abofeteara. Tenía la pregunta esencial en la punta de la lengua.

—¿Y qué haríamos luego? Si la encuentro.

Por primera vez sentí en ella una ligera confusión. Como si acabara de adivinar las palabras que seguían.

—La pondría bajo vigilancia. ¿Es eso? Hasta que detuviera a los asesinos, si es que lo consigue. ¿Y qué pasaría luego? ¿Cuándo llegarán otros asesinos, y luego otros?

Era mi particular manera de dar bofetadas. Nombrar lo indecible para la policía. La impotencia.

—De aquí a entonces, no la habrán trasladado a Saint-Brieuc, como a Loubet, no, ¡la habrán mandado a Argenton-sur-Creuse!

Se quedó lívida, y sentí haberme dejado llevar después de que lo hubiera hecho ella. Esa mezquindad consistente en vengarme de su bofetada con unas cuantas palabras malintencionadas.

—Perdóneme.

—¿Tiene usted alguna idea, algún plan? —me preguntó con frialdad.

—No, nada. Sólo ganas de encontrarme cara a cara con el tipo que mató a Sonia y a Georges. Y liquidarlo.

—Es una auténtica estupidez.

—Puede. Pero no hay otra justicia para esa podredumbre humana.

—No —precisó ella—, es realmente estúpido que arriesgue usted su vida.

Posó sus ojos negros dulcemente en mí.

—A no ser que se sienta usted tan desgraciado como para eso.

Donde es más fácil explicar los demás que comprender uno mismo

Las sirenas de los bomberos me sacaron brutalmente del sueño. El aire que entraba por la ventana olía a quemado. Un aire caliente y nauseabundo. Lo supe más tarde, el fuego había empezado en un vertedero público. En Septèmes-les-Vallons, un municipio que lindaba con Marsella por el norte. A dos pasos, el apartamento de Georges Mavros.

Le dije a Hélène Pessayre:

—Me están siguiendo. Estoy seguro. Sonia me acompañó a casa la otra noche. Se quedó a dormir. No tuvieron más que seguirla para llegar hasta su casa. Hasta Mavros los llevé yo también. Si voy a ver a un amigo, dentro de un rato o mañana lo pondrán en la lista.

Seguíamos estando en el despacho de Mavros. Intentando poner un plan en marcha. Para liberarme del torno que me aprisionaba. El asesino volvería a llamar. De momento, lo que él esperaba eran hechos. Que le dijera dónde estaba Babette, o algo por el estilo. Si no le daba datos fiables, mataría a alguien más. Y ése podía ser Fonfon u Honorine, si no encontraba a ninguno de mis amigos o amigas a quien hincarle el diente.

—Estoy atado de pies y manos —le mentí.

De eso hacía menos de una hora.

—Apenas puedo moverme sin poner en peligro la vida de algún ser querido.

Me miró. Empezaba ya a reconocer sus miradas. En aquélla, su confianza no era total. Persistía una duda.

—Pues es una suerte al fin y al cabo.

—¿El qué?

—Que no pueda moverse —respondió con una pizca de ironía—. No, quiero decir que le siguen, y por ahí es por donde los podemos pillar.

Ya veía por dónde iba y no me hacía mucha gracia.

—No le sigo.

—¡Móntale! Deje de tomarme por imbécil. Sabe perfectamente lo que quiero decir. Le están siguiendo, con lo cual nosotros también nos pondremos a la cola.

—Y os echáis encima de ellos en el primer semáforo, ¿no?

Me arrepentí inmediatamente de mis palabras. Un velo de tristeza alteró su mirada.

—Lo siento, Hélène.

—Deme un cigarrillo.

Le di el paquete.

—¿Nunca compra tabaco?

—Usted siempre lleva y... nos vemos a menudo ¿no?

Lo dijo sin sonreír. Con un tono cansado.

—Móntale, no llegaremos a nada juntos si no pone usted un poco de...

Buscó las palabras, dando una fuerte calada.

—... si no cree usted en lo que soy. No en la policía que soy. No, en la mujer que soy. Creía que lo habría comprendido, después de nuestra conversación junto al mar.

—¿Qué es lo que tendría que haber comprendido?

Esas palabras se me escaparon. Apenas pronunciadas, empezaron a resonar en mi cabeza. Cruelmente. Le dije exactamente lo mismo a Lole, aquella noche, terrible, en que ella me anunció que todo había terminado. Pasaban los años y yo estaba siempre haciéndome la misma pregunta. O más exactamente, no entendiendo nada de la vida. «Si uno pasa siempre por el mismo sitio —le expliqué una noche a Mavros, cuando Pascale le había dejado—, es que estás dando vueltas en círculo. Que estás perdido...». Se encogió de hombros. Él estaba dando vueltas en círculo. Estaba perdido. Es más fácil explicar a los otros ese tipo de cosas que comprenderlas uno mismo, pensé.

Hélène Pessayre sonrió de la misma manera que Lole en ese momento. Su respuesta difirió ligeramente.

—¿Por qué no confía en las mujeres? ¿Qué le han hecho, Móntale? ¿No le han dado suficiente? ¿Le han decepcionado? ¿Le han hecho sufrir, no?

De nuevo esa mujer me desarmaba.

—Puede ser. Sí, sufrir.

—A mí también me han decepcionado algunos hombres. Yo también he sufrido, ¿y por eso iba yo a detestarle?

—Yo no la detesto.

—Le voy a decir una cosa, Móntale. A veces, cuando me mira fijamente, me pongo muy nerviosa. Siento ríos de emoción por el cuerpo.

—Hélène —intenté cortarla.

—¡Cállese, por Dios! Cuando mira usted a una mujer, a mí o a otra, va directamente a lo esencial. Pero va usted con sus miedos, sus dudas, sus angustias, todo ese mogollón que le tiene el corazón encogido y que le hace decir: «No va a funcionar, no puede funcionar nunca». Nunca con la certidumbre de la felicidad

posible.

—¿Cree usted en la felicidad?

—Creo en las relaciones sinceras entre la gente. Entre los hombres y las mujeres. Sin miedo y, por consiguiente, sin mentiras.

—Ya, ¿y adónde nos lleva eso?

—A esto. ¿Por qué tiene ese empeño en matar a ese tipo?

—Por Sonia. Y ahora por Mavros.

—Por Mavros lo admito, era amigo suyo. ¿Pero Sonia? Le he hecho ya la pregunta, ¿la quería? ¿Sintió usted que la quería esa noche? No me ha respondido. Sólo me ha dicho que tenía usted ganas de verla otra vez.

—Sí, ganas de verla y también que...

—Que a lo mejor, o que posiblemente... ¿así, no? Como siempre, vaya. ¿Y se iba a verla con una parte de usted mismo incapaz de entender su espera o sus deseos? ¿Ha sabido usted dar alguna vez de verdad? ¿Dárselo todo a una mujer?

—Sí —solté, pensando en mi amor por Lole. Hélène Pessayre me miró con ternura. Como el otro mediodía en la terraza de Ange, cuando me cogió la mano. Pero tampoco esta vez iba a decirme te quiero, ni a acurrucarse en mis brazos. Estaba bien seguro.

—Usted se lo cree, Móntale. Pero yo no le creo. Y esa mujer tampoco se lo creyó. No le dio usted su confianza. No le dijo que creía en ella. Ni se lo demostró tampoco. O no lo suficiente, en cualquier caso.

—¿Por qué iba yo a confiar en usted, puesto que es ahí adonde quiere ir a parar? ¿Es eso lo que me está pidiendo? ¿Que confíe en usted?

—Sí. Por una vez en su vida, Móntale. En una mujer. En mí. Y entonces será recíproco. Si ponemos un plan a punto, entre los dos, quiero estar segura de usted. Quiero estar segura de sus motivos para matar a ese tipo.

—¿Me dejaría usted matarlo? —dije sorprendido.

—Si lo que le anima no es el odio, la desesperación, si es el amor, ese amor que sentía usted nacer por Sonia, sí. Sabe, tengo bastante firmeza, y un fuerte sentido de la moral, también. Pero ¿cuántos años cree que le metieron a Giovanni Brusca, el asesino más sanguinario de la Mafia?

—No sabía que lo hubieran detenido.

—Hace un año. En su casa. Estaba comiendo espaguetis con su familia. Veintiséis años. Había matado con TNT al juez Falcone.

—Y a un niño de once años.

—Solamente veintiséis años. Yo no tendría ningún remordimiento si ese tipo, ese asesino, muriera antes de pasar por la Justicia. Pero... no se trata de eso.

No, no se trataba de eso. Me levanté. Seguía oyendo las sirenas de los bomberos por todas partes. El aire era acre, asqueroso. Cerré la ventana. Me había quedado

dormido media hora en la cama de Mavros. Hélène Pessayre y su equipo se habían marchado. Y yo, con su consentimiento, había subido al apartamento de Mavros. Encima de la sala de boxeo. Tenía que esperar allí hasta que otro equipo viniera para localizar el coche que me estaba siguiendo. Porque, no teníamos ninguna duda, estaban en la puerta, más o menos.

—¿Tiene usted posibilidad de hacer eso?

—Tengo dos cadáveres a mis espaldas.

—¿Ha insinuado la posibilidad de la Mafia en sus informes?

—No, por supuesto.

—¿Por qué?

—Porque seguramente me apartarían de la investigación.

—Se está usted arriesgando.

—No, sé muy bien dónde me meto.

El apartamento de Mavros estaba en perfecto orden. Era casi enfermizo. Todo estaba como antes de que se fuera Pascale. Cuando se marchó, no se llevó nada o casi nada. Cuatro chismes. Algún adorno, objetos que Mavros le había regalado. Algo de vajilla. Algunos CDs, algún libro. La tele. El aspirador nuevo que se acababan de comprar.

Unos amigos comunes, Jean y Bella, le dejaron a Pascale, por un módico alquiler, la casita familiar completamente amueblada que ocupaban en la rue Villa-Paradis, una zona tranquila de Marsella, arriba de la rue Breteuil. El tercer niño acababa de nacer, y la casa, estrecha y dispuesta en dos niveles, se les había quedado pequeña.

A Pascal le encantó enseguida esa casa. La calle era como la de un pueblo y, seguramente, seguiría siéndolo durante muchos años. A Mavros, que no comprendía, le explicó: «No te dejes por Benoît. Me voy por mí. Necesito repensar mi vida. No la nuestra. La mía. A lo mejor un día conseguiré verte tal como debo verte, tal como te veía antes».

Mavros había hecho de ese apartamento el sarcófago de sus recuerdos. Hasta la cama en la que me había tumbado ese rato, completamente reventado, parecía que no se había deshecho nunca desde la marcha de Pascale. Comprendí mejor por qué se había dado tanta prisa en buscarse una chica, para no tener que dormir ahí.

Lo más triste era en el váter. En un cristal estaban pegadas, una detrás de otra, las mejores fotos de sus años de felicidad. Me imaginaba a Mavros meando mañana, tarde y noche, mientras veía desfilar el fracaso de su vida. Tendría que haber quitado eso, por lo menos eso, me dije.

Descolgué el cristal y lo apoyé delicadamente en el suelo. Una de las fotos tuyas me partía el alma. Era Lole la que la había sacado, un verano, en casa de unos amigos en La Ciotat. Georges y Pascale estaban dormidos en un banco del jardín. La cabeza de Georges en el hombro de Pascale. Respiraban paz. Felicidad. La despegué con

cuidado y la metí en la cartera.

Sonó el teléfono. Era Hélène Pessayre.

—Ya está, Múltale, mis hombres han tomado posiciones. Los han localizado. Están aparcados delante del número 148. Un Fiat Punto, azul metalizado, son dos.

—Bueno —dije.

Me sentía ahogado.

—¿Quedamos en lo que hemos dicho?

—Sí.

Debería haber estado algo más charlatán, añadir alguna palabra. Pero acababa de encontrar la solución para encontrarme con Babette sin riesgos, y lejos de todo el mundo. Incluida Hélène Pessayre.

—¿Múltale?

—Sí.

—¿Todo bien?

—Sí. ¿Por qué hay tanto bombero?

—Un incendio. Enorme. Ha empezado en Septèmes, pero se está extendiendo. Parece que habría un nuevo foco por Plan-de Cuques, pero ya no sé nada más. Lo peor es que los hidroaviones están clavados en tierra por culpa del mistral.

—¡Qué putada! —dije. Tomé aire a fondo—. ¿Hélène?

—¿Qué?

—Antes de volver a mi casa, como está previsto, tengo... tengo que pararme en casa de un viejo amigo.

—¿De quién?

Una ligera duda había vuelto a su voz.

—Hélène, no hay trampa. Se llama Félix. Llevaba un restaurante en la Rué Caisserie. Le prometí que iría a verle. A menudo vamos juntos a pescar. Vive en Le Vallon-des-Auffes. Tengo que pasar, antes de volver.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Me acabo de acordar.

—Llámele por teléfono.

—No tiene teléfono desde que se murió su mujer y él se jubiló, quiere que lo dejen en paz. Cuando le quieres llamar, hay que dejarle un mensaje en la pizzería de al lado.

Todo eso era verdad. Añadí:

—Y no necesita oírme, necesita verme.

—Ya.

Creí sentir cómo sopesaba los pros y los contras.

—¿Y cómo hacemos?

—Meto el coche en el aparcamiento del Centre-Bourse. Subo al centro comercial,

salgo y cojo un taxi. Tengo para una hora.

—¿Y si le siguen?

—Ya veré.

—Ok.

—Hasta luego.

—Móntale, si tiene usted alguna pista de Babette Bellini, no se olvide de mí.

—No la olvido, comisaria.

Una espesa columna de humo negro se levantaba por encima de las barriadas norte. El aire caliente se insinuó en mis pulmones y me dije que, si el mistral no remitía, íbamos a vivir con aquello varios días. Días dolorosos. Que el bosque ardiera, la vegetación o incluso la más insignificante garriga, suponía un drama para la región. Todo el mundo tenía aún en la memoria el terrible incendio que, en agosto de 1989, había asolado tres mil quinientas hectáreas en la falda del monte Sainte-Victoire.

Entré en el bar más cercano y me pedí una caña. El dueño, como el resto de los clientes, tenía la oreja pegada a Radio France Provence. El fuego había «saltado» de lo lindo y estaba arrasando la zona verde del pequeño pueblo de Plan-de-Cuques. Habían empezado a evacuar a los habitantes de las casas aisladas.

Volví a repasar mi plan para poner a Babette a salvo. Se sostenía bien. Pero con una sola condición, que el mistral dejara de soplar. Pero el mistral podía estar soplando durante uno, tres, seis o nueve días.

Me acabé la caña y pedí otra. La suerte estaba echada, pensé. Ya se vería si yo tenía todavía futuro en esta vida. Si no, seguro que habría un lugar bajo tierra con Manu, Ugo y Mavros donde echar una partidita de cartas tranquilos.

Donde uno encuentra el sentido exacto de la expresión «un silencio de muerte»

Arranqué. Y por detrás iba a haber cola. El coche de los tipos de la Mafia. El de la policía. Que me siguieran, en otras circunstancias, me habría incluso divertido. Pero no tenía yo el corazón para risas. No tenía el corazón para nada. Sólo para hacer lo que había decidido hacer. Sin ningún estado de ánimo en concreto. Conociéndome, cuanto menos estado de ánimo tuviera, más posibilidades tendría de llevar a cabo mi plan.

Estaba reventado. La muerte de Mavros se hacía sitio en mí. Fríamente. Su cadáver empezaba a yacer en mi cuerpo. Yo era su sarcófago. Dormir una hora había evacuado todo el aluvión de sentimientos en que me había sumergido al ver su cara por última vez.

Con un gesto firme, Hélène Pessayre descubrió el rostro de Mavros. Hasta la barbilla. Me echó una mirada furtiva. Identificarlo era justo una formalidad. Me incliné lentamente sobre el cuerpo de Georges. Con la punta de los dedos le acaricié con ternura el pelo grisáceo y le besé en la frente.

—Hasta luego, colega —dije apretando los dientes. Hélène Pessayre me cogió del brazo y me llevó rápidamente hacia la otra punta de la sala.

—¿Tiene familia?

Angélica, su madre, se había vuelto para Nauplia, en el sur del Peloponeso, tras la muerte de su marido. Panayotis, su hermano mayor, llevaba veinte años en Nueva York. No se habían vuelto a ver. Andreas, el más joven de los tres, vivía en Fréjus. Pero Georges estaba enfadado con él desde hacía diez años. Él y su mujer habían pasado de votar socialista en el 81 a votar al RPR y, por último, al Frente Nacional. En cuanto a Pascale, no tenía ganas de llamarla. Ni siquiera sabía si guardaba su número de teléfono. Salió de la vida de Mavros y de la mía al mismo tiempo.

—No —mentí—. Yo era su único amigo.

El último.

En ese momento, no tenía a nadie en Marsella a quien pudiera llamar. Por supuesto, quedaban unas cuantas personas a las que tenía aprecio, como Didier Pérez y algún otro. Pero nadie a quien poder decir: «Te acuerdas...». La amistad era eso,

esa suma de recuerdos comunes que se pueden poner encima de la mesa acompañados de una buena lubina a la plancha con hinojo. Sólo el «Te acuerdas» le permite a uno confiar su vida más íntima, esos vericuetos donde reina la confusión.

A Mavros, durante años, lo había cebado con mis dudas, mis miedos, mis angustias. Él me mareaba a diario con sus certidumbres, sus opiniones cuadriculadas y su optimismo inquebrantable. Y cuando habíamos vaciado una o dos botellas de vino, según el estado de ánimo, llegábamos siempre a la misma conclusión: cogieras la vida por donde la cogieras, te encontrabas invariablemente en ese punto en el que las alegrías y las penas no eran más que una eterna lotería.

Una vez en el Centre-Bourse, hice como tenía previsto. Encontré sitio sin mayor problema en la segunda planta. Luego cogí la escalera mecánica que llevaba al centro comercial. El aire acondicionado me sorprendió agradablemente. A gusto me habría quedado allí el resto de la tarde. Había público. El mistral había echado a los marseleses de las playas, y cada cual mataba el tiempo como podía. Sobre todo los jóvenes. Que podían estar un rato controlando chicas y les salía más barato que una entrada de cine. Me había apostado que uno de los hombres que hacen el trabajo sucio de la Mafia me seguiría. Y también me había apostado que no le haría ninguna gracia verme dando vueltas por las rebajas de verano. Así que, después de pasearme un ratito entre camisas y pantalones, cogí la escalera que conducía a la segunda planta. Allí, una pasarela mecánica empalmaba con la rue Bir-Hakeim y la rue Des Fabres. Otra escalera te sacaba hasta la Canebière. Hice el recorrido de la manera más distraída posible.

La parada de taxis estaba a dos pasos, y cinco taxistas de pie delante cada uno de su taxi, deseosos de ver llegar a un cliente.

—¿Ha visto usted? —me soltó un taxista señalándome el parabrisas.

Un fino hollín se había depositado en el cristal. Entonces me di cuenta de que caían copos de ceniza. El fuego debía de ser enorme.

—Mierda de fuego —dije.

—¡Mierda de mistral, sí! Se está quemando todo y no hay nada que hacer. No sé la cantidad de bomberos que han mandao, y de servicios de socorro. Mil quinientos, u ochocientos... Pero es que, joder, hay fuego por todos laos. Que dicen que está llegando hasta Allauch.

—¡A Allauch!

Era otro municipio colindante con Marsella. Un millar de habitantes. El fuego estaba abrasando el cinturón verde de la ciudad, llevándose el bosque por delante. Y se iba a encontrar con otros cuantos pueblos por el camino. Simiane, Mimet...

Y encima están todos intentando salvar a la gente y las casas.

Siempre la misma historia. Los esfuerzos de los bomberos, el agua que soltaban los hidroaviones —eso, si podían volar—, daban prioridad a la protección de chalets,

de urbanizaciones. Cabía preguntarse por qué no había una ley estricta. A la que someterse los constructores. Contraventanas macizas. Barreras nebulizadoras. Depósitos de agua. Zonas cortafuegos. A veces, ni los coches de bomberos podían pasar entre las casas y los focos de fuego.

—¿Qué dicen del mistral?

—Que tendría que bajar esta noche. Aflojar un poco, hostia, a ver si es verdad.

—Pues sí —dije pensativo.

Tenía la cabeza puesta en el fuego, por supuesto. Pero no sólo en el fuego.

—No se puede saber, Fabio —me dijo Félix.

Félix se quedó sorprendido de verme aparecer. Sobre todo por la tarde. Iba a visitarle cada quince días. Normalmente al irme del bar de Fonfon. Me venía a tomar el aperitivo con él. Charlábamos un par de horas. La muerte de Céleste le había dejado hecho polvo. Al principio, creímos que Félix iba a dejarse morir. No comía nada y se negaba a salir. No le apetecía ni ir a pescar, y eso sí que era mala señal.

Félix era sólo pescador de domingos. Pero pertenecía a la cofradía de pescadores del Vallon-des-Auffes. Una cofradía de italianos, de la región de Rapallo, Santa Margerita y María del Campo. Y era, con Bernard Grandona y Gilbert Georgi, uno de los artífices de la fiesta del patrón de los pescadores. San Pedro. El año pasado, Félix me había llevado en su *pointu*, para asistir a la ceremonia a la altura del gran dique. Sirena, lluvia de pétalos y flores en memoria de los que murieron en la mar.

Honorine, amiga de la infancia de Céleste, y también Fonfon tomaron el relevo para hacerle compañía a Félix. Le invitábamos a comer los fines de semana. Iba a buscarlo y me lo traía. Y un domingo por la mañana llegó a venir en barco hasta mi casa. Traía lo que acababa de pescar. Una buena pesca. Doradas, jureles.

—¡Pero cojones, si aún no has encendido ni el fuego!

Para mí, ese momento fue más emocionante que el día de la fiesta de San Pedro. Una fiesta de la vida sobre la muerte. Lo mojamos como Dios manda y, por enésima vez, Félix nos contó que, cuando su abuelo quiso casarse, se había ido hasta Rapallo a buscar mujer. Antes de que terminara de contarle, Honorine y yo gritamos a coro:

—¡Y en barco de vela, faltaría más!

Nos miró alucinado.

—Estoy chocho, ¿no?

—Que no, Félix, que eso no es chochar, anda. Que los recuerdos se pueden contar cien veces. Es lo más bonito de la vida. Se comparten y aún mejor.

Y uno y otro desgranaron los suyos. La tarde fue pasando, y también unas cuantas botellas de blanco de Cassis. Un Fontcreuse que guardaba yo para las grandes ocasiones. Luego, irremediabilmente, hablamos de Manu y de Ugo. Desde los quince años íbamos por el restaurante de Félix. Félix y Céleste nos alimentaban a base de

pizzas con *figatelli*, de espaguetis con almejas y de lasaña con requesón. Y allí fue donde, de una vez por todas, aprendimos lo que era una auténtica bullabesa. Ni siquiera Honorine llegaba, en ese plato concreto, a superar a su amiga Céleste. A Manu lo mataron saliendo del bar de Félix, hace cinco años. Pero nuestros recuerdos sabían pararse justo antes de ese momento. Manu y Ugo seguían estando vivos. Pero no estaban con nosotros, eso era todo, y los echábamos de menos. Como a Lole.

Félix se puso a cantar *Maruzzella*, la canción favorita de mi padre. Repetimos el estribillo todos a coro, y cada uno se permitió llevar sus lágrimas hasta aquellos seres queridos que ya no estaban. *Maruzzella, oh, Maruzzella...*

Félix me miró con el mismo miedo en los ojos que podían tener Fonfon y Honorine cuando adivinaban que había problemas gordos planeando sobre mi cabeza. Estaba asomado a la ventana cuando llegué, con la mirada puesta en el mar, su colección de *Pieds-Nickelés* junto a él encima de la mesa. Félix sólo leía eso, y los releía sin parar. Y cuanto más pasaba el tiempo, más se parecía a Ribouldingue, por lo menos en la barba.

Estuvimos hablando del fuego. En Vallon-des-Auffes también llovían pequeñas cenizas. Y Félix me confirmó que el incendio se había desplazado hacia Allauch. Según la mismísima opinión del jefe de bomberos del Departamento, aquello podía ser ya una catástrofe.

Trajo dos cervezas.

—¿Te pasa algo? —me preguntó.

—Sí —respondí yo—. Grave.

Y le conté toda la historia.

De la Mafia, de los matones, Félix sabía un rato. Uno de sus tíos por parte de su mujer había sido pistolero del propio Guérini. El jefe incontestable de la Mafia marsellesa después de la guerra. Llegué lo más suavemente posible a Sonia. Y después a Mavros. A su muerte. Luego le expliqué que, en lo más alto de la escala, estaba en juego la vida de Fonfon y de Honorine. Me dio la impresión de que las arrugas se le hicieron más profundas.

Le expliqué entonces cómo había llegado hasta él. Las precauciones que había tenido que tomar para esquivar a los asesinos. Se encogió de hombros. Apartó su mirada de la mía para reposarla en el pequeño puerto del Vallon-des-Auffes. Estábamos lejos del tumulto del mundo. Un remanso de paz. Como en Les Goudes. Uno de esos lugares desde los que Marsella se reinventa gracias a esa mirada que le dedicamos.

Unos versos de Louis Brauquier se pusieron a cantar en mi cabeza:

*Je suis en marche vers les gens de mon silence
Lentement, vers ceux près de qui je peux me taire;
Je vais venir de loin, entrer et puis m'asseoir.
Je viens chercher ce qu'il me faut pour repartir.*^[7]

Félix volvió de nuevo la mirada hacia mí. Tenía los ojos ligeramente enturbiados, como si hubiera llorado por dentro. No hizo ningún comentario.

—¿Y dónde intervengo yo en todo esto? —se limitó a preguntar.

—Se me había ocurrido que la manera más segura de encontrarme con Babette sería en el mar. Tengo a esos tíos plantados en la puerta de mi casa. Si saco el barco, por la noche, no se me van a poder pegar al culo, esperarán a que vuelva. La otra noche fue así.

—Ya.

—Le digo a Babette que venga aquí. La llevas hasta Frioul. Y yo me uno a vosotros allí. Llevo comida y bebida.

—¿Crees que aceptará?

—¿Qué? ¿Venir aquí?

—No, lo que tú tienes en mente. Que renuncie a publicar la investigación... En fin, todas esas cosas que comprometen a tantísima gente.

—No sé.

—De todas maneras, qué más da. La matarán igual, y a ti también. Mira, ese tipo de gente...

Félix no había podido comprender nunca cómo uno puede convertirse en un asesino. Un asesino profesional. Me había hablado muchas veces de eso. De su relación con Charles Sarténe. El Tío. Como le llamaban en su familia. Un tipo adorable. Amable. Atento. Félix tenía maravillosos recuerdos de la reuniones familiares con el Tío presidiendo la mesa. Siempre muy elegante. Y siempre con los niños en las rodillas. Un día, unos años antes de su muerte, el Tío le dijo a uno de sus sobrinos que quería ser periodista:

—¡Ay, hijo mío!, si fuera más joven, iba yo mismo al *Provençal*, me subía al piso de arriba y mataba a uno o dos periodistas. Ibas a ver qué pronto te contrataban.

Todo el mundo se echó a reír. Félix, quien entonces debía de andar por los diecinueve años, no se había olvidado en la vida de esas palabras. Ni de las risas que siguieron. Se negó a ir al entierro del Tío, y eso le valió la enemistad para siempre con la familia. No se arrepintió nunca.

—Ya lo sé —dije—. Pero tengo que correr ese riesgo, Félix. Una vez que haya hablado con Babette, ya veré lo que hago. Y no actuaré solo —añadí para tranquilizarlo—. He hablado de esto con un policía...

Miedo y rabia se mezclaron en sus ojos.

—¿Quieres decir que se lo has contado a la policía?

—No a la policía. A un policía. Una mujer. La que está investigando la muerte de Sonia y de Mavros.

Se encogió de hombros, como hacía un rato. Con mayor hastío, si cabe.

—Si la policía está involucrada, yo no valgo, Fabio. Eso lo complica todo y aumenta los riesgos. Joder, ya lo sabes, aquí...

—Un momento, Félix. Tú me conoces, ¿no? Vale. La policía es para luego. Cuando haya visto a Babette. Cuando decidamos lo que hacemos con los documentos. En este momento, esa mujer, la comisaria, ni siquiera sabe que Babette va a venir. Ella está como los asesinos, esperando. Todos están esperando a que me reúna con Babette.

—De acuerdo —dijo.

Volvió a mirar por la ventana. Los copos de ceniza se habían vuelto más espesos.

—Hacía mucho que no nevaba por aquí. Y hoy tenemos esto. Mierda de fuego.

Volvió los ojos hacia mí y luego hacia uno de los *Pieds-Nickelés* que tenía abierto.

—De acuerdo —volvió a decir—. Pero se tiene que parar este puto mistral. Si no, no se puede salir.

—¿Podrías quedar aquí?

—No, Félix. La jugada del Centre-Bourse ya no la puedo volver a hacer. Ni esa ni ninguna otra. Ya no se van a fiar. Y eso sí que no. Necesito que se fíen de mí.

—¡Estás tonto o qué!

—No de tener confianza, hostia, ya me entiendes, Félix. Que lleve un juego limpio. Que tengan de verdad la sensación de que soy un auténtico gilipollas.

—Vale —dijo pensativo—, vale. Dile a Babette que venga. Se puede quedar a dormir aquí. Hasta que afloje el mistral. Cuando veamos que podemos salir, llamo a Fonfon.

—Me llamas.

—No, a tu casa no. Llamo a Fonfon, al bar. Dile a Babette que venga cuando quiera.

Me levanté. Él también. Le pasé el brazo por el hombro y le apreté contra mí.

—Va a salir bien —murmuró—. Venga, ya nos las apañaremos. Siempre nos las hemos apañado.

—Ya lo sé.

Lo tenía abrazado y no se me despegaba. Había entendido que todavía tenía algo que pedirle. Me imaginaba que se le estaba haciendo un nudo en el estómago, porque yo sentía lo mismo, en el mismo sitio.

—Félix —dije yo—. ¿Guardas todavía la pistola de Manu?

El olor a muerte invadió la habitación. Conocí el sentido exacto de la expresión

«un silencio de muerte».
—La necesito, Félix.

Donde la inminencia de un acontecimiento crea una especie de vacío que atrae

Llamaron por teléfono uno detrás de otro. Primero Hélène Pessayre, luego el asesino. Yo había llamado a Babette antes. Pero desde casa de Fonfon. Félix me había puesto la mosca detrás de la oreja diciéndome que me llamaría al bar de Fonfon y no a mi casa. Hacía bien, podía tener el teléfono pinchado. Hélène Pessayre era capaz de hacerlo. Y si tenía a la policía enganchada a mi teléfono, todo lo que pudiera soltar acabaría por llegar a oídos de los mañosos. Bastaba con pagar, como ya dijo Fargette durante años. Bastaba con poner un precio. Y para los que tenía plantados delante de la puerta, el precio no parecía ser el problema.

Intenté localizar de un vistazo rápido en la calle a los asesinos y a la policía. Pero no vi ningún Fiat Punto ni ningún Renault 21. Daba igual, seguro que estaban por ahí cerca.

—¿Puedo hacer una llamada? —le dije a Fonfon al entrar al bar.

Estaba completamente absorbido por la realización de mi plan. Aun cuando después de ver a Babette, de haber hablado con ella, siguiera encontrándome en la oscuridad total. La inminencia de su llegada era un vacío hacia el que sentía la obligación de precipitarme.

—Bueno, pues vale —refunfuñó Fonfon—, aquí como en Correos, pero con la llamada gratis y el pastis de regalo.

—¡Venga ya, Fonfon! —grité mientras marcaba el número de Bruno en Les Cévennes.

—¡Cómo que venga ya! Eres como una corriente de aire. Joder, vas más deprisa que el mistral. Y cuando llegas, nada. No cuentas nada de nada. Lo único que está claro es que vas dejando muertos por donde pisas. ¡La hostia, Fabio!

Volví a colgar suavemente el teléfono. Fonfon había puesto dos pastis, en vasos de chupito. Me acercó el suyo, brindó con el mío y se lo bebió sin esperarme.

—Cuanto menos sepas... —dije.

Explotó.

—¡Pues no, señorito! ¡De eso nada! ¡Y hoy menos aún, se acabó! ¡Me lo cuentas, Fabio! Porque le he visto el careto al tipo que merodea en el Fiat Punto. Cara a cara.

¿Sabes cómo te digo? Nos hemos cruzao. Iba a comprar tabaco al bar de Michel. Y me ha mirao, y no te digo cómo.

—Uno de los de la Mafia.

—Sí... Pero lo que quiero decir es que... ese careto yo ya lo había visto antes. Y no hace mucho.

—¡Cómo! ¿Por aquí?

—No, en el periódico. Venía la foto.

—¿En el periódico?

—¿Qué te pasa, Fabio? Cuando lees el periódico, ¿no te fijas en las fotos, o qué?

—Pues claro que sí.

—Pues eso, que había una foto suya, Ricardo Bruscati. Riccie para los amigos. Volvieron a sacarlo a relucir cuando pasó todo el follón del libro de Yann Piat.

—¿Y a cuento de qué exactamente, te acuerdas?

Se encogió de hombros.

—Y qué coño voy a saber yo. Pregúntale a Babette, seguro que lo sabe —soltó a mala idea, mirándome a los ojos.

—¿Por qué hablas ahora de Babette?

—Porque todo este fregao te lo ha montao ella, ¿es verdad o no? Honorine encontró por ahí la nota que te escribió con los disquetes. Te la habías dejado encima de la mesa. Y la leyó.

Los ojos de Fonfon brillaban de rabia. Nunca lo había visto así. Gritando, echando pestes, jurando, eso sí. Pero con esa rabia en los ojos, nunca.

Se inclinó hacia mí.

—Fabio —empezó a decir; se le había suavizado el tono, pero seguía siendo firme—, si sólo estuviera yo..., me importaría un carajo, pero está Honorine. Y no quiero que le pase nada, ¿entiendes?

Me dio un vuelco el corazón. De tanto amor.

—Ponme otro —es lo único que se me ocurrió decir.

—Te lo voy a decir sin maldad. Los rollos de Babette son suyos y punto. Y tú ya eres mayorcito para hacer las tonterías que te dé la gana. No voy a ser yo quien te diga lo que tienes que hacer. Pero como esos tíos le toquen un pelo a Honorine...

No terminó la frase. Sólo hablaron sus ojos, mirándome fijamente, para decir eso, lo informable para él: me hacía responsable de todo lo que pudiera pasarle a Honorine. Sólo a ella.

—No le pasará nada, Fonfon. Te lo juro. Y a ti tampoco.

—Bueno —dijo no muy convencido.

Pero aun así brindamos. Y esta vez de verdad.

—Te lo juro —repetí.

—Bueno, pues no se hable más —dijo.

—Sí que lo tenemos que hablar. Llamo a Babette y te cuento.

Babette aceptó venir. Hablar. Mi plan le parecía bien. Pero, por el tono de voz, adiviné que hacerle renunciar a publicar la investigación no iba a ser coser y cantar. No nos dedicamos a hacernos reproches. Lo importante era poder decirse las cosas cara a cara.

—Tengo novedades —dijo Hélène Pessayre.

—Yo también. Le escucho.

—Mis hombres han identificado a uno de los tipos.

—Ricardo Bruscati. Yo también.

Silencio del otro lado.

—Le impresiona, ¿eh? —dije divertido.

—Bastante.

—Yo también he sido policía.

Intenté imaginarme la cara que ponía en ese momento. La decepción que podría leerse en ella. No creo que le hiciera mucha gracia a Hélène Pessayre que la pillaran de improviso.

—¿Hélène?

—Sí, Móntale.

—¡No ponga esa cara, mujer!

—¿Pero ahora de qué va?

—Que es casualidad lo de Ricardo Bruscati. Es mi vecino Fonfon el que lo ha reconocido. Había visto su foto recientemente en el periódico. Y ya no sé mucho más. O sea que le escucho.

Se aclaró la garganta. Todavía estaba un poco mosqueada.

—Pues no es lo mejor que nos puede pasar.

—¿El qué?

—Que el segundo hombre sea Ricardo Bruscati.

—Bueno, por lo menos sabemos con quién estamos tratando, ¿no?

—No. Bruscati es un hombre del Var. No es conocido por ser un asesino sanguinario. Es un pistolero, no un as del cuchillo. Nada más. Un asesino que se dedica a hacer ciertas limpiezas. Sólo eso.

Ahora era yo el que guardaba silencio. Estaba viendo adonde quería ir a parar.

—Hay otro hombre, ¿es eso? Un auténtico asesino de la Mafia, ¿no?

—Sí.

—Que se debe de estar tomando unas cañas, sin inmutarse, en la terraza del New York.

—Exactamente. Y han contratado a Bruscati, que tampoco se puede decir que sea un novato, o lo que es lo mismo: que no están dispuestos a regalar nada.

—¿Está involucrado Bruscati en el asesinato de Yann Piat?

—Que yo sepa, no. Incluso tengo mis dudas. Pero formó parte de los que reventaron el mitin de Yann Piat el 16 de marzo de 1993, en L’Espace 3000 en Fréjus. ¿Se acuerda?

—Sí, a golpe de gases lacrimógenos. Fue Fargette el que dio la orden. Yann Piat no cuadraba con sus objetivos políticos.

Había leído eso en la prensa.

—Fargette —continuó ella— seguía teniendo en el punto de mira al candidato del UDF. Con el visto bueno del Frente Nacional. Coordinaría bajo manga el servicio de seguridad en la región, desde Marsella hasta Niza. Reclutador, formador... Hay un archivo sobre todo eso en el disquete blanco.

Ese archivo lo había estado mirando por encima. Parecía no contener mucho más que cosas que ya había leído en la prensa. Era más un recordatorio de asuntos del Var que un documento explosivo. Pero me había detenido unos minutos en la relación del Frente Nacional con Fargette. Una transcripción de escuchas telefónicas entre el capo marsellés Daniel Savastano y él. Me acordé de una frase: «Es gente que quiere trabajar, que quiere poner orden en la ciudad. Le dije, si tienes amigos que tienen empresa o así, intentaremos darles trabajo...».

—¿A Fargette podría haberlo matado Bruscati?

Fargette había sido asesinado al día siguiente de aquel mitin, en su casa en Italia.

—Eran cuatro.

—Ya, ya lo sé. Pero...

—¿Y para qué vamos a andarnos con suposiciones? Hay que creer que Bruscati, después del asesinato de Yann Piat, se ha cargao a un mogollón de tipos. Estorbos.

—¿Estorbos de qué clase?

—Del tipo Michel Régnier.

Solté un silbido. Después de la muerte de Fargette, Régnier había sido considerado como el padrino del sur de Francia. Un padrino salido del mundo del hampa local, no de la Mafia. Lo acribillaron a balazos delante de su mujer el 30 de septiembre de 1996. El día de su cumpleaños.

—Ésa es la información esencial para mí, con la presencia de Bruscati. Si está aquí hoy, es a cuenta de la Mafia. Lo que quiere decir que ha cogido, y de qué manera, el control económico de la región. Creo que ésa es una de las tesis de la investigación de su amiga. Que pondría término a todas las especulaciones sobre la guerra de «clanes».

—¿Económico y no político?

—Todavía no me he atrevido a abrir el disquete negro.

—Sí, pero cuanto menos sepamos... —dije yo una vez más de manera mecánica.

—¿De verdad lo cree?

Me parecía estar oyendo a Babette.

—Yo no creo nada, Hélène. Lo único que digo es que están los que están muertos y los que están vivos. Y que dentro de los muertos, están los que han financiado la muerte de los otros. Y que la mayoría se encuentran todavía en libertad. Y que continúan haciendo negocios. Actualmente con la Mafia, como lo hacían ayer con el hampa marsellesa y del Var. ¿Me sigue?

No contestó. La oí encenderse un cigarrillo.

—¿Alguna novedad sobre su amiga Babette Bellini?

—Creo que la he localizado —mentí con voz segura.

—Yo tengo paciencia. Ellos seguramente no. Espero su llamada... Por cierto, Múltale, he cambiado al equipo cuando se marchó del Centre-Bourse. Como iba usted a su casa, no nos hemos querido arriesgar a que nos localizaran. Ahora es un Peugeot 304 blanco.

—Precisamente —dije—. Tenía que pedirle un favor.

—Dígame.

—Ya que dispone usted de medios, querría un servicio de vigilancia permanente en casa de Honorine y en el bar de Fonfon, que está a dos pasos de allí.

Un silencio.

—Tengo que pensarlo.

—Hélène, no le voy a hacer chantaje. Esto por esto. No es mi estilo. Si las cosas se ponen mal... Hélène, no quiero tener que abrazar sus cadáveres. Los quiero más que a nada en el mundo. No tengo a nadie más, ¿lo entiende?

Cerré los ojos para pensar en ellos, en Fonfon y en Honorine. La cara de Lole se sobrepuso encima de las suyas. La quería también más que a nada en el mundo. Ya no era mi chica. Vivía lejos de aquí, con otro hombre. Pero al igual que Fonfon y Honorine, seguía formando parte de lo esencial en mi vida. El sentido del amor.

—De acuerdo —dijo Hélène Pessayre—. Pero no antes de mañana por la mañana.

—Gracias.

Iba a colgar.

—Múltale.

—Sí.

—Espero que acabemos pronto con esta historia tan fea. Y... Y que... salgamos de ésta siendo amigos. Quiero decir... que tenga usted ganas de invitarme a su casa con Honorine y Fonfon.

—Así lo espero, Hélène. De verdad. Me gustaría mucho invitarla.

—Cuídese mientras tanto.

Y colgó. Demasiado deprisa. Me dio tiempo justo a oír el leve pitido que hubo después. Tenía el teléfono pinchado. ¡La muy perra!, dije, pero sin que me diera tiempo a pensar en otra cosa ni a saborear sus últimas palabras. El teléfono volvía a

sonar y, estaba seguro, la voz de mi interlocutor no iba a ser tan turbadora como la de H el ene Pessayre.

—¿Algo nuevo, M ontale?

Había decidido adoptar un perfil bajo. Ningún comentario. Nada de humor. Obediente. Tipo gilipollas de rodillas, al límite de sus fuerzas.

—S , he contactado con Babette por teléfono.

—¿Estabas hablando con ella ahora?

—No, con la policía. Ya no me dejan en paz. Dos cadáveres de gente cercana a mí es demasiado para ellos. Intentan sacarme cosas.

—Ya. Pues es tu problema.  Cu ndo has llamado a la remuevemierda?  En la escapadita de hoy por la tarde?

—S , así es.

—¿Seguro que no está aquí en Marsella?

—Quiero ir de legal. Puede que venga en un par de días.

Guard  un tiempo de silencio.

—Dos días, M ontale, no te doy más. Tengo otro nombre en la lista. Y no le va a hacer ni puta gracia a tu encantadora comisaria, seguro.

—Ok.  Y cómo hacemos cuando llegue?

—Ya te lo dir . Y dile a tu amiguita que no se venga con las manos vacías,  eh, M ontale? Que nos tiene que devolver unas cuantas cosas. Ya te habías dao cuenta,  no?

—Ya lo he hablado con ella.

—Muy bien. Vas haciendo progresos.

— Y lo demás?  La investigación?

—Lo demás nos la suda. Que escriba lo que quiera y donde le salga. No le van a hacer ni puto caso. Como de costumbre.

Se descojon  y luego la voz se le volvió a poner tan cortante como el cuchillo que manejaba con destreza.

—Dos días.

El contenido del disquete negro. Era lo único que les interesaba. Ese que ni H el ene Pessayre ni yo nos habíamos atrevido a abrir. En el documento que había empezado a redactar, Babette explicaba: «Los circuitos de blanqueo de dinero siguen siendo los mismos y pasan en esta región por ser “comités de negocios”. Una especie de mesa redonda que reúne a políticos con capacidad de decisión, empresarios y representantes locales de la Mafia». Daba la lista de un cierto número de «sociedades mixtas» creadas por la Mafia y gestionadas por las autoridades.

—Otra cosa, M ontale. No vuelvas a hacerme la jugadita de esta tarde,  vale?

—Entendido.

Le dejó que colgara. Hubo el mismo pitido de antes. Se imponía un pastis. Y un

poco de música. Un buen viejo Nat King Colé. *The Lonesome Road*, sí, con Anita O'Day como artista invitada. Sí, eso era lo que necesitaba antes de juntarme con Fonfon y Honorine. De menú Honorine nos había anunciado relleno de verduras. El sabor del calabacín, el tomate o la berenjena preparados de ese modo mantendría un poco la muerte a distancia. Esa noche más que nunca, necesitaba la presencia de ellos dos.

Donde, aun involuntariamente, la partida se juega en el tablero del Mal

Fue en la comida cuando empecé a albergar dudas.

Los rellenos de verduras estaban, no obstante, deliciosos. Había que reconocer que Honorine tenía una habilidad especial para hacer que la carne y la verdura quedaran tiernas. Una diferencia fundamental con respecto a los rellenos que te daban en los restaurantes. La carne estaba siempre un poco demasiado hecha por encima. Excepto quizás en el Sud du Haut, un pequeño restaurante del cours Julien en el que todavía se hacía comida casera.

A pesar de todo, mientras comía, no pude evitar darle vueltas a la situación en la que me encontraba. Por primera vez en mi vida estaba viviendo con dos matones y dos policías enfrente de mi ventana. El Bien y el Mal aparcados en la zona de estacionamiento autorizado de la puerta de mi casa. En perfecto statu quo. Y yo en medio. A modo de chispa capaz de hacer saltar todo por los aires. ¿Era ésa la chispa en la que había estado pensando desde que se había ido Lole? ¿Convertir mi muerte en esa última chispa? Empecé a sudar. Si Babette y yo conseguíamos escapar al cuchillo del asesino, la pipa de Bruscati acertaría seguro.

—¿Le pongo un poco más?

Nos habíamos puesto a comer dentro por el mistral. Había aflojado, en efecto, pero todavía soplaba a grandes ráfagas. Habían dicho en las noticias que el fuego se estaba propagando por todos los alrededores de Marsella. En una sola jornada, dos mil hectáreas de pino carrasco y de monte bajo se habían convertido humo. Un drama. El fuego se había llevado por delante repoblaciones de tan sólo veinticinco años. Habría que empezar desde el principio. Se hablaba ya de trauma colectivo. Y el debate estaba en plena efervescencia. ¿Tenía Marsella que instaurar una zona cortafuegos a lo largo de los dieciocho kilómetros de límite entre el monte y el área urbana? Una zona plantada de almendros, olivos y viñedos. Sí, pero ¿quién pagaba? Siempre volvíamos a las mismas en esta sociedad. A la pasta. Incluso en las peores circunstancias. A la pasta. La pasta lo primero.

Cuando nos íbamos a comer los quesos, nos dimos cuenta de que estábamos cortos de vino y Fonfon dijo que iba al bar a por más.

—Ya voy yo —le dije.

Había algo que no me cuadraba y quería tenerlas todas conmigo. Aunque no me fuera a hacer mucha gracia. No acababa de creerme que Hélène Pessayre me hubiera pinchado el teléfono. Por supuesto que la creía capaz, pero no cuadraba con lo que me había dicho antes de colgar. Esa posible amistad de la que había hablado. Pero sobre todo, como buena profesional que era, no habría colgado la primera.

En el bar de Fonfon, agarré el teléfono y marqué el número de móvil de Hélène Pessayre.

—Sí —dijo.

Música de fondo. Un cantante italiano.

*un po' di là del mare c'è una terra chiara
che di confini e argini non sa*

—Soy Móntale, ¿molesto?

un po' di là del mare c'è una terra chiara

—Acabo de salir de la ducha.

Una serie de imágenes desfilaron por mis ojos al instante. Carnales. Sensuales. Por primera vez me sorprendía a mi mismo pensando en Hélène Pessayre con deseo. No me era indiferente, ni mucho menos —y yo lo sabía—, pero nuestra relación era tan compleja, tan tensa por momentos, que no dejaban lugar a los sentimientos. Al menos eso creía yo. Hasta ese momento. Mi sexo me acompañó con esas imágenes furtivas. Sonreí. Estaba redescubriendo el placer de empalmarme al evocar un cuerpo femenino.

—¿Móntale?

Nunca he sido *voyeur*, pero me encantaba sorprender a Lole saliendo de la ducha. En ese momento en que se estiraba para coger una toalla y envolver dentro su cuerpo. Ofreciéndome únicamente a la vista las piernas y los hombros en los que todavía destellaban algunas gotas de agua. Yo siempre tenía algo que hacer en el baño en el momento en que oía parar el grifo. Esperaba a que se recogiera el pelo en la nuca para acercarme. Era, sin duda, uno de los momentos en que más la deseaba. Fuera la hora que fuera. Me gustaba su sonrisa cuando nuestras miradas se cruzaban en el espejo. Y el escalofrío que la recorría cuando le ponía los labios en el cuello. Lole.

un po' di là del mare c'è una terra sincera

—Sí —dije yo, intentando que mis ideas y mi sexo entraran en razón—. Tengo

una pregunta que hacerle.

—Muy importante tiene que ser —contestó riéndose—, vista la hora que es.

Bajó el sonido.

—Es muy serio, Hélène. ¿Me ha pinchado usted el teléfono?

—¡Qué!

Ya tenía la respuesta. Era no. No era ella.

—Hélène, me han pinchado el teléfono.

—¿Desde cuándo?

Me subió un escalofrío por la espalda. Porque no me lo había planteado. ¿Desde cuándo? Si era desde esta mañana, Babette, Bruno y familia estaban en peligro.

—No lo sé. Me he dado cuenta esta noche. Cuando he hablado con usted.

Después de hablar con Babette, ¿quién había colgado antes, ella o yo? Ya no me acordaba. Tenía que acordarme. La segunda colgué yo. La primera... La primera, ella. «¡Vete a tomar por saco!», había dicho. No, no había oído ese pitido tan peculiar. Estaba seguro. Pero ¿podía estar seguro de mí mismo? Sinceramente, no. Tenía que llamar a Le Castellás. De inmediato.

—¿Ha llamado a su amiga Babette Bellini desde su casa esta noche?

—No, esta mañana. Hélène, ¿quién puede estar detrás de las escuchas?

—No me había dicho que sabía dónde estaba.

Esta mujer era implacable. Aun desnuda envuelta en una toalla.

—Le dije que la había localizado.

—¿Y dónde está?

—En Les Cévennes. Y estoy intentando convencerla de que se venga a Marsella. ¡Hélène, hostias, que esto es grave!

Me estaba poniendo nervioso.

—¡No se ponga tan nervioso cuando le pillan en una, Mántale! Podríamos haber estado allí en tres horas.

—Sí, ¿y qué habría sido —grité—, un desfile de coches o qué? ¡Usted, yo, los matones, más maderos, más matones... ¡Haciendo el trenecito, como esta mañana, cuando me he ido de la sala de boxeo de Mavros!

No respondió.

—Hélène —dije más suavemente—, no es falta de confianza. Pero no puede estar segura de nada ni de nadie. Ni de los de su propia jerarquía. Ni de los polis que trabajan con usted. La prueba es que...

—¡Pero a mí, coño, a mí! —gritó a su vez—. Me lo podía haber dicho, ¿no?

Cerré los ojos. Las imágenes que me bailaban en la cabeza ya no eran las de Hélène Pessayre saliendo de la ducha, sino las de la comisaria que me había metido un bofetón esta mañana.

No hacía muchos progresos, ella tenía razón.

—No ha contestado a mi pregunta. ¿Quién puede ser dentro de la policía?

—No lo sé —dijo más tranquila—, no lo sé.

Hubo un pesado silencio.

—¿Quién es el cantante que sonaba? —pregunté para relajar el ambiente.

—Gian Maria Testa. Está bien, ¿eh? —respondió con dejadez—. Móntale —añadió casi con determinación—, voy a ir a verle a su casa.

—Pues menudo cachondeíto que va haber —dije bromeando.

—¿Prefiere que le convoque en la comisaría?

Puse encima dos litros de tinto, de la denominación Villeneuve Flaysoc, en Roquefort-la-Bédoule. Un vino que nos había descubierto Michel, un amigo bretón, el invierno pasado. Château-les-Mûres. Una auténtica obra maestra del gusto.

—Que casi se nos muere de sed el pobre —dijo Honorine.

Sólo para hacerme ver que había tardado mucho.

—¿Te has perdido en la bodega o qué? —insistió Fonfon.

Serví primero sus vasos y luego el mío.

—Tenía que hacer una llamada.

Y antes de que hicieran ningún comentario, añadí:

—Tengo el teléfono de casa intervenido. La policía. Y tenía que volver a llamar a Babette.

Babette había salido por la tarde, me dijo Bruno. Para dormir en Nîmes, en casa de unos amigos suyos. Tenía que coger el tren para Marsella al día siguiente, a última hora de la mañana.

—¿Por qué no os vais de vacaciones, Bruno? Tú y tu familia. Una temporadita.

Volví a pensar en Mavros. Le había dicho exactamente lo mismo. Bruno me contestó de manera casi idéntica. Todo el mundo se creía más fuerte que el Mal. Como si el Mal fuera una enfermedad ajena. Cuando, al contrario, nos roía a todos hasta los huesos, de arriba abajo.

—Tengo muchos animales que cuidar...

—Bruno, cojones, por lo menos tu mujer y tus hijos. Estos tíos son capaces de todo.

—Ya lo sé, pero aquí, con los colegas, controlamos todos los accesos de la montaña. Y —añadió tras un silencio—, vamos armados.

Mayo del 68 contra la Mafia. Me imaginaba la película y me quedaba helado de horror.

—Bruno, no nos conocemos. Te tengo afecto. Por todo lo que has hecho por Babette. Tenerla en casa, arriesgarte...

—Aquí no hay peligro —me cortó—. Si tú supieras cómo funciona...

Y empezó a largar sobre el sistema, él y sus seguros a todo riesgo.

—¡Me caguen la leche, Bruno, que estamos hablando de la Mafia!

Yo también le debía de estar rayando, porque abrevió la conversación.

—Vale, Móntale. Ya lo pensaré. Gracias por llamar.

Fonfon se bebió el vino lentamente.

—Yo creía que esa mujer, la comisaria, se fiaba de ti.

—No es ella. No sabe quién ha dado la orden.

—Leches —dijo simplemente.

Adiviné cómo la preocupación se le venía encima. Miró detenidamente a Honorine. Al contrario de lo que acostumbraba, no estaba muy habladora aquella noche. Ella también estaba preocupada. Pero por mí. Yo lo sabía. Yo era el último. Manu. Ugo. El último de los tres. El último superviviente de toda esa mierda que se comía a los chavales que ella había visto crecer, a los que había querido, a los que quería como una madre. Ella no sobreviviría si yo desaparecía. Yo lo sabía.

—Pero ¿en qué historias está metida Babette? —acabó preguntando Honorine.

—Historias con la Mafia. Que se sabe dónde empiezan pero no dónde van a parar.

—¿Todos esos ajustes de cuentas que dicen en la tele?

—Sí, más o menos eso.

Desde la muerte de Fargette, había sido la hecatombe. Bruscati, como bien había dicho Hélène Pessayre, no debía de ser muy ajeno a todo eso. La lista macabra me volvía a la cabeza. Con toda claridad. Estaba Henri Diana, asesinado a bocajarro en octubre de 1993. Noël Dotori, víctima de un fusilamiento en octubre de 1994. Lo mismo que José Ordioni, en diciembre de 1994. Luego, en 1996, Michel Régnier y Jacky Champourlier, los dos fieles lugartenientes de Fargette. La lista se paraba recientemente, con Patrice Meillan y Jean-Charles Taran, uno de los últimos «peces gordos» del hampa del Var.

—En Francia —seguí— se han minimizado durante mucho tiempo las actividades de la Mafia para prestar únicamente atención a las actuaciones del hampa, de los malhechores. Han hecho como que creían en una guerra entre truhanes. Y hoy la Mafia está aquí. Tiene el control de los negocios. Económicamente... políticamente también.

Y con esto, ninguna necesidad de abrir el disquete negro para comprenderlo. Babette escribía: «Ese nuevo paisaje de las finanzas internacionales abona un terreno fértil para la criminalización de la vida política. Se están desarrollando poderosos grupos de presión ligados al crimen organizado que actúan de manera clandestina. En resumen, los sindicatos del crimen ejercen su influencia sobre la política económica de los Estados.

»En los nuevos países de economía de mercado, y evidentemente, pues, en la Unión Europea, diversas personalidades políticas han establecido relaciones de

vasallaje con el crimen organizado. Tanto la naturaleza del Estado como las estructuras sociales están transformándose. En la Unión Europea, esta transformación está lejos de limitarse a Italia, donde Cosa Nostra ha dividido a las cúpulas del Estado...».

Y cuando Babette abordaba la situación concreta de Francia, era aterradora. La guerra contra el Estado de Derecho, con el apoyo de políticos e industriales, abierta de manera violenta porque las implicaciones financieras son enormes, no tendrá piedad. «Ayer —afirmaba ella— se pudo matar a una diputada molesta. Mañana quizás le toque a un alto mandatario del Estado. Un delegado de gobierno, un ministro. Hoy todo es posible».

—No somos nada para ellos. Tan sólo peones.

Fonfon no me quitaba los ojos de encima. Estaba muy serio. Volvió de nuevo la mirada hacia Honorine. Por primera vez los vi tal como eran. Viejos y cansados. Más viejos y más cansados que nunca. Me hubiera gustado que nada de esto existiera. Pero existía. Y nosotros estábamos, sin haberlo deseado, en el tablero del Mal. ¿O quizás lo habíamos estado siempre? Un azar, una coincidencia, nos lo revelaba así. Babette era eso. Ese azar. Esa coincidencia. Y nos convertíamos en peones ya jugados. Hasta la muerte.

Sonia. Georges.

¿Cómo poner fin a todo esto?

Un informe de Naciones Unidas, citado por Babette, decía:

«El refuerzo internacional de los servicios encargados de hacer respetar las leyes no es más que un paliativo. A falta de un progreso simultáneo del desarrollo económico y social, el crimen organizado, a escala global y estructurada, persistirá».

¿Cómo salir de todo esto, nosotros, Fonfon, Honorine, Babette y yo?

—¿No quiere más queso? ¿No está bueno el *provolone*?

—Sí, Honorine, está delicioso. Pero...

—Hala, venga —dijo Fonfon con voz falsamente animada—, un cachito para echarnos otro trago.

Me sirvió con autoridad.

Yo no creía en la casualidad. Ni en las coincidencias. Son sólo la señal de que uno se ha pasado al otro lado de la realidad. Donde no existen apaños con lo insoportable. El pensamiento del uno viene a reunirse con el pensamiento del otro. Como en el amor. Como en la desesperación. Babette se había dirigido a mí por eso. Porque yo estaba preparado para comprenderla. Yo ya no soportaba lo insoportable.

Donde se dice que la venganza no conduce a nada, y el pesimismo tampoco

Estaba perdido en mis pensamientos. Pensamientos sin orden, como de costumbre. Caóticos e irremediabilmente alcoholizados. Me había metido ya dos vasos largos de Lagavulin. El primero casi de un trago al volver a tomar posesión de mi pequeña choza.

Las imágenes de Sonia se difuminaban a una velocidad vertiginosa. Como si no hubiera sido más que un sueño. Hacía tan sólo cuatro días. El calor de su muslo contra el mío, su sonrisa. Aquellos flacos recuerdos se deshilaban. Hasta el gris azulado de sus ojos se difuminaba. La estaba perdiendo. Y Lole, poco a poco, volvía a envolver mi cabeza. Su morada eterna. Sus dedos largos y finos parecían abrir las maletas de nuestra vida en común. Los años pasados volvían a ponerse a bailar en mis ojos. Lole bailaba. Bailaba para mí.

Estaba sentado en el sofá. Ella había puesto *Amor verdadero*, de Rubén González. Con los ojos cerrados, su mano derecha rozándome levemente el vientre, la izquierda levantada, apenas se movía. Sólo sus caderas, balanceándose, daban movimiento a su cuerpo. A todo su cuerpo. Su belleza en ese momento me cortaba la respiración.

Luego, acurrucada contra mí, en ese mismo sofá, aspiraba el aroma de su piel húmeda y el calor de su cuerpo, sólido y frágil a la vez. Un raudal de emoción nos sumergía. Era la hora de las frases breves. «Te quiero... Qué bien estoy aquí... Me siento feliz... ¿Y tú?».

El álbum de Rubén González seguía sonando. *Alto songo, Los Sitio Asere, Pío mentiroso...*

Los meses, las semanas, los días. Hasta las palabras que se buscan, dudan, en frases que se hacen demasiado largas. «Mi deseo es... guardarte en mi corazón. No quiero perderte, no del todo. No deseo más que una cosa, que sigamos estando cerca, que sigamos amándonos...».

Los días y las últimas noches. «Te guardo un gran lugar en mi corazón. Habrá siempre un gran lugar para ti en mi vida...».

Lole. Sus últimas palabras. «No te dejes llevar, Fabio».

Y la muerte que planeaba sobre mí ahora. En lo más cercano a mí. Y su olor tan

presente. El único perfume que me quedaba para acompañar mis noches. El olor a muerte.

Me acabé el vaso, con los ojos cerrados. La cara de Enzo. Sus ojos gris azulados. Los ojos de Sonia. Y las lágrimas de Enzo. Si tenía que matar a ese hijo de puta de degollador, sería por él. No por Sonia. Ni siquiera por Mavros. No. Estaba siendo consciente en este momento. Sería por ese niño. Sólo por él. Por todas esas cosas que no se comprenden a esa edad. La muerte. Las separaciones. La ausencia. Esa injusticia primera que es la ausencia del padre, de la madre.

Enzo, Enzo, mi niño. ¿De qué servirían las lágrimas si no encontrasen una razón de ser en el corazón del otro? En el mío.

Acababa de llenarme el vaso otra vez cuando Hélène Pessayre llamó a la puerta. Casi se me había olvidado que iba a venir. Estaban a punto de dar las doce de la noche.

Hubo un momento de incertidumbre entre nosotros. Duda entre si darnos la mano o darnos un beso. No hicimos ni una cosa ni otra, y la hice pasar.

—Pase —dije.

—Gracias.

De repente nos sentíamos algo violentos.

—No le enseñó la casa, es muy pequeña.

—Pero más grande que la mía, por lo que veo. Tenga.

Me tendió un CD. Gian María Testa. *Extra-Muros*.

—Así lo podrá oír entero.

Estuve a punto de contestarle «Para eso, podría haberme invitado yo a su casa».

—Gracias. Ahora se verá obligada a venir a escucharlo a mi casa.

Sonrió. Estaba diciendo tonterías.

—¿Le pongo una copa? —le dije mostrándole mi bebida.

—Prefiero vino.

Abrí una botella, un Tempier del 92, y le serví. Brindamos y bebimos en silencio. Sin atrevernos casi a mirarnos.

Llevaba unos vaqueros desgastados y una camisa azul oscuro, algo abierta, encima de una camiseta blanca. Empezaba a intrigarme el hecho de no verla nunca con falda o vestido. A lo mejor no le gustan sus piernas, pensé.

Mavros tenía una teoría para eso.

—Enseñar las piernas —me explicaba un día—, aunque no sean de top-model o de actriz de película, les gusta a todas las mujeres. Forma parte del juego de la seducción. ¿Me sigues?

—Ya.

Acababa de constatar que Pascale, desde que había conocido a Benoît aquella noche en casa de Pierre y Marie, no llevaba más que pantalones.

—Pero, ves tú, por otro lado se sigue comprando medias. Incluso las *dim-up*, sabes, esas que llegan hasta el muslo...

Su tristeza le había empujado, una mañana, a fisgar en las últimas compras de Pascale. Vivían juntos mal que bien desde hacía unas cuantas semanas, a la espera de que Bella y Jean dejaran libre la pequeña casa de la rue Villa-Paradis. Pascale, la víspera por la noche, le había anunciado que se ausentaría durante el fin de semana. Se había ido a ver a Benoît en vaqueros, pero Mavros sabía que en su bolsa de viaje había minifaldas y medias y hasta unas *dim-up*.

—Te das cuenta, Fabio —me dijo.

Apenas media hora después de que se hubiera ido Pascale, ese viernes por la noche, me llamó, desesperado.

Le sonreí a lo que me decía. Yo no tenía ninguna teoría acerca de las razones que podían mover a una mujer por la mañana a preferir ponerse una falda en lugar de un pantalón. Lole sin embargo, actuó igual conmigo. Tuve ocasión de hacer la misma amarga constatación. Los últimos meses no se ponía más que vaqueros. Y, por supuesto, la puerta del baño estaba cerrada cuando salía de la ducha.

Me dieron ganas de preguntárselo a Heléne Pessayre. Pero me pareció demasiado atrevimiento. Y además, estaba poniendo una mirada de lo más grave.

Sacó del bolso un paquete de tabaco y me ofreció un cigarrillo.

—Hoy he comprado, ya ve.

El silencio volvió a instalarse en las espirales que formaba el humo.

—Mi padre —empezó a decir en una voz baja—, fue asesinado, hace ocho años. Yo acababa de terminar la carrera de Derecho. Quería ser abogada.

—¿Por qué me cuenta eso?

—Me lo pidió usted, el otro mediodía, si no tenía otra cosa mejor que hacer en la vida. ¿Se acuerda? Revolver mierda. Joderme la vista mirando cadáveres...

—Estaba cabreado. Es mi manera de defenderme, el cabreo. Y ser grosero.

—Era juez de instrucción. Y le había tocado trabajar en más de un asunto de corrupción. Facturas falsas. Financiación oculta de partidos políticos. Un informe le llevó más lejos de lo previsto. De la caja negra de un partido político de la ex mayoría, fue subiendo hasta un banco panameño. El XoilanTrades. Uno de los bancos del general Noriega. Especializado en el narcodólar.

Me siguió contando. Con su voz grave, casi áspera. Un día, su padre fue informado por la brigada financiera de París de la llegada a Francia de Pierre-Jean Raymond, el banquero suizo de ese partido político. Inmediatamente dictó una orden de encarcelamiento. La cartera de Raymond estaba hasta arriba de documentos muy comprometedores. Un ministro y varios políticos estaban implicados. Raymond estaba detenido, «sin poder dormir, como se quejaría luego a sus amigos políticos, en compañía de islamistas».

—Mi padre lo inculpaba de infringir la legislación sobre la financiación de partidos, de falsificación en documento, en fin, ese tipo de cosas. Lo que hizo de él el primer banquero suizo perseguido en Francia por un asunto político.

»Mi padre podría haberse quedado en este punto. Pero se le metió en la cabeza seguir las ramificaciones bancarias. Y ahí es donde empezó a desbaratarse la cosa. Raymond gestionaba igualmente cuentas de clientes españoles y libios, así como los bienes inmobiliarios del general Mobutu, hoy vendidos. También era propietario de un casino en Suiza para una sociedad bordelesa, y gerente de unas cincuenta empresas panameñas en beneficio de empresas suizas, francesas e italianas...

—El cuadro perfecto.

—Su amiga Babette ha ido hasta donde mi padre no pudo llegar. Al núcleo del engranaje. Antes de venir para aquí, he estado releendo algunos pasajes del documento que ella ha empezado a redactar. Toma como ejemplo el sur de Francia. Pero la demostración vale para toda la Unión Europea. Sobre todo, y es terrible, apunta esta realidad contradictoria: cuanto menos unidos están los Estados signatarios contra la Mafia, más prospera resultará ésta sobre el estiércol —es el término que utiliza ella— de legislaciones nacionales obsoletas e incompatibles.

—Sí —dije—, yo también lo he leído.

Había estado a punto de contárselo a Fonfon y a Honorine antes. Pero, pensé, ya tenían bastante por hoy. Aquello no aportaba nada a la idea del follón en el que estaba metida Babette. Y yo también, de paso.

Babette apoyaba sus afirmaciones en puntos de vista de altos mandatarios europeos. «Este desfallecimiento de los Estados miembro de Maastricht —afirmaba Diemut Theato, presidente de la Comisión de Control Presupuestario— es tanto más grave cuanto que se pide a los contribuyentes europeos sacrificios cada vez más grandes, mientras que los fraudes descubiertos en 1996 alcanzan el 1,4 por 100 del presupuesto». Y la responsable para la lucha contra el fraude, Anita Gradin, precisaba: «Las organizaciones criminales operan según el principio del mínimo riesgo: reparten cada una de las diferentes actividades en aquel de los Estados miembro en el que el riesgo es menor».

Volví a ponerle vino a Hélène Pessayre.

—Está delicioso —dijo.

No podía saber si lo creía de verdad. Parecía estar en otra parte. En los disquetes de Babette. En algún sitio donde su padre había encontrado la muerte. Fijo sus ojos en mí. Tiernos. Acariciadores. Me dieron ganas de cogerla en mis brazos, de apretarla contra mí. De besarla. Pero todo eso era lo último que había que hacer.

—Llegaron a casa varias cartas anónimas. La última decía esto, no se me ha olvidado: «Inútil tomar precauciones con respecto a sus seres queridos y dispersar documentos por todos los rincones del país. No se nos escapa nada. De modo que,

por favor, entre en razón y déjelo estar».

»Mi madre se negó a marcharse; mis hermanos y yo, también. No nos creíamos del todo esas amenazas. “Como mucho intimidaciones”, decía mi padre. Lo que no le impidió pedir protección a la policía. Tuvimos la casa bajo vigilancia permanente. Y él, siempre acompañado de dos inspectores. Nosotros también, pero de modo más discreto. No sé cuánto tiempo podríamos haber vivido así...

Dejó de hablar, miró el vino en el vaso.

—Una noche, lo descubrieron en el garaje del edificio. Degollado en el coche.

Levantó los ojos hacia mí. El velo que empañaba su brillo hacía un rato que se había disipado. Habían vuelto a encontrar su oscura luz.

—El arma utilizada había sido un cuchillo de doble filo, con una cuchilla de cerca de quince centímetros de largo y un poco más de tres de ancho.

Era la comisaria la que estaba hablando ahora. Como especialista del crimen.

—La misma que con Sonia De Luca y Georges Mavros.

—No me estará queriendo decir que es el mismo hombre...

—No. La misma arma. El mismo tipo de cuchillo. Me llamó la atención cuando me pasaron el parte del médico forense sobre la muerte de Sonia. Me transportó ocho años atrás, ¿entiende?

Me acordé de lo que le había soltado a la cara, en la terraza de Ange, y de repente no me sentí nada orgulloso de mí mismo.

—Siento mucho lo que le dije la otra mañana al mediodía.

Se encogió de hombros.

—Pero es la verdad, sí, es verdad, no tengo otra cosa que hacer en la vida. Más que esto, sí. Yo lo quise. Me hice poli por esa única razón. Combatir el crimen. Sobre todo el crimen organizado. Ahora, es mi vida.

¿Cómo era posible tantísima determinación en ella? Afirmaba todo eso sin pasión. Fríamente.

—No puede vivir uno para vengarse —dije, porque era lo que me imaginaba en el fondo de ella misma.

—¿Quién está hablando de venganza? Yo no tengo que vengar a mi padre. Lo único que quiero es proseguir lo que empezó. A mi manera. En otra función. El asesino nunca fue detenido. La investigación acabó siendo archivada. Por eso, la policía... La elección que hice.

Dio un trago de vino y siguió:

—La venganza no conduce a nada. Como el pesimismo, ya se lo dije. Lo único que hay que tener es determinación.

Me miró y añadió:

—Y ser realista.

Realismo. Para mí, esa palabra no servía más que para definir el confort moral,

los actos mezquinos y los olvidos indignos que los hombres cometían cada día. El realismo era también la máquina apisonadora que permitía a los que tienen poder, o retazos, migajas de poder, en esta sociedad, aplastar al resto.

Preferí no entrar en polémica con ella.

—¿No contesta? —me preguntó con una pizca de ironía.

—Ser realista es dejar que te den por culo.

—Ya me parecía a mí.

Sonreía.

—Era sólo para ver si reaccionaba.

—Ya... lo que pasa es que tenía miedo de que me soltaran un bofetón.

Volvió a sonreír. Me encantaba su sonrisa. Los dos hoyuelos que le salían en las mejillas. Se me hacía familiar ya, esa sonrisa. Hélène Pessayre también.

—Fabio —dijo.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Y me gustó, mucho, la manera de pronunciarlo. Luego me temí lo peor.

—He abierto el disquete negro. Lo he leído.

—¡Está loca!

—Es asqueroso de verdad.

Parecía como paralizada.

Le tendí la mano. Me puso la suya encima y la apretó. Fuerte. Todo lo posible e imposible entre nosotros parecía estar contenido en ese apretón de manos.

Primero, debíamos liberarnos de la muerte que nos oprimía, pensé. Era lo que sus ojos parecían querer decir también, en ese instante. Y era como un grito. Un grito mudo ante tantos horrores como aún teníamos ante nosotros.

Donde, cuanto menos concedes a la vida, más tragas con la muerte

La gente que ha muerto está definitivamente muerta, pensé, manteniendo todavía la mano de Hélène Pessayre apretada en la mía. Pero nosotros tenemos que seguir viviendo.

—Tenemos que triunfar sobre la muerte —dije.

Parecía no oírme. Estaba perdida por ahí, en sus pensamientos.

—Hélène —dije, apretándole los dedos suavemente.

—Sí, claro que sí —dijo—, claro que sí...

Puso una sonrisa vaga, despegó lentamente su mano de la mía y se levantó. Dio unos pasos por la habitación.

—Hace mucho tiempo que no he tenido un hombre —murmuró en voz baja—. Quiero decir un hombre que no se vaya al amanecer buscándose una buena excusa para no volverme a ver por la noche, ni ninguna otra noche.

Me levanté y me acerqué a ella.

Estaba delante de la puerta acristalada que daba a mi terraza. Con las manos hundidas en los bolsillos del vaquero, como la otra mañana en el puerto. Su mirada se perdía en la noche. En el mar abierto. Hacia esa otra orilla de la que había salido un día. Yo sabía que era difícil olvidar Argelia cuando se ha nacido allí, cuando se ha crecido allí. Didier Pérez era inagotable al respecto. De oírle hablar, yo me sabía todo de las estaciones de Argel, sus días y sus noches. «Los silencios de las noches de verano...». La nostalgia le subía al fondo de la mirada. Echaba cruelmente de menos ese país. Y, más que nada, aquellos silencios de las noches de verano. Esos breves instantes que para él eran como una promesa de felicidad. Estaba convencido de que todo eso estaba atrincherado en el corazón de Hélène.

—El absurdo reina y el amor te salva de ello —continuó diciendo mientras me miraba—. Fue Camus el que lo dijo. Todos esos cadáveres, esa muerte con la que me codeo a diario... Todo eso me ha alejado del amor. Incluso del placer...

—Hélène.

—No se sienta molesto, Móntale. Me viene bien contar estas cosas. Decírselas a usted.

Casi sentía cómo rumiaba su pasado físicamente.

—El último hombre al que conocí...

Sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la camisa, me ofreció un cigarrillo. Le di fuego.

—Es como si el frío se hubiera instalado en mí. ¿Entiende? Y sí que le quería. Pero sus caricias no me... Me faltaba emoción.

Nunca había hablado de esas cosas con una mujer. De ese momento en el que el cuerpo se recluye y no contesta.

Durante mucho tiempo, había estado buscando la noche en la que habíamos hecho el amor Lole y yo. La última vez que nos habíamos besado con amor. La última vez que me había pasado el brazo por la cintura. Había estado horas dándole vueltas sin conseguirlo, claro. Sólo me acordaba de esa noche en la que mi mano, mis dedos, tras haber acariciado largamente su cuerpo, se habían desesperado en su sexo totalmente seco.

—No tengo ganas —dijo.

Y se acurrucó contra mí, con la cabeza en el hueco de mi hombro. Mi sexo se había destensado contra el calor de su vientre.

—No pasa nada —murmuré yo.

—Sí pasa.

Y yo también lo sabía, que pasaba mucho. Llevábamos meses haciendo el amor con menor frecuencia, y Lole cada vez con menos placer. Otro día, mientras iba y venía sobre ella, lentamente, fui consciente de que estaba ausente del todo. Su cuerpo estaba. Pero ella se encontraba lejos. Muy lejos ya. No pude correrme. Me retiré. Nos quedamos inmóviles los dos. No nos dijimos ni una sola palabra. Y nos dejamos vencer por el sueño.

Miré a Hélène.

—Sencillamente, ya no amaba usted a ese hombre. Nada más.

—No, es mucho peor que eso, creo. Tengo la sensación de que la sombra de la muerte está invadiendo lentamente el ámbito de mi vida. Y... ¿cómo decirlo? Cuando te das cuenta, estás como en la oscuridad. No distingues nada. Ni siquiera la cara de la persona a la que amas. Y entonces, a tu alrededor te consideran más muerto que vivo.

Me dije que si la besaba en ese momento, sería sin esperanzas. De hecho, no me lo planteaba en serio. No era más que un pensamiento, apenas algo descabellado, por no dejarme arrastrar en la vertiginosa espiral de sus palabras. Yo ya me conocía de memoria el lugar adonde iba a parar. Lo había pisado cien mil veces.

Empezaba a entender lo que intentaba formular. Y que tenía que ver con la muerte de Sonia. La muerte de Sonia la llevaba hasta su padre y hasta lo que era su propia existencia. A todo lo que se deshilacha a medida que uno va avanzando, que uno va

eligiendo. Y cuanto menos concedes a la vida, más tragas con la muerte. Treinta y cuatro años. La misma edad que Sonia. Lo había dicho unas cuantas veces, la otra mañana al mediodía, en la terraza de Ange.

La muerte brutal de Sonia, en ese momento en el que se dibujaba ante ella un futuro posible conmigo, enamorado —y quizás sea el único futuro que nos es posible todavía—, conducía a Hélène a sus propios callejones sin salida. A sus fracasos. A sus miedos. Ahora entendía mejor su insistencia por saber lo que yo había sentido por Sonia aquella noche.

—Sabe... —empecé a decir.

Pero dejé la frase en el aire.

Lo evidente para mí era que la muerte de Mavros me privaba, para siempre y del todo, de lo que había sido mi adolescencia. Mi juventud. Gracias a Mavros, aunque hubiéramos vivido menos cosas juntos de niños, había podido soportar la muerte de Manu y la de Ugo.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada.

Ahora el mundo estaba cerrado. El mío. No tenía ni idea de lo que eso podía llegar a significar, de una manera concreta, ni de las consecuencias que podía traer en las próximas horas. Lo estaba comprobando. Y al igual que Hélène, como había dicho ella hacía unos instantes, yo también estaba en la oscuridad. No distinguía nada. Sólo el tiempo cercano. Con una serie de actos, irremediables sin duda, que realizar. Como matar a ese hijo de puta de la mafia.

Dio una última calada al cigarro y lo apagó. Casi con rabia. La miré fijamente y ella a mí.

—Creo —siguió diciendo— que en el momento en que algo importante está a punto de producirse, nos salimos un poco de nuestro estado habitual. Nuestros pensamientos... nuestros pensamientos, quiero decir los míos, los suyos, empiezan a atraerse unos a otros... Los suyos hacia los míos y viceversa. Y... ¿me entiende?

Ya no tenía ganas de seguir escuchándola. No en realidad. Mi deseo de cogerla en mis brazos se sobreponía a todo lo demás. Estaba a un metro escaso de ella. Podía ponerle la mano en el hombro, deslizaría por su espalda y agarrar su cintura. Pero seguía sin estar seguro de que aquello fuese lo que ella esperaba. Lo que esperaba de mí. En ese momento, dos cadáveres, como un foso, nos separaban. No podíamos hacer otra cosa que darnos la mano, poniendo cuidado para no caer en ese foso.

—Sí, eso creo —dije—. Ni usted ni yo podemos vivir en la cabeza el uno del otro. Da demasiado miedo. ¿Es eso?

—Más o menos. Digamos que nos exponemos demasiado. Si yo... Si nos acostáramos..., estaríamos luego demasiado vulnerables.

Luego eran las horas que quedaban por venir. La llegada de Babette. El

enfrentamiento a los tipos de la Mafia. Las elecciones que nos tocara hacer. Las de Babette. Las mías. No por fuerza compatibles. La voluntad de Hélène Pessayre de controlarlo todo. Y Honorine y Fonfon como telón de fondo. Con su miedo también.

—Nada corre prisa —respondí tontamente.

—Está diciendo tonterías. Tiene usted tantas ganas como yo.

Se giró hacia mí y vi su pecho erguirse ligeramente. Sus labios, apenas entreabiertos, no esperaban más que mis labios. No me moví. Sólo los ojos se atrevían a acariciar.

—Ha notado ese deseo antes, al teléfono. ¿No? ¿Me equivoco?

Me sentía incapaz de pronunciar palabra.

—Dígamelo...

—Sí, es verdad.

—Por favor.

—Sí, la deseo. La deseo muchísimo.

Se le iluminaron los ojos.

Todo era posible.

No me moví.

—Yo también —dijo sin apenas abrir los labios.

Esa mujer era capaz de arrancarme las palabras una tras otra. Si en ese momento me hubiera preguntado cuándo iba a llegar Babette a Marsella y dónde nos íbamos a ver, se lo hubiera dicho.

Pero no me lo preguntó.

—Yo también —repitió—. Le he deseado en el mismo momento, creo. Como si esperara que llamara en ese instante... Era eso lo que tenía en la cabeza cuando le dije que venía a verle. Acostarme con usted. Pasar esta noche en sus brazos.

—¿Y ha cambiado de opinión sobre la marcha?

—Sí, he cambiado la opinión, no el deseo.

Avanzó calmadamente la mano hacia mí y me acarició la mejilla con los dedos. La rozaron. Mi mejilla se inflamó, más que con el bofetón que me había dado antes.

—Es tarde —murmuró bajito.

Sonrió. Una sonrisa cansada.

—Y estoy cansada —añadió—. Pero nada corre prisa, ¿no?

—Lo peor —intenté bromear— es que todo lo que le diga se vuelve siempre contra mí.

—Es algo que tendrá que aprender conmigo.

Y cogió el bolso.

No podía retenerla. Los dos teníamos cosas que hacer. Lo mismo, casi. Pero no tomaríamos el mismo camino. Ella lo sabía y, al parecer, lo había admitido por fin. Ya no era una cuestión de confianza. La confianza nos implicaba demasiado al uno con

respecto al otro. Debíamos ir al extremo de nosotros mismos. De nuestras soledades. De nuestros deseos. En el extremo habría quizás una verdad. La muerte. O la vida. El amor. Un amor. ¿Quién lo sabe?

Con el pulgar, toqué supersticiosamente el anillo de Didier Pérez. Y recordé sus palabras: «Lo escrito escrito está, pase lo que pase».

—Tiene que saber algo, Móntale —dijo ella en la puerta—. Es la dirección de la brigada la que le ha pinchado el teléfono. Pero no he podido averiguar desde cuándo.

—Me había imaginado algo parecido. ¿Y eso quiere decir?

—Exactamente lo que usted se imagina. Que dentro de un rato me verá obligada a escribir un informe detallado sobre los dos asesinatos. Los motivos. La Mafia, y todo eso... El forense es quien ha conectado uno con otro. No soy la única en sentir curiosidad por las técnicas criminales de la Mafia. Le ha transmitido sus conclusiones a mi superior.

—¿Y los disquetes?

Le sentó fatal que se lo hubiera preguntado. Lo leí en sus ojos.

—Entréguelos también junto con el informe. Nada hace pensar que su superior no sea legal, ¿no?

—Si no lo hiciera —respondió con un tono monocorde—, me desautorizarían.

Nos quedamos mirándonos todavía una fracción de segundo.

—Que descanse, Hélène.

—Gracias.

No podíamos darnos un apretón de manos. Tampoco besarnos. Hélène Pessayre se marchó como había entrado. Sin ambigüedades.

—Bueno, me llama, ¿eh, Móntale? —añadió.

Porque no resultaba fácil dejarse así. Era como perderse antes de haber podido encontrarnos.

Dije sí con la cabeza, luego miré cómo cruzaba la calle para coger el coche. Durante un instante me paré a pensar lo que podía haber sido un beso suave y tierno. Nuestros labios besándose. Luego me imaginé a los dos tipos de la Mafia y a los dos polis, entreabriendo el ojo dormido al paso de Hélène Pessayre y volviéndolo a cerrar mientras se preguntaban si me la habría tirado o no a la comisaria. Esa idea ahuyentó de mi cabeza cualquier pensamiento erótico.

Me serví un poco de Lagavulin y me puse el disco de Gean Maria Testa.

*Un po' di là del mare c'è una terra sincera
come gli occhi di tuo figlio quando ride*

Palabras que me acompañaron durante las últimas horas de la noche. *Un poco más allá del mar hay una tierra sincera, como los ojos de tu hijo cuando ríe.*

Sonia, le devolveré la sonrisa a tu hijo. Lo haré por nosotros, por lo que habría podido existir entre nosotros, ese amor posible, esa vida posible, esa alegría, esas alegrías que continúan vagando por encima de la muerte, en el *Turchino*, por esos días que inventar, por esas horas, por el placer de nuestros cuerpos, y nuestros deseos, y nuestros deseos más aún, y por esa canción que habría aprendido, para ti, y que te habría cantado, sólo por la felicidad de poderte decir:

se vuoi restiamo insieme anche stasera.

Y decirte una vez más, y otra, y otra, *si quieres, quedémonos juntos otra vez esta noche.*

Sonia.

Lo haré. Por la sonrisa de Enzo.

Por la mañana, el mistral había cesado por completo.

Oí las noticias, mientras me hacía el primer café del día. El fuego había seguido ganando terreno, pero los hidroaviones habían podido pasar a la ofensiva al amanecer. La esperanza de controlar esos incendios rápidamente parecía renacer.

Con la taza de café en una mano y un cigarrillo en la otra, me fui hasta el fondo de la terraza. La mar, ya calmada, había recobrado su azul profundo. Me dije que ese mar que bañaba Marsella y Argel no prometía nada, no dejaba entrever nada. Se conformaba con dar, pero con profusión. Me dije que lo que nos atraía a Hélène y a mí quizás no era amor, sino sólo ese sentimiento compartido de ser clarividentes, es decir, sin consuelo.

Y esta noche me iba a encontrar con Babette.

Donde es necesario saber cómo ve uno las cosas

Me dio un vuelco el corazón. Las contraventanas de la casa de Honorine no estaban abiertas. En verano, no las cerrábamos nunca. Las volvíamos ligeramente sobre las ventanas abiertas para beneficiarnos un poco del frescor de la noche y del amanecer. Dejé la taza y pasé a su terraza. Hasta la puerta estaba cerrada. Con llave. Ni cuando «se bajaba al centro». Honorine tomaba tantas precauciones.

Me puse rápido una camiseta y unos pantalones y, sin peinarme siquiera, enfilé hacia el bar de Fonfon. Estaba detrás de la barra, hojeando distraídamente *La Marseillaise*.

—¿Dónde está?

—¿Te pongo un café?

—¿Fonfon?

—¡Qué hostias! —me dijo poniéndome un posavasos.

Sus ojos, más rojos que de costumbre, estaban llenos de tristeza.

—Me la he llevado.

—¡Qué!

—Esta mañana. Alex nos ha llevado. Tengo una prima en Les Caillols. Me la he llevado para allí. Ahí estará bien. Unos días... Se me ha ocurrido...

Había hecho el mismo razonamiento que yo con Mavros y con Bruno y familia. De repente me dio rabia no habérselo propuesto yo mismo. Ni a Honorine ni a Fonfon. Después de la conversación que habíamos tenido, me debía haber resultado obvio. Ese miedo a que le pasara algo a Honorine. Y Fonfon la había estado convenciendo de que se fuera. Y ella había aceptado. Lo habían decidido entre los dos. Sin ni siquiera decirme una palabra. Porque ya no era asunto mío, sino de ellos. La bofetada de Hélène Pessayre era una tontería comparada con esto.

—Me lo podíais haber dicho —dije con dureza—. Venir a despertarme aunque fuera... ¡para decirle adiós!

—Así son las cosas, Fabio. No te ofendas. He hecho lo que me ha parecido mejor.

—No me ofendo.

No, ofendido no era la palabra. De hecho no encontraba la palabra. Mi vida estaba saltando por los aires y ni siquiera Fonfon creía en mí. Ésa era la verdad.

—¿Has caído en que los asquerosos esos que están en la puerta podrían haberos

seguido?

—¡Sí, sí que he caído! —gritó apoyando la taza de café en el posavasos—. ¿Qué te crees? ¿Qué estoy gilipollas? ¿Que chocheo, o qué? ¡Mecaguen la leche!

—Ponme un coñac.

Cogió nervioso la botella, un vaso y me sirvió. No nos quitábamos la mirada de encima.

—Fifi se ha encargado de vigilar la carretera. Si un coche desconocido arrancaba detrás de nosotros, llamaba a Alex al móvil en el taxi. Volvíamos y ya está.

¡Qué cabrón, el abuelo!, me dije.

Y me metí el coñac de un trago. Sentí inmediatamente cómo el ardor se extendía hasta el fondo del estómago. Una ola de sudor me mojó la espalda.

—¿Y no os ha seguido nadie?

—Esta mañana no estaban los tíos del Fiat Punto. Sólo estaban los polis. Y no se han meneao.

—¿Y cómo sabes tú que eran los polis?

—Tienen un careto, joder, imposible confundirlos.

Di un sorbo al café.

—Y dices que el Fiat Punto no estaba.

—Y sigue sin estar.

¿Qué estaba pasando? Dos días, me había dicho el matón. No podía creerme que se hubiera tragao todo lo que le había dicho. ¡Hombre, seguro que yo no era más que un pobre mamón, pero aun así!

De repente tuve una visión de horror. Una vuelta de los asesinos por Le Castellás. Para acorralar a Babette. Sacudí la cabeza para quitarme esa idea de encima. Para convencerme de que las escuchas eran sólo desde ayer por la noche. Para convencerme de que la pasma no estaba tan vinculada con la Mafia. No, intenté tranquilizarme. Un director general, no. Pero un policía cualquiera, sí. Cualquiera. Bastaba con uno. Con uno que se encontrara con el pastel. ¡Uno solo, caguendios!

—Pásame el teléfono, por favor.

—Toma —dijo Fonfon, poniéndolo encima de la barra—. ¿Vas a picar algo?

Me encogí de hombros mientras marcaba el número de Le Castellás. Seis, siete, ocho pitidos. Cada vez sudaba más. Nueve.

Descolgaron.

—Teniente Brémond.

Una voz autoritaria.

Del calor al frío en el cuerpo. Las piernas se me echaron a temblar. Habían ido hasta allí. Habían obtenido las escuchas. Me puse a temblar de arriba abajo.

—¡Diga!

Colgué el teléfono lentamente.

—*Figatelli* plancha, ¿te hace? —gritó Fonfon desde la cocina.

—Sí... sí.

Marqué el número de Hélène Pessayre.

—Hélène —dije cuando descolgó.

—¿Todo bien?

—No. Nada bien. Me parece que han ido hasta Le Castellas, el sitio donde estaba Babette. Creo que ha ocurrido una desgracia. Bueno, no lo creo, estoy seguro, ¡Dios mío! He llamado. Ha descolgado un teniente. El teniente Brémond.

—¿Dónde es?

—En el término municipal de Saint-Jean-du-Gard.

—Le vuelvo a llamar.

Pero no colgó.

—¿Estaba Babette ahí?

—No, en Nîmes. Está en Nîmes —mentí.

Porque a esta hora, Babette acababa de coger el tren. O, por lo menos, así lo esperaba.

—Ajá —dijo simplemente Hélène Pessayre.

Colgó.

El olor a *figatelli* empezaba a extenderse por el bar. No tenía hambre. Sin embargo, ese olor me acariciaba agradablemente la nariz. Tenía que comer. Beber no tanto. Comer. Y fumar menos.

Comer.

—¿Algo comerás, no? —me preguntó Fonfon al salir de la cocina.

Plantó los platos, los vasos y los cubiertos en una mesa, frente al mar. Luego abrió una botella de rosado de Saint-Cannat. Un vinito corriente que íbamos a buscar a la cooperativa. No estaba mal para picar algo por la mañana.

—¿Por qué no te has quedado con ella?

Se volvió para la cocina. Oí cómo daba la vuelta a los *figatelli* en la plancha. Me acerqué.

—¿Eh, Fonfon?

—¿Qué?

—¿Por qué no te has quedado tú también en casa de tu prima?

Me miró. Yo ya no sabía muy bien lo que tenía en la mirada.

—Pues te lo voy a decir.

Vi cómo le subía la cólera. Explotó.

—¿Adónde te iba a llamar si no, Félix, eh? Para decirte cuándo iba a llevar a Babette en el barco. Era aquí, creo yo, a donde le dijiste que te llamara.

—Fue él el que lo propuso, y...

—Ya... O sea, que él tampoco está tan gilipollas, ni chochea tanto.

—No te has quedado sólo por eso, ¿no? Yo podría haber...

—¿Podrías haber qué? ¿Haberte encerrado aquí, mientras que esperabas a que sonara el teléfono? Como ahora.

Volvió a dar la vuelta a los *figatelli*.

—Enseguida están.

Echó todo en una fuente, cogió pan y tiró para la mesa. Fui detrás de él.

—¿Te ha llamado Félix?

—No, le he llamado yo. Ayer. Antes de la pequeña conversación que tuvimos. Quería saber una cosa.

—¿Qué querías saber?

—Si era grave de verdad este asunto. Y entonces le pregunté si te habías pasado a buscar la pistola de Manu. Y me dijo que sí. Y me contó todo.

—¿Ya lo sabías todo?

—Pues sí.

—Y no me dijiste nada.

—Necesitaba oírlo de tu propia voz. Oírtelo decir a mí. ¡A mí, Fonfon!

—¡La hostia!

—Y sabes, Fabio, creo que no nos lo has contado todo. Félix también lo cree. Pero a Félix le importa un huevo. Me lo ha dicho. Aunque se las dé un poco así, no le tiene mucho apego a la vida. Lo ves... No, no lo ves. No ves nada a veces. Pasas.

Fonfon se puso a comer. Con la cabeza gacha hacia el plato. Yo no era capaz. La levantó después de tres bocados y mucho silencio. Tenía los ojos inundados de lágrimas.

—¡Come, coño, que se te enfría!

—Fonfon...

—Te voy a decir una cosa más. Estoy aquí para... estar a tu lado. Pero no sé muy bien por qué. ¡No sé por qué! Es Honorine la que me lo ha pedido. Que me quedara. Si no, no se iba. Me puso esa condición. ¡Mierda, lo entiendes!

Se levantó bruscamente. Apoyó bien las manos encima de la mesa y se inclinó hacia mí.

—Porque si ella no me lo hubiera pedido, no sé si me habría quedado.

Se volvió para la cocina. Me levanté y fui tras él. Estaba llorando con la cabeza apoyada en el congelador. Le pasé el brazo por los hombros.

—Fonfon —dije.

Se dio la vuelta lentamente, lo apreté contra mí. Seguía llorando como un crío.

Qué desastre, Babette. Qué desastre.

Pero ella no era responsable de todo aquello. No era más que un detonante. Y yo me descubría tal como era en realidad. Desatento con los demás. Incluso con aquellos a los que amaba. Incapaz de oír sus angustias, sus miedos. Sus ganas de vivir, a veces

ni eso, y date por contento. Vivía en un mundo en el que no les hacía sitio. Me relacionaba con ellos, más que compartir. Aceptaba todo de ellos, a veces con indiferencia, dejando de lado, a menudo por pereza, lo que podían decir o hacer que me disgustaba.

Lole, en el fondo, me había dejado por eso. Por esa manera que tenía de pasar a través de las personas, con indolencia, despreocupación. Sin interés. No sabía mostrar, ni siquiera en los peores momentos, el gran cariño que les tenía en realidad. No sabía decirlo tampoco. Yo creía que todo se daba por supuesto. La amistad. El amor. Hélène Pessayre tenía razón. No le había dado todo a Lole. Nunca le había dado todo a nadie.

Había perdido a Lole. Estaba perdiendo a Fonfon y a Honorine. Y era lo peor que me podía pasar. Sin ellos... Eran mis últimas referencias en la vida. Como faros en el mar, los únicos capaces de indicarme el camino del puerto. Mi camino.

—Os quiero a los dos. Os quiero, Fonfon.

Levantó la vista hacia mí y se apartó.

—Venga, ya está —dijo.

—¡No os tengo más que a vosotros, hostia!

—¡Pues ya lo creo!

La cólera le salió de nuevo.

—¡Pues a buenas horas te acuerdas! ¡Que somos, como quien dice, tu familia! Y que los asesinos se pasean por nuestra puerta... Y que la policía te pincha el teléfono pero sin contárselo a tu comisaria... ¿Y tú? ¿Y tú qué? Tú estás muy preocupao y por eso te vas a buscar una pistola. ¿Y nosotros? ¡No te importamos un pimiento, no! Nosotros a esperar a que el señorito lo arregle todo. Que todo vuelva al orden. Y luego, si la muerte pasa por aquí y no nos pilla, pues nada, tan ricamente, como siempre. A pescar, a tomar el aperitivito, a jugar a la petanca, una partidita por la noche... ¿Así, Fabio? ¿Así lo ves tú, no? ¡Quién coño te crees que somos!

—No —murmuré yo—. No es así como lo veo.

—Cojonudo, ¿y cómo lo ves entonces?

Sonó el teléfono.

—Móntale.

La voz de Hélène Pessayre era plana. Blanca.

—Qué hay.

—Hacia las siete de esta mañana, Bruno ha tenido un ataque de demencia...

Cerré los ojos. Las imágenes saltaban dando vueltas por mi cabeza. Ya no eran ni imágenes sino oleadas de sangre.

—Ha matado a su mujer y a sus dos hijos... A... A hachazos. Es...

No podía seguir hablando.

—¿Y él, Hélène?

—Se ha colgado. Sencillamente.

Fonfon se acercó despacio, y me puso delante un vaso de rosado. Me lo bebí de un trago y le hice señas para que me volviera a servir. Me dejó la botella al lado.

—¿Qué dicen los de la poli?

—Drama familiar.

Me bebí otro vaso.

—Ya, claro.

—Según algunos testigos, la cosa no iba muy bien entre Bruno y su mujer. Desde hacía algún tiempo... Por lo visto, se cotilleaba mucho en el pueblo sobre esa mujer que vivía en su casa.

—Me extraña. Nadie sabía que Babette estaba en Le Castellas.

—Testigos, Móntale. Uno por lo menos. Un viejo amigo de Bruno. El guarda forestal.

—Ya, claro —repetí.

—Han dictado una orden de búsqueda para su amiga. Quieren escucharla.

—¿Es decir?

—Es decir, que tiene a la pasma en el culo, y a la Mafia detrás. Y el asesino emboscado.

Si Bruno hubiera hablado, y no podía ser de otra manera, los tíos deberían de haber aterrizado ya en Nîmes, en casa de esos amigos con los que Babette pensaba pasar la noche. Tan sólo esperaba que se hubiera marchado antes. Por ella. Por la gente que la había alojado. Y que estuviera en el tren.

—Móntale, ¿dónde está Babette?

—No lo sé. Ahora mismo no lo sé. Puede que en un tren. Tenía que llegar hoy a Marsella. Me tiene que llamar cuando llegue.

—¿Tenía usted un plan para cuando llegara?

—Sí.

—¿Llamarme entraba dentro de ese plan?

—No inmediatamente. Más tarde.

La oí respirar.

—Envío un equipo discreto a la estación por si esos hijos de puta estuvieran ahí e intentaran algo.

—Mejor que no la sigan.

—¿Le da miedo que me entere adónde va?

Ahora me tocaba a mí coger aire.

—Sí. Eso pone en peligro a otra persona. Y no puede estar segura de nada. De nadie. Ni siquiera de su más cercano compañero de equipo, Béraud; así era, ¿no?

—Ya sé adónde va, Móntale. Creo que me imagino dónde va a quedar con ella esta noche.

Me puse otro vaso de vino. Estaba noqueado.

—¿Mandó que me siguieran?

—No. Le he cogido la delantera. Me dijo usted que esa persona a la que tenía que ir a ver vivía en Le Vallon-des-Auffes. Mandé a Béraud. Estaba dando un paseo por el puerto cuando llegó usted.

—No se fiaba de mí, ¿verdad?

—Sigo sin fiarme. Pero mejor así. Hoy por hoy. Cada uno juega su partida. Es lo que quería, ¿no?

La oí respirar de nuevo. Sentía opresión. Luego su voz se hizo más baja. Ronca.

—Sigo esperando que podamos vernos cuando todo esto acabe.

—Yo también lo espero, Hélène.

—Nunca he sido más sincera con un hombre que con usted esta noche.

Colgó.

Fonfon estaba sentado en la mesa. No se había acabado los *figatelli*, y yo ni los había tocado. Me miró venir hacia él. Se le veía agotado.

—Fonfon, vete con Honorine. Dile que soy yo quien lo decide. No ella. Y que eso es lo que quiero, que estéis juntos. ¡Aquí no pintas nada!

—¿Y tú? —murmuró.

—Yo voy a esperar a que llame Félix, y luego cierro el bar. Déjame un teléfono donde pueda hablar con vosotros.

Se levantó y me miró directamente a los ojos.

—¿Que tú qué vas a hacer?

—Matar, Fonfon. Matar.

Donde no hay verdad sin amargura

Ahora que el mistral ya había cesado, el aire apestaba a chamuscado. Una mezcla acre de madera, resina y productos químicos. Los bomberos parecían haberse hecho por fin con el fuego. Se hablaba de 3450 hectáreas devastadas. Principalmente bosque. En la radio, alguien, no me acuerdo bien de quién, había avanzado la cifra de un millón de árboles calcinados. Un incendio comparable al de agosto de 1989.

Después de una breve siesta, me había ido a caminar por las calas. Había sentido la necesidad de lavarme la mente con la belleza de esta tierra. De vaciarla de pensamientos asquerosos y de llenarla de imágenes sublimes. Necesidad también de dar un poco de aire puro a mis pobres pulmones.

Había salido desde el puerto de Calelongue, a dos pasos de Les Goudes. Un paseo fácil, de apenas dos horas, por el sendero des Douanes. Y que ofrecía maravillosas vistas del archipiélago Riou y de la vertiente sur de las calas. Llegado al Plan des Cailles, había tirado por la ladera, no lejos del mar, por los bosques que hay de encima de la cala des Queyrans. Sudando y resoplando como un pobre diablo, había hecho una parada al final del camino del acantilado que cuelga sobre la cala de Podestat.

Estaba bien, ahí, frente al mar. En el silencio. Aquí no había nada que entender, nada que saber. Todo se entregaba a la vista en el mismo instante de disfrutarlo.

Me había puesto en marcha después de la llamada de Félix. Justo antes de las dos. Babette acababa de llegar. Me la puso al teléfono. No había cogido el tren de Nîmes. Una vez en la estación, le habían entrado dudas. Un presentimiento. Se dirigió a una agencia de alquiler de coches y se fue de allí al volante de un 205. Ya en Marsella, había aparcado el coche en el puerto. Un autobús la había llevado hasta La Corniche. Luego había bajado a pie hasta Le Vallon-des Auffes.

Cerré el bar, eché las contraventanas que daban al mar y bajé la persiana metálica. El salón quedaba así tenuemente iluminado por una claraboya, situada encima de la puerta de entrada.

—Me dieron ganas de eso —empezó a contar ella—, de dejar que la ciudad entrara en mí. De impregnarme con su luz. Ves, hasta me he parado en La Samaritaine, para beber y comer algo. Pensaba en ti. En lo que dices a menudo. Que no se puede entender nada de esta ciudad si se es indiferente a su luz.

—Babette...

—Me gusta esta ciudad. He mirado a la gente a mi alrededor. En las terrazas. En las calles. Los he envidiado. Vivían. Bien, mal, con altibajos, seguro, como todo el mundo. Pero vivían. Yo... me sentía como una extraterrestre.

—Babette...

—Espera... Entonces, me he quitado las gafas negras y he cerrado los ojos. Al sol. Para sentir su calor, como cuando estás en la playa. Volvía a ser yo misma. Me dije: «Estás en tu casa». Y... Fabio...

—¿Qué?

—No es verdad, sabes. No estoy del todo en mi casa. No puedo caminar por la calle sin preguntarme si no me están siguiendo.

Se calló, un instante. Tiré del cable del teléfono y me senté en el suelo, con la espalda apoyada en la barra. Estaba cansado. Tenía sueño. Necesitaba aire. Tenía ganas de todo, excepto de oír lo que ella iba a decir y que presentía llegar en cada una de sus palabras.

—He estado reflexionando sobre esto.

Su voz estaba curiosamente tranquila. Y eso se me hacía todavía más insoportable.

—Nunca jamás podré estar como en mi casa en Marsella, si renuncio a esta investigación. Todo el curro de tantos años. Tengo que ir hasta el final de mí misma. Como cada uno aquí, aunque sea a su nivel. Con esa exageración tan nuestra. Que nos perderá...

—Babette, no quiero hablar de esto por teléfono.

—Quería que lo supieras, Fabio. Ayer por la noche, acabé admitiendo que tenías razón. Lo había pesado todo, sopesado. Pero... al llegar aquí... la felicidad del sol en mi piel, esa luz en mis ojos... Tengo razón yo.

—¿Llevas los documentos contigo? —la corté—. Los originales.

—No. Están en un lugar seguro.

—¡Joder, Babette! —grité.

—No vale de nada ponerse nervioso, es así. ¿Cómo puede uno vivir feliz si, cada vez que va a algún sitio o que compra algo, es consciente de que la Mafia está dándole por culo? ¿Eh? ¡Y bien hasta el fondo!

Pasajes enteros de su investigación' desfilaban ante mis ojos. Como si aquella noche, en casa de Cyril, me hubiera metido el disco duro de su ordenador entero en la cabeza.

«Es en los paraísos fiscales donde los sindicatos del crimen están en contacto con los mayores bancos comerciales del mundo, con sus filiales locales especializadas en el *private banking* ofreciendo un servicio discreto y personalizado para la gestión de cuentas de alto rendimiento fiscal. Estas posibilidades de evasión son utilizadas tanto

por empresas legales como por organizaciones criminales. Los avances de las técnicas bancadas y de las telecomunicaciones ofrecen amplias posibilidades de hacer circular y de hacer desaparecer rápidamente los beneficios de las transacciones ilícitas».

—¿Fabio?

Cerré los párpados.

«El dinero puede circular fácilmente por transferencia electrónica entre la sociedad-madre y su filial registrada como una sociedad-tapadera en un paraíso fiscal. Miles de millones de dólares procedentes de las entidades que gestionan fondos institucionales —incluidos los fondos de pensiones, el ahorro de las mutuas y los fondos del Tesoro— circulan de este modo, pasando uno a uno por cuentas registradas en Luxemburgo, en las islas del Canal, en las islas Caimán, etcétera.

»Consecuencia de la evasión fiscal, la acumulación en los paraísos fiscales de enormes reservas de capitales pertenecientes a grandes sociedades es también responsable del crecimiento del déficit presupuestario de la mayoría de los países occidentales».

—La cuestión no es esa —dije.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es?

No había hablado de Bruno. Yo suponía que todavía ignoraba todo acerca de la masacre. De ese horror. Decidí no decirle nada. De momento. Guardarme esa basura como argumento de última hora. Cuando, por fin, estuviéramos cara a cara. Esa noche.

—No es la cuestión. ¡Yo tampoco podría ser feliz si mañana... les cortaran el cuello a Honorine y Fonfon! Como hicieron esos hijos de puta con Sonia y Mavros.

—¡Yo también me he tragao una cuanta sangre! —dijo exaltada—. He visto el cuerpo de Gianni. Estaba mutilado. Así que no vengas ahora contándome...

—¡Pero tú estás viva, la hostia puta! ¡Ellos, no! ¡Y yo estoy vivo! ¡Y Honorine y Fonfon y Félix también, de momento! ¡No me toques los cojones con lo que has visto o has dejao de ver! Porque, al paso que vamos, vas a tener que ver un tanto más. ¡Y peor aún! Tu cuerpo despedazado trozo a trozo...

—¡Basta!

—Hasta que les digas dónde están esos putos documentos. Estoy seguro de que estallarás en cuanto te corten el primer dedo.

—¡Cabronazo! —gritó.

Me preguntaba dónde estaría Félix. ¿Se habría sumergido en la lectura de un *Pieds-Nickelés*, mientras se tomaba una cervecita bien fresquita, indiferente a lo que estaba oyendo? ¿O se habría ido al puerto para que Babette hablara sin sentirse espiada?

—¿Y Félix dónde está?

—En el puerto. Preparando el barco. Ha dicho que se haría a la mar hacia las ocho.

—Vale.

Silencio otra vez.

La penumbra del bar me sentaba bien. Me daban ganas de tumbarme directamente en el suelo. Y dormir. Dormir mucho rato. Con la esperanza de que en ese largo sueño toda la enorme inmundicia se disolvería en mis fantasías de amaneceres puros en el mar.

—Fabio —continuó Babette.

Me acordaba de haber estado pensando, en lo alto del puerto de Cortiou, que no hay verdad que no lleve en sí misma su amargura. Lo había leído en algún sitio.

—Babette, no quiero que te pase nada malo. Tampoco podría vivir, si te... si te mataran. Están muertos todos, todos a los que quería. Mis amigos. Y Lole se ha marchado...

—¡Ay!

No había contestado a aquella carta de Babette que Lole había abierto y leído. Esa carta que había roto nuestro amor. Se la había guardado a Lole por violar secretos. Luego a Babette. Pero ni Babette ni Lole eran responsables de lo que vino después. Esa carta había llegado en el momento justo en que a Lole le asaltaban un montón de dudas sobre mí, sobre ella. Sobre nosotros, sobre nuestra vida.

—Sabes, Fabio —me confesó una noche, una de esas noches en que todavía intentaba convencerla de que esperara, de que se quedara—. Mi decisión está tomada. Desde hace tiempo. Me he dado un largo periodo de reflexión. Esa carta de tu amiga Babette no tiene nada que ver. Sólo me ha permitido llevar a cabo mi decisión... Hace tiempo que tengo dudas. Como ves, no se trata de un impulso. Y por eso es terrible. Todavía más terrible. Yo sé... yo sé que para mí es vital marcharme.

No encontré nada que replicarle, excepto eso, que era testaruda. Y tan orgullosa que no podía admitir que pudiera equivocarse. Dar marcha atrás. Volver a mí. A nosotros.

—¿Testaruda, Fabio? ¡Tú lo eres igual que yo! No...

Y dijo las palabras que cerraban definitivamente la puerta:

—No siento por ti el amor que hace falta para vivir con un hombre.

Más tarde, en otra ocasión, me preguntó si había contestado a esa chica, a Babette.

—No —le dije.

—¿Por qué?

Jamás encontré las palabras para responderle, ni siquiera para llamarla. ¿Para decirle a Babette qué? Que no sabía lo frágil que era el amor de Lole y el mío. Y que, sin duda, todos los verdaderos amores son así. Tan quebradizos como el cristal. Que

el amor tensa a los seres hasta el límite. Y que lo que ella, Babette, creía que era amor, no era más que una ilusión.

No tuve el valor de esas palabras. Ni siquiera de decir que, después de todo aquello, del vacío que Lole había dejado en mí, no creía necesario que nos volviéramos a ver.

—Porque no la amo, lo sabes perfectamente —le contesté a Lole.

—A lo mejor estás equivocado.

—Lole, por favor.

—Te pasas la vida sin querer admitir las cosas. Que yo me voy, que ella te espera. Por primera vez me dieron ganas de darle una bofetada.

—No lo sabía —dijo Babette.

—Déjalo. Lo importante es lo que está pasando... Esos asesinos que nos persiguen. De eso es de lo que tenemos que hablar dentro de un rato. Se me han ocurrido algunas ideas. Para negociar con ellos.

—Ya veremos, Fabio... Pero, sabes... Creo que hay una única solución, hoy. Una operación «manos limpias», en Francia. Es la única forma, la más eficaz de responder a las dudas de la gente. Ya nadie cree en nada. Ni en los políticos. Ni en los proyectos políticos. Ni en los valores de este país. Es... Es la única respuesta que darle al Frente Nacional. Lavar la ropa sucia. A plena luz del día.

—¡Estás tonta! ¿En qué ha cambiado la situación en Italia?

—Han cambiado cosas.

—Ya.

Por supuesto tenía razón. Y unos cuantos jueces en Francia compartían ese mismo punto de vista. Avanzaban, con valentía, informe a informe. Y a menudo en solitario. A veces arriesgando sus vidas. Como el padre de Héléne Pessayre. Yo sabía eso, todo eso, sí.

Pero también sabía que no sería un golpe de efecto mediático el que devolvería la moral a este país. Dudaba de la verdad, tal como la practicaban algunos periodistas. El telediario de las ocho no era más que señuelo. La crueldad de las imágenes de genocidios, ayer en Bosnia, luego en Ruanda y hoy en Argelia, no hacía que se echaran a la calle millones de ciudadanos. Ni en Francia ni en ninguna otra parte. Al más mínimo terremoto o la menor catástrofe ferroviaria, se pasaba página. Dejando la verdad en manos de los que comían de ese pan. La verdad era el pan de los pobres, no de la gente feliz o que creía serlo.

—Lo has escrito tú misma —dije—. Que la lucha contra la Mafia pasa por un progreso simultáneo del desarrollo económico y social.

—Eso no impide la verdad. En un momento dado. Y es el momento, Fabio.

—¡Y un huevo!

—¡Joder, Fabio! ¿Qué quieres, que te cuelgue?

—¿Cuánto vale en muertos la verdad?

—No se puede hacer ese tipo de razonamiento. Son razonamientos perdedores.

—¡Somos perdedores! —chillé—. No cambiaremos nada. Nada.

Volví a pensar en las palabras de Hélène Pessayre el día que nos vimos en el Fort Saint-Jean. En aquel libro sobre el Banco Mundial. En ese mundo, cerrado, que se estaba organizando y del que seríamos excluidos. Del que ya estábamos excluidos. De un lado, el Oeste civilizado; del otro, las «clases peligrosas» del Sur, del Tercer Mundo. Y esa frontera. El *Limes*.

Otro mundo.

En el que yo ya no tenía, lo sabía, mi sitio.

—Me niego a oír semejantes estupideces.

—Mira, Babette, sabes qué te digo, que sí, que venga, que saques a relucir tu investigación, muérete, murámonos todos, tú, yo, Honorine, Fonfon, Félix...

—Quieres que explote, ¿verdad?

—¿Pero adónde te crees que vas, pobre tonta?

Y se me escaparon las palabras.

—Esta mañana, la Mafia ha liquidado a hachazos a tu amigo Bruno y a su familia...

Cayó el silencio. Con el mismo peso con que lo harían sus cuatro féretros en el fondo de un hoyo.

—Lo siento, Babette. Creían que estabas allí con ellos.

Lloraba. La estaba oyendo. Grandes lágrimas, suponía. No sollozos, no, sólo lágrimas. Pánico y miedo.

—Me gustaría que esto terminara —murmuró.

—No terminará nunca, Babette. Porque ya ha terminado todo. No quieres entenderlo. Pero podemos salir de ésta. Sobrevivir, Algún tiempo, algunos años. Amar. Creer en la vida. En la belleza... e incluso confiar en la policía y en la justicia de este país.

—Eres idiota —dijo.

Y estalló en sollozos.

Donde resulta evidente que la podredumbre es ciega

Hice entrar mi barco en el puerto de Frioul. Eran las nueve en punto. La mar estaba más agitada de lo que me había parecido al salir de Les Goudes. Babette, me dije mientras reducía el motor, lo ha debido de pasar regular estos treinta minutos. Pero llevaba con qué reconfortarla. Salchichón de Arles, un *pâté* de jabalí, seis quesos pequeños de cabra de Banon y dos botellas de tinto de Bandol. Del *domaine* de Cagueloup. Y mi botella de Lagavulin, para más tarde en la noche. Antes de volver a coger la mar. Félix, lo sabía, no le hacía ningún asco.

Estaba tenso. Por primera vez me había hecho a la mar con un objetivo, un motivo concreto. De repente, se me hizo un lío la cabeza. Hubo un momento en que incluso me pregunté cómo podía haber llegado hasta ahí, a mi edad, sin tener más que una vaga idea de lo que era y de lo que quería en la vida. No se me reveló ninguna respuesta. Sino otra serie de preguntas más concretas todavía que intenté apartar. La última era la más sencilla. ¿Qué coño hacía yo ahí, en el barco, con una pistola, una 6'35, en el bolsillo de la cazadora?

Porque me la había traído, la pipa de Manu. Después de dudarlo un rato. Tras la marcha de Honorine y Fonfon me sentía desamparado. Sin referencia ninguna. Y solo. En un momento, estuve a punto de llamar a Lole. Para oír su voz. Pero ¿qué decirle luego? Donde estaba ella, no se parecía en nada a aquí. Nadie había sido asesinado. Y había amor, seguro. Entre ella y su amigo al menos.

Entonces el miedo se me echó encima.

En el momento de sacar el barco me dije: ¿y si te estás equivocando, Fabio, y si se lo huelen y te siguen por mar? Volvía de comprar unos paquetes de tabaco y había comprobado que el Fiat Punto no estaba aparcado en la esquina. Había subido la carretera a pie, casi hasta la salida del pueblo. Tampoco estaba el 304 blanco. Ni matones ni polis. En ese momento justo, sentí cómo el miedo me hacía un nudo en el estómago. Como luz de alarma. No era normal. Tendrían que estar ahí. Los asesinos porque no habían podido echarle mano a Babette. La policía, puesto que Hélène Pessayre se había comprometido. Pero ya era demasiado tarde, Félix, a esta hora, debía de haberse hecho a la mar.

Vi a lo lejos el barco de Félix, completamente a la derecha del dique que une las islas de Pomègues y Ratonneau. Del lado de los edificios. Donde habían abierto unos cuantos bares. El puerto estaba tranquilo. Incluso en verano, Frioul no atraía a las grandes masas noctámbulas. Los marseleses sólo venían por el día. Con el paso del tiempo, todos los proyectos inmobiliarios habían caído en la indiferencia. Las islas Frioul no eran un lugar habitable. Como mucho, un sitio para venir a bucear, pescar y nadar en las frías aguas del mar adentro.

—¡Eh! ¡Félix! —le llamé, dejando que mi barco deslizara hasta el suyo.

No movió ni un pelo. Parecía dormido. Con el tórax un poco echado hacia adelante.

El casco de mi barco chocó suavemente contra el suyo.

—Félix.

Estiré el brazo para sacudirlo cariñosamente. La cabeza se le cayó a un lado y luego hacia atrás, y sus ojos muertos se plantaron en los míos. La sangre todavía chorreaba de su cuello abierto.

Estaban ahí.

Babette, pensé.

Estábamos acorralados. Y Félix muerto.

¿Dónde estaba Babette?

Una arcada me puso el estómago del revés, y me vino a la garganta el sabor amargo de la bilis. Doblé el cuerpo para vomitar. Pero no tenía en el estómago más que un buen trago de Lagavulin que me había echado a mitad de camino.

Félix.

Con sus ojos muertos. Para siempre.

Y esa sangre chorreando. Que chorrearía en mi memoria toda mi puta vida.

Félix.

No quedarse aquí.

Con un gesto rápido, me apoyé en su casco, para empujar mi barco, encendí el motor y di marcha atrás para apartarme de allí. Con la mirada, observé el puerto, el dique, los alrededores. Nadie. Oí risas en un velero. Risas de un hombre y una mujer. La de la mujer chispeaba como el champaña. El amor no andaba muy lejos. Sus cuerpos en contacto directo con la madera del puente. Su placer bajo la luz de la luna.

Llevé el barco hasta un lugar apartado. Al extremo este. Ese lado no estaba iluminado. Me quedé un rato escudriñando la noche. La roca blanca. Y los vi. Estaban ahí. Eran tres. Los tres. Bruscati y el chófer. Y el hijo de puta del degollador. Estaban subiendo rápido por el estrecho camino que sale de las rocas y que lleva a una multitud de pequeñas calas.

Babette debía de estar huyendo por allí.

—¡Móntale!

Me quedé rígido. Pero esa voz no me era del todo desconocida. De la sombra de una roca vi aparecer a Béraud. Alain Béraud. El que formaba equipo con Hélène Pessayre.

—Le he visto llegar —dijo saltando ágilmente a mi barco—. Creo que ellos no.

—¿Qué coño estáis haciendo aquí? ¿Ella también?

—No.

Vi a los tres hombres desaparecer arriba de la cuesta.

—¿Cómo se han enterado esos maricones?

—Ni idea.

—¡Cómo que ni idea, hostia puta! —grité en voz baja. Tenía ganas de empujarle. De estrangularle.

—¿Y entonces qué coño pintas aquí?

—Estaba en Le Vallon-des-Auffes hace un rato.

—¿Por qué?

—¡Móntale, joder!, ella te lo dijo, ¿no? Sabíamos que tu amiga iba a casa de ese tío. Yo estaba allí cuando fuiste a verle el otro día.

—Ya, ya lo sé.

—Hélène había pillao la jugada del barco... Muy astuto.

—¡No me toques los cojones, hostia!

—No quería que estuviera aquí sin protección.

—¡Mierda puta, pero se lo han cargao a Félix! ¿Y tú dónde te habías metido?

—Estaba llegando. De hecho, acabo de llegar.

Se quedó pensativo un momento. He salido el último. Ésa es la gilipollez. Tendría que haber venido aquí directamente. Y esperar. Pero... Pero no... no estábamos seguros de que fuera ahí donde habíais quedado. Podía ser el Château d'If. En Le Planier... Yo qué sé...

—Ya.

No entendía nada, pero ya daba igual. Había que espabilar y encontrar a Babette. Tenía una ventaja sobre los asesinos, y es que se conocía la isla de memoria. Hasta la última cala. Hasta el último sendero de piedras. Durante años había estado viniendo a hacer submarinismo.

—Hay que mover —dije.

Me quedé pensando un momento.

—Voy a bordear la costa. A ver si la encontramos en alguna de las calas. Sólo se puede ir así.

—Yo voy andando —dijo—. Por el camino. Detrás de ellos. ¿Te parece?

—Vale.

Puse en marcha el motor.

—Béraud —dije.

—Sí.

—¿Por qué estás solo?

—Es mi día libre —respondió serio.

—¡Cómo! —grité.

—Móntale, ahí está el meollo. Nos han echado. Le han quitado el caso después de presentar el informe.

Nos miramos. Me pareció ver en los ojos de Béraud el furor de Hélène. Su furor y su asco.

—Le han dao un palo muy gordo.

—¿A quién han puesto en su lugar?

—A la brigada financiera. Pero todavía no sé quién va a ser el comisario.

Ahora la rabia se estaba apoderando de mí.

—¡No me digas que ha informado de tu vigilancia!

—No.

Le cogí violentamente del cuello de la camisa.

—Con que no tienes ni idea, ¿eh? ¿De por qué han llegado hasta aquí? ¿Seguro que no?

—Sí... bueno, me imagino.

Tenía la voz tranquila.

—¿Y qué es entonces?

—El chófer. Nuestro chófer. Sólo le veo a él.

—¡Joder! —le dije, soltándolo—. ¿Dónde está Hélène?

—En Septèmes-les-Vallons. Investigando el posible origen criminal del incendio... Parece que eso es lo que se está oyendo. Ese fuego... Hélène me ha pedido que no le pierda de vista.

Saltó del barco.

—Móntale —dijo.

—Qué.

—El tío que conducía su fueraborda está amordazado y atado. He llamado también a la policía. No creo que tarden.

Y se echó al camino. Desenfundó una pistola. Gorda. Yo saqué la mía. La de Manu. La cargué y eché el seguro.

Di la vuelta a la isla lentamente. Para intentar localizar a Babette o a los asesinos. La luz blanca de la luna le daba un aspecto lunar a la roca. Nunca esas islas me habían parecido tan lúgubres.

Volví a pensar en lo que me había dicho Hélène Pessayre esta mañana en el teléfono. «Cada uno juega su partida». Ella había jugado la suya y había perdido. Yo

estaba jugando la mía y la estaba perdiendo. «Es lo que usted quería, ¿no?». ¿La había vuelto a cagar una vez más? ¿Estaríamos en estas si...?

Babette estaba bajando. Por un estrecho paso entre las rocas.

Acerqué el barco manteniéndome en el centro de la cala.

Llamarla ahora. No, todavía no. Mejor dejar que baje. Que llegue hasta abajo de la cala.

Me acerqué un poco y paré el motor para deslizarme lentamente por el agua. Aún tenía fondo. Lo intuía. Cogí los remos y me acerqué un poco más.

La vi aparecer en el estrecho banco de arena.

—Babette —la llamé.

Pero no me oyó. Estaba mirando a lo alto de las rocas. Me pareció oír jadear. El miedo. El pánico. Pero era mi corazón lo que en realidad oía. Me latía a toda marcha. Como una bomba de relojería. ¡Joder, tranquilízate!, me dije. ¡Me va a estallar!

¡Calma! Calma.

—¡Babette!

Había gritado.

Se dio la vuelta, por fin me vio. Entendió. El tipo apareció en el mismo instante. Apenas unos tres metros por encima de ella. Y lo que llevaba no era una pistola.

—¡Escóndete! —chillé.

La ráfaga tapó mi voz. Siguieron más ráfagas. Babette se levantó como para tirarse al agua y se volvió a caer. Al agua. El tiroteo paró y vi al tipo desaparecer por encima de las rocas. La metralleta se despeñó por las piedras. Y de repente, silencio. Un instante después, su cuerpo fue a aplastarse más abajo. El golpe del cráneo contra la roca resonó en la cala.

Béraud había apuntado bien.

Remé a fondo. Sentí el casco flotando sobre el fondo de piedras. Salté del barco. El cuerpo de Babette seguía ahí en el agua, inmóvil. Intenté levantarlo. Como el plomo.

—Babette —dije llorando—. Babette.

Arrastré su cuerpo suavemente hacia la arena. Ocho impactos habían acribillado su espalda. Le di lentamente la vuelta.

Babette. Me tendí junto a ella.

Ese rostro que había amado. El mismo. Igual de bello. Tal como Boticelli lo imaginó en sus sueños una noche. Tal como lo pintó un día. El día del nacimiento del mundo. Venus. Babette. Le acaricié la frente despacio y, luego, la mejilla. Rocé sus labios con los dedos. Sus labios que me habían besado. Que habían cubierto mi cuerpo de besos. Chupado mi sexo. Sus labios.

Apreté mi boca contra la suya, como un loco.

Babette.

El sabor a sal. Introduje la lengua, lo más intensamente posible, lo más profundo posible en su boca. Para ese beso imposible que quería que se llevara. Me caían las lágrimas. Saladas también. Sobre sus ojos abiertos. Abracé la muerte. Apasionadamente. La mirada en la mirada. El amor. Mirarse a los ojos. La muerte. No dejar de mirarse.

Babette.

Su cuerpo se estremeció. Me vino a la boca un gusto a sangre. Y vomité lo único que me quedaba por vomitar. La vida.

—Hola, mamón.

La voz. Esa que podía haber reconocido entre un millón.

Se oyó un tiroteo por encima de nosotros.

Me giré lentamente, sin levantarme, y me quedé sentado, con el culo en la arena mojada. Con las manos en los bolsillos de la cazadora. Con la mano derecha quité el seguro a la pistola. Me quedé quieto.

Me apuntaba con un gran colt. Me miró detenidamente. No le veía los ojos. La podredumbre no tiene mirada. Es ciega. Me imaginaba sus ojos en el cuerpo de una mujer. Cuando se la follaba. ¿Podía uno dejarse joder por el Mal?

Sí. Yo.

—Has intentado pegárnosla, eh.

Sentí cómo su desprecio se escurría por mí. Como si me acabara de escupir en la cara.

—Ya no sirve de nada —dije—. Ella, yo. Mañana todo, absolutamente todo, estará colgado en internet. La lista completa.

Había llamado a Cyril, antes de salir. Le había pedido que sacara todo esta noche. Sin esperar la opinión de Babette.

Se echó a reír.

—Dices en internet.

—Así cualquiera podrá leer esas putas listas.

—Cállate la boca, mamonazo. ¿Dónde están los originales?

—Me encogí de hombros.

—No le ha dao tiempo a decírmelo, imbécil. Habíamos quedao para eso.

Más tiros arriba en las rocas. Béraud estaba vivo. Por lo menos todavía.

—Muy bien.

Se aproximó. Ahora lo tenía a cuatro pasos de mí.

Con el arma bien encima.

—Has acabao de romper el cuchillo con mi viejo amigo.

Se volvió a reír.

—¿Habrías preferido que te rebanara a ti también, gilipollas?

Ahora, me dije.

El dedo en el gatillo.

¡Dispara!

«Vosotros... ¿me dejaríais que lo matara?».

«¡Dispara, por Dios!», gritó Mavros. Sonia se puso a chillar también. Y Félix. Y Babette. ¡Dispara!, gritaban. Fonfon con la rabia en los ojos. Honorine mirándome con ojos tristes. «El honor de los supervivientes...». ¡Dispara!

¡Móntale, joder, mávalo! ¡Mávalo!

«Lo voy a matar».

¡Dispara!

Bajó el brazo lentamente. Lo tensó. Hacia mi cráneo.

¡Dispara!

—¡Enzo! —grité.

Y abrí fuego. Todo el cargador.

Se vino abajo. El asesino sin nombre. La voz. La voz de la muerte. La muerte misma.

Me puse a temblar. Con la mano crispada sobre la culata de la pistola. Muévete. Móntale. Muévete, no te quedes ahí. Me levanté. Temblaba cada vez más.

—¡Móntale! —llamó Béraud.

No estaba ya muy lejos. Otro tiroteo. Luego, silencio.

Béraud no volvió a llamar.

Me acerqué hasta el barco. Dando tumbos. Miré el arma que llevaba en la mano. El arma de Manu. Con un gesto violento la lancé lejos, al mar. Cayó al agua. Haciendo el mismo ruido que la bala que me entró en la espalda. Sentí la bala, pero no oí el disparo hasta justo después. O a la inversa, no podía ser de otra manera.

Di unos cuantos pasos en el agua. Me acaricié la herida abierta con la mano. Sangre caliente en los dedos. Dentro. La quemazón. Como el fuego en las colinas, iba ganándome terreno. Las hectáreas de mi vida se consumían.

Sonia, Mavros, Félix, Babette. Éramos seres calcinados. El Mal se propagaba. El Incendio se apoderaba del planeta. Demasiado tarde. El infierno.

Sí, pero estás bien, ¿no, Fabio? ¿Estás bien,? Sí. No es más que una bala. ¿Ha vuelto a salir? No, joder. Parece que no.

Me dejé caer en el barco. Tumbado. El motor. Arrancar. Arranqué. Ahora, volver. Iba a volver. Se acabó, Fabio.

Pillé la botella de Lagavulin, le quité el tapón y me llevé a los labios. El líquido se me derramó por encima. Caliente. Me estaba sentando de maravilla. Era imposible atrapar la vida, simplemente había que vivirla. ¿Qué? Nada. Tenía sueño. Cansancio. Sí, dormir. Pero no te olvides de invitar a comer a Hélène. El domingo. Sí, el domingo. ¿Cuándo es el domingo? Fabio, no te duermas, joder. El barco. Dirige el barco. Hacia allí, hacia tu casa. Les Goudes.

El barco iba mar adentro. Estaba mejor. El whisky me chorreaba por la barbilla, por el cuello. Ya no sentía nada de mí. Ni en el cuerpo ni en la cabeza. Había acabado con el dolor. Con todos los dolores. Y con mis miedos. El miedo.

Ahora, la muerte, soy yo.

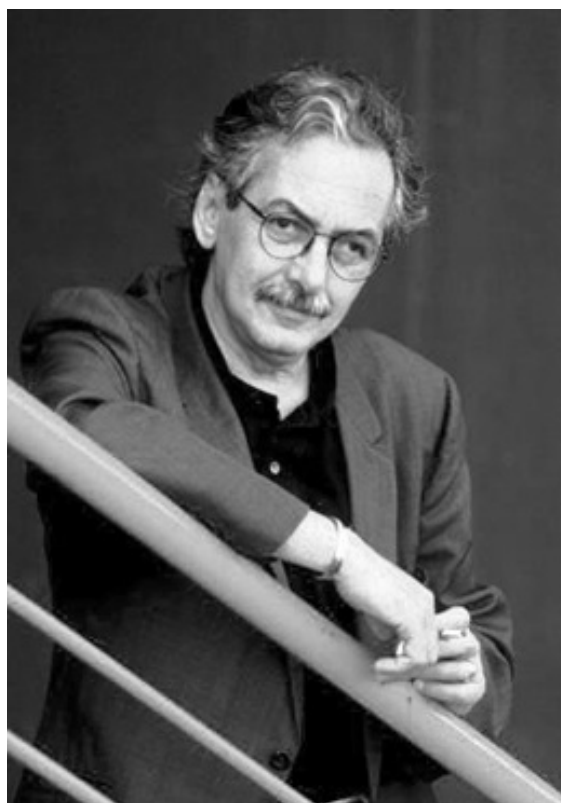
Lo había leído en algún sitio... Acordarse de eso ahora.

La muerte, soy yo.

Lole, ¿no te importa correr las cortinas sobre nuestra vida? Por favor. Estoy cansado.

Lole, por favor.

El análisis sobre la Mafia desarrollado en esta novela se apoya y se inspira ampliamente en documentos oficiales, fundamentalmente los de *Naciones Unidas. Cumbre mundial para el desarrollo social. La globalización del crimen*, Departamento de Información Pública de la ONU, así como en artículos publicados en *Le Monde Diplomatique*: «Les confettis de l'Europe dans le grand casino planétaire», de Jean Chesneaux (enero de 1996), y «Comment le Mafias gangrènent l'économie mondiale», de Michel Chossudovsky (diciembre de 1996). Numerosos hechos han sido igualmente reseñados en *Le Canard Enchaîné*, *Le Monde* y *Libération*.



JEAN-CLAUDE IZZO. Nacido en Marsella el 20 de junio de 1945. Hijo de inmigrantes, Su padre nació en Italia y emigró a Marsella en 1920; su madre nació en Marsella en el barrio de Panier y era hija de españoles. En 1964 es llamado a hacer el servicio militar y le destinan en Toulon, después entra en los comandos disciplinarios en Yibuti, donde será arrestado durante mes y medio y perderá más de 15 kilos.

A su vuelta a Francia, se afilia al PSU en 1966 y en junio de 1968 se convierte en el candidato a las elecciones legislativas de Marsella. Más tarde, deja el PSU para entrar en el PCF y llegará a ser el redactor jefe de la revista comunista *La Marseillaise*.

En 1970 Izzo publicará su primera recopilación de poemas, *Poèmes à haute voix*. En 1978, rompe con el PCF y comienza a escribir en diferentes revistas (*La vie mutualiste*, *Viva...*). En 1995 comienza a cosechar sus mayores éxitos gracias a la publicación de su serie de novela negra *Total Khéops*, impulsado por Michel Le Bris y por Patrick Raynal, y que sería el primer capítulo de la trilogía marsellesa con Fabio Montale.

En 1996, publica *Chourmo*. En 1997, publica una recopilación de poesías *Loin de tous rivages* y la magnífica obra *Les Marins perdus*, así como numerosas novelas recopiladas en antologías. En 1998 Izzo publica *Solea*, la última novela de la trilogía marsellesa y se consagra como un gran analista y documentalista de la mafia marsellesa, la pègre. En 1999 es publicada su última novela, *Le soleil des mourants*, ya que el 26 de enero del 2000 fallece.

Notas

[1] Compagnie Républicaine de Sécurité, equivalente a la policía antidisturbios.<<

[2] Presiento que están llegando / trenes cargados de *brownings* / de berretas, de flores negras / y de floristas preparando baños de sangre, / para la actualidad en tecnicolor...<<

[3] Cuando la máquina se ha puesto en marcha, / cuando uno no sabe muy bien dónde está / y espera a ver qué ocurre...<<

[4] Llevaremos aún más de un duelo, exaltando otro tiempo, exaltando otro lugar, exaltando el mal desde su origen y goce de vivir que se exilia este año a la aniquilación del hombre.<<

[5] Estoy todavía lejos y puedo permitirme ser valiente, / Pero llegará un día en que todos estemos bajo tu viento.<<

[6] Association Nationale Pour l'Emploi. Equivalente al INEM.<<

[7] Estoy caminando hacia la gente de mi silencio / Lentamente, hacia aquellos cerca de quienes puedo callarme; / Llegaré desde lejos, entraré y me sentaré. / Vengo a buscar lo que necesito para volverme a ir.<<